

CRISTIANDAD

Año LVIII - Núms. 841-842
Julio-Agosto 2001

Edita
Fundació Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacció y Administració
Duran i Bas, 9, 2º
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@eic.ictnet.es

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



125 aniversario
de la fundación
de la Adoración
Nocturna en
España

El carisma de
los Doctores
de la Iglesia

Sumario: pág. 2



ALABAT SIA
LO SANTISSIM SAGRAMENT.

«ALABADO SEA EL SANTÍSIMO
SACRAMENTO DEL ALTAR»

Sumario

La Guardia Real del Divino Señor durante la noche. <i>Luis de Trelles y Noguerol</i>	3
«El Evangelio sólo se predicará de modo auténtico y eficaz si los cristianos siguen el camino de la contemplación que lleva a una relación más profunda con Cristo». Mensaje de Juan Pablo II a la Orden de Predicadores	5
«De la Eucaristía brota el apostolado auténtico y real». Homilía del cardenal Martínez Somalo en la misa de acción de gracias por la beatificación de don Manuel González García	7
El florecimiento espiritual de la iglesia con Pío IX: la Adoración Nocturna <i>José I. Aranguren Azparren</i>	9
La adoración eucarística <i>Jean-Marie Baguegard</i>	12
Creer, acoger, amar a Cristo Eucaristía <i>Juan-Antonio Mateo García, pbro.</i>	14
Luis de Trelles y Noguerol, fundador de la Adoración Nocturna Española <i>Juan Ramón Zabalegui</i>	16
Carisma de la Adoración Nocturna <i>Miguel Sagredo</i>	20
La devoción mariana en Luis de Trelles <i>José M^a Petit Sullá</i>	23
La Adoración Nocturna en sus estatutos <i>Juan J. Jaurrieta</i>	26
Frutos de santidad de la Adoración Nocturna española: rasgos de la vida del siervo de Dios Alberto Capellán. <i>M^a Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	30
El Corazón de Jesús, principio y término de nuestra reconciliación penitente <i>Bertrand de Margerie, S.J.</i>	34
Sobre los Doctores de la Iglesia <i>Francisco Canals Vidal</i>	38
San Luis María Grignon de Montfort, pronto Doctor de la Iglesia. <i>Yves Daoudal</i>	44
Carles Cardó escribe sobre el principio de las nacionalidades en 1936. <i>F.C.V.</i>	46
Pequeñas lecciones de Historia. El espíritu caballeresco de Carlos V <i>Gerardo Manresa</i>	47
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	48
Actualidad política, <i>Jorge Soley Climent</i>	50
Orientaciones bibliográficas, <i>Gregorio Peña</i>	52
Hemos leído, <i>Aldobrando Vals</i>	54
De otras fuentes: El signo de Gustave Thibon <i>Miguel Ayuso</i>	56
Cristiandad hace cincuenta años, <i>J. M^a P. S.</i>	57

RAZÓN DEL NÚMERO

125 aniversario de la fundación de la Adoración Nocturna en España

EL 3 de noviembre de 1877 se reunían en Madrid, en la iglesia de San Antonio del Prado del convento de los PP. Capuchinos siete hombres para dedicar aquella noche a la adoración eucarística, siguiendo el modelo y práctica que en Francia en 1848 había instaurado el carmelita converso Herman Cohen. El alma de este movimiento en España fue Luis de Trelles, jurista de prestigio y antiguo diputado que desde hacia años dedicaba casi exclusivamente su vida al apostolado eucarístico, principalmente a través de la dirección de la revista *La Lámpara del Santuario*. Después de años de intentos infructuosos, que no afectaron su deseo intenso y propósito perseverante de llevar a cabo la difusión de la adoración nocturna que el había conocido y admirado con ocasión de su viaje en 1861 a París, logró finalmente esta modestísima participación inicial. Dios bendijo con creces aquel propósito tenaz y admirable y al cabo de pocos meses eran ya varias docenas de hombres los que participaban en los turnos de adoración eucarística durante la noche en distintos templos de Madrid, y partir de este momento Trelles va a desarrollar una fervorosa actividad apostólica por muchos lugares de la geografía española con el fin de establecer la adoración nocturna. A su muerte en 1891, ocurrida en Zamora con ocasión de uno de sus viajes apostólicos a aquella ciudad, la adoración nocturna está sólidamente implantada en España en más de 25 diócesis con un empuje, vitalidad y sobre todo fervor que ya auguran la esplendorosa historia de más de 125 años. Hoy podemos afirmar que es una realidad que sigue siendo motivo de esperanza y que sigue influyendo poderosamente en la vida cristiana de muchas personas que han ido conformando sus vidas al calor de las noches pasadas con fidelidad y sacrificio junto a Jesús sacramentado. Nuestra revista quiere participar en el gozo con que celebrará la Adoración Nocturna española este aniversario, y para ello hemos dedicado una gran parte de este número a este tema

La adoración nocturna tal como surge en Francia a mediados del siglo XIX es una muestra más de la gran fecundidad espiritual de los grandes apóstoles de la devoción al Corazón de Jesús y de la Eucaristía que hubo en aquellos años en Francia: padre Ramière, padre Chevalier, san Julián Eymard, Herman Cohen etc. Entre sus obras hay que destacar el Apostolado de la Oración, los Congresos Eucarísticos Internacionales, la Adoración Nocturna de la que estamos tratando y numerosas congregaciones religiosas masculinas y femeninas dedicadas a muy diversos ministerios, algunas fundadas durante aquel periodo y otras ya existen-

tes que como consecuencia de esta influencia espiritual recobraron un nuevo vigor apostólico.

En la adoración nocturna quedó muy claramente reflejada esta influencia espiritual desde sus momentos fundacionales, como es manifiesto desde sus primeros estatutos, prácticas de piedad y otras costumbres propias. Los lectores de este número podrán comprobarlo a través de los artículos sobre la adoración nocturna, la vida de Luis de Trelles, cuyo proceso de beatificación está ya muy avanzado, y también de un escrito suyo que tiene carácter fundacional: el discurso que pronunció en 1878 con ocasión de la constitución de la primera junta de la Adoración Nocturna. Podríamos sintetizar lo mucho que escribió a lo largo de estos años en una idea que casi repetía literalmente en gran parte de sus artículos: el mundo se convertirá por la Eucaristía, esto es lo que debemos de pedir a Dios en las noches de adoración a Jesús Sacramentado.

LA GUARDIA REAL DEL DIVINO SEÑOR DURANTE LA NOCHE

Querido consocios:

CUANDO se recuerda la continua presencia real de Jesucristo en el Sagrario, bajo las especies sacramentales, y se advierte que, llegada la noche, se cierra el templo y apagadas todas las luces, menos la lámpara, queda el Señor solo en el Tabernáculo, sin que un adorador que durante la vigilia agradezca su permanencia entre nosotros a toda hora del día y de la noche; se apodera del ánimo una tristeza profunda, y del corazón una pena indescriptible, y un entendimiento despejado percibe, a poco que en ello fije la atención, el porqué de los acontecimientos que conmueven al mundo y que han derrumbado los tronos y los imperios, y conmovido los cimientos más hondos de la sociedad y de la familia.

La razón es obvia. Dios crió al hombre por amor, y el hombre no ama a Dios; lo sostiene y lo sufre por amor y no lo reconoce aquél; por amor se encarnó, vivió y murió por nosotros en una cruz, y el hombre no estima estos beneficios; por amor se encarna, por decirlo así, segunda vez en la Hostia Santa, y por amor reproduce allí Jesucristo de una manera mística su Pasión, ofreciéndose continuamente al eterno Padre en estado de víctima para salvar a sus amados los hombres, estos a su vez no agradecen como es debido tanta fineza.

Al ver al Señor en el Tabernáculo, olvidado, desdeña-

do en su constante vida eucarística entre nosotros, ya que no es capaz de hacernos por esto mal alguno, pues desde allí no castiga, se comprende que deje al hombre abandonado a sus pasiones y lo entregue a sus deseos, que le hacen correr por la vía tenebrosa de sus brutales instintos, hollando todos los deberes y desconociendo, como el jumentillo del bosque, sus destinos del orden sobrenatural respecto de su Criador, de la sociedad y de la familia. Así se produce por doquiera el desorden moral, quedando por legado a las generaciones venideras el ateísmo práctico, la corrupción y el desenfreno en la satisfacción de los instintos de la carne.

Grave es el daño, queridos hermanos; pero gracias a la divina misericordia, fácil es el remedio, porque la acción deletérea del mal no estorba, antes como que determina la reacción reparadora del bien.

Una persona, cuyo nombre Dios guarda en los archivos de su misericordia, inició, creo que en Roma, hace años, la adoración nocturna al santísimo Sacramento; y este pequeño grano de mostaza fructificó allí y fue a propagarse a Bélgica, luego a Francia y más tarde, ahora poco, en España, y he aquí conocido el remedio y el principio que puede renovar el mundo y restablecer el imperio del amor divino, que todo lo anima en el universo, según aquella frase de los Libros Santos: «Envía su espíritu, y serán criadas todas las cosas, y renovada la faz de la tie-

rra», porque el Espíritu Santo es amor, y todas las obras de amor se le atribuyen, y la oración asidua e incesante del adorador puede salvar la humanidad.

Después de idea tan grandiosa y sublime, ¡qué pena, qué humillación, descender hasta nosotros, pobres, pecadores, miserables, y que sin embargo tenemos, hoy por hoy, en España, por la gracia del Señor, en nuestras manos, esta obra magnífica de la adoración nocturna al Santísimo Sacramento, que, armonizándose con la Cuarenta Horas, completa la adoración perpetua, y que es posible que regenere al mundo!

Contraste mayor no le hay ni le puede haber: la adoración con sus puntos de vista sublimes, y los adoradores españoles, tibios, imperfectos, pequeños y pusilánimes en todos los terrenos y esferas. Nunca se puede decir mejor que Dios eligió lo enfermo del mundo para rebajar a los soberbios y hacer las grandes obras. ¡Humillémonos!

Pero cumplido este deber, consideramos también la excelencia de nuestra vocación para guardarla y corresponder a ella debidamente, desconcertando las acechanzas del enemigo de todo lo bueno.

La adoración es un acto de homenaje y de amor que nos anticipa la bienaventuranza, y que concurre en cierto modo a reconciliar la tierra con el cielo, haciendo de los hombres pecadores contritos; de los conversos, justos; de los justos, santos; de los santos, ángeles, y de los hombres mortales, bienaventurados en germen.

Porque la adoración es un tributo que sólo a Dios se debe, como dice la Biblia: «Amarás al Señor tu Dios, y a Él solo adorarás; y quien adora, ama, y el que ama conoce las ofensas que hizo al amado, y las siente y se propone evitarlas, y se humilla ante su divino acatamiento, y humillándose atrae las gracias del cielo y las bendiciones del Señor sobre la tierra, acordándose de los cuatro fines del sacrificio, que en la sagrada Forma se reproduce místicamente, y ofreciendo su corazón al Señor con aquella Hostia pura, santa, la sola agradable a Dios, y uniendo a ella el que adora su obsequio razonable, como dice san Pablo.

En este noble ejercicio no debemos olvidar que alternamos con los ángeles y reemplazamos a los justos, recreando el amorosísimo corazón de Jesús con nuestro culto humilde y reverente.

Es la Eucaristía un sublime trono de amor en donde recibe corte el Rey de los siglos; los espíritus celestiales le rinden sus adoraciones y cantan gozosos sus alabanzas, y nos admiten entre sus legiones; y se mezclan con gusto con nosotros para dar gloria al Gran Señor que allí no tiene forma ni aspecto visible, pero que destella para los que le temen rayos de luz y efluvios de amor, que colman de ventura las almas fieles, comunicándoles la grandeza de sus gracias y la dulzura de sus favores espirituales.

Observad los Monarcas en las grandes solemnidades, rodeados de sus magnates y cortesanos, y veréis que se

complacen en escuchar a los pobres y pequeñuelos, para dar muestra de su magnanimidad.

Así también en el tabernáculo nuestro Gran rey, constituido siempre e la permanente aunque oculta realeza que ejerce en la Eucaristía, llama a sí a los humildes que trabajan y están cargados, para confortarlos y convalecerlos.

Pero por lo que a nosotros toca, importa meditar acerca de nuestra humilde y noble misión, por más que de ella seamos muy indignos.

Somos guardias de corps del Divino Señor durante la noche, y disfrutamos la dicha de asistirle y de rendirle solos homenaje cuando otros reposan, puesto que aquí viene bien el *Cantar de los Cantares*: «El Señor parece que duerme, pero su corazón vela».

Tócanos, por lo tanto, no dejar ociosa su misericordia en la vigilia, aunque no ignoramos que en otras latitudes se ve adorado, por cuanto en éstas se halla sólo en el templo en que adoramos y en el pueblo. ¡Duele decirlo! Y en España, excepción hecha de ciertas comunidades religiosas, por lo cual casi somos solos para representar diez y nueve millones de habitantes que no adoran por la noche al Señor; representando y semejando en cierta manera a la reina Esther cuando ella sola se hallaba de la progenie de Abraham cerca del trono del rey Asuero, y sin embargo salvó al pueblo hebreo.

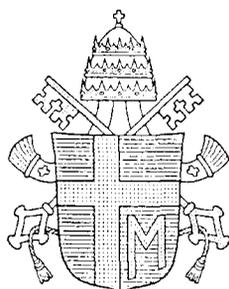
¡Qué dolor sería que en tan santa empresa, como lo es la adoración nocturna, pereciese en nuestras manos por falta de correspondencia a esta vocación! ¡Qué pena que una flor tan hermosa del campo de la Iglesia agostase por falta de nuestro cultivo o pereciese, hablando metafóricamente, en el frío clima de nuestro pobre corazón!

Y por el contrario, ¡qué consuelo para este puñado de indignos servidores del Dios escondido, si consiguiésemos ser escuchados en espíritu de humildad y de contrición, utilizando la vigilia en implorar por la Iglesia Santa y su visible Cabeza León XIII, por España, segunda patria católica, por el purgatorio entero, por el mundo pecador, por nuestros parientes, amigos y enemigos, por los moribundos, incrédulos, agonizantes y navegantes, y por aquellos que Dios quiere que pidamos!

El Señor no se puede negar a nuestra humilde plegaria, si lo hacemos humildemente con fe y confianza; y así como los grandes monarcas no niegan una merced a sus más próximos servidores, pidamos nosotros al Dios eucarístico muchas cosas, grandes y magníficas peticiones, no olvidando recomendarle, por la intercesión de su Inmaculada Madre María, la propagación de este gran pensamiento y nuestra verdadera conversión, que aunque va implícita en las demás súplicas, debe ser la primera de nuestras peticiones, porque la ley de Dios y de perfección es la verdadera Ordenanza de este pequeño cuerpo de guardias nocturnas del gran Rey de los siglos, al que nos gloriamos de pertenecer.

«El Evangelio sólo se predicará de modo auténtico y eficaz si los cristianos siguen el camino de la contemplación que lleva a una relación más profunda con Cristo»

Entre el 10 de julio y el 8 de agosto tuvo lugar en Providence (Rhode Island) el Capítulo general de la Orden de Predicadores. El Capítulo tenía entre otras tareas la de elegir nuevo general de la Orden. La elección recayó en el argentino padre Carlos Azpiroz. Con esta ocasión, el papa Juan Pablo II dirigió al padre Timothy Radcliffe, general saliente, el siguiente mensaje:



Al reverendísimo Timothy Radcliffe

Maestro general de la Orden de Predicadores

«Dando gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz»; (Col 1,12), lo saludo a usted y a la Orden de Predicadores con ocasión del capítulo general electivo que comenzará en Rhode Island el 10 de julio. Mientras os reunís en el primer capítulo del nuevo milenio para elegir al 85º sucesor de vuestro bienaventurado fundador, santo Domingo, invoco sobre los miembros del capítulo la luz del Espíritu Santo, a fin de que todo lo que penséis, digáis y hagáis fortalezca a la Orden y dé paz a la Iglesia, para que glorifique a Dios.

Una de las primeras tareas asignadas a vuestra Orden, desde su fundación, fue la proclamación de la verdad de Cristo como respuesta a la herejía albigense, una nueva forma de la recurrente herejía maniquea contra la que el cristianismo ha combatido desde el principio. Su idea central es el rechazo de la Encarnación, al negarse a aceptar que «el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (...), lleno de gracia y de verdad»; (Jn 1,14). Para responder a esta nueva forma de la antigua herejía, el Espíritu Santo suscitó la Orden de Predicadores, hombres que deberían destacar por su pobreza y su movilidad al servicio del Evangelio, contemplando incesantemente la verdad del Verbo encarnado en la oración y en el estudio, y transmitiendo a

los demás los frutos de esa contemplación a través de su predicación y de su enseñanza. *Contemplata aliis tradere*: el lema de la orden se convirtió en su gran estímulo a la acción, y así sigue siendo todavía hoy.

En vuestro capítulo reflexionaréis sobre estos temas, íntimamente relacionados entre sí: «Predicar el Evangelio en un mundo globalizado» y «La renovación de la vida contemplativa». La historia de vuestra Orden demuestra que el Evangelio sólo se predicará de modo auténtico y eficaz en un mundo en rápida transformación si los cristianos siguen el camino de la contemplación que lleva a una relación más profunda con Cristo, «acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, y confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino» (*Novo millennio ineunte*, 15).

No cabe duda de que las antiguas aflicciones del corazón humano y los grandes errores no mueren jamás, sino que se mantienen en letargo por un tiempo y luego vuelven a aparecer bajo otras formas. Por eso hace falta siempre una nueva evangelización, como la que el Espíritu Santo pide realizar a la Iglesia actualmente. Vivimos en un tiempo caracterizado, a su manera, por el rechazo de la Encarnación. Por primera vez desde el nacimiento de Cristo, acontecido hace dos mil años, es como si él ya no encontrara lugar en un mundo cada vez más secularizado. No siempre se niega a Cristo de manera explícita; muchos incluso dicen que admiran a Jesús y valoran algunos elementos de su enseñanza. Pero él sigue lejos: en realidad no es conocido, amado y obedecido; sino relegado a un pasado remoto o a un cielo lejano.

Nuestra época niega la Encarnación de muchos modos prácticos, y las consecuencias de esta negación son claras e inquietantes. En primer lugar, la relación individual con Dios se considera como exclusivamente personal y privada, de manera que se aparta a Dios de los procesos por los que se rige la actividad social, política y económica. A su vez, esto lleva a una notable disminución del sentido de

las posibilidades humanas, dado que Cristo es el único que revela plenamente las magníficas posibilidades de la vida humana, el único que «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» (*Gaudium et spes*, 22).

Cuando se excluye o niega a Cristo, se reduce nuestra visión del sentido de la existencia humana; y cuando esperamos y aspiramos a algo inferior, la esperanza da paso a la desesperación, y la alegría a la depresión. Se produce también una profunda desconfianza en la razón y en la capacidad humana de captar la verdad; incluso se pone en tela de juicio el mismo concepto de verdad. La fe y la razón, al empobrecerse recíprocamente, se separan, degenerando respectivamente en el fideísmo y en el racionalismo (cf. *Fides et ratio*, 48).

Ya no se aprecia ni se ama la vida; por eso avanza una cierta cultura de la muerte, con sus amargos frutos: el aborto y la eutanasia. No se valora ni se ama correctamente el cuerpo y la sexualidad humana; de ahí deriva la degradación del sexo, que se manifiesta en una ola de confusión moral, infidelidad y violencia pornográfica. Ni siquiera se ama y valora la creación misma; por eso el fantasma del egoísmo destructor se percibe en el abuso y en la explotación del medio ambiente.

En esta situación, la Iglesia y el Sucesor del apóstol

Pedro miran a la Orden de Predicadores con la misma esperanza y confianza que en los tiempos de su fundación. Las necesidades de la nueva evangelización son enormes. Ciertamente, vuestra Orden, con sus numerosas vocaciones y su extraordinaria herencia, puede desempeñar un papel fundamental en la misión de la Iglesia para acabar con los antiguos errores y proclamar con eficacia el mensaje de Cristo en el alba del nuevo milenio.

Cuando santo Domingo estaba agonizando, dijo a sus hermanos consternados: «No llores, porque seré más útil para vosotros después de mi muerte, y os ayudaré de forma más eficaz que durante mi vida». Oro fervientemente para que la intercesión de vuestro fundador os fortalezca en el cumplimiento de vuestras actuales tareas, y para que la gran multitud de santos dominicos que han enriquecido la Orden en el pasado ilumine su camino en el futuro. Encomendando la Orden de Predicadores a la protección materna de Nuestra Señora del Rosario, le imparto de buen grado mi bendición apostólica a usted, a los miembros del capítulo y a todos los frailes como prenda de gracia y paz imperecederas en Jesucristo, «imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación» (Col 1,15).

Vaticano, 28 de junio de 2001



«De la Eucaristía brota el apostolado auténtico y real»

Homilía del cardenal Martínez Somalo en la misa de acción de gracias por la beatificación de don Manuel González García

El pasado 29 de abril tuvo lugar en Roma la beatificación de Manuel González García (1877-1940), llamado «el obispo de la Eucaristía abandonada», fundador de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret. Monseñor González fue primero obispo de Málaga y después de Palencia. La experiencia vivida en Palomares del Río ante un sagrario abandonado le marcó para siempre, dedicándose desde entonces a propagar la devoción a la Eucaristía, y proclamando la frase que después quiso que fuera su epitafio: «¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejéis abandonado!». Ofrecemos a continuación el texto de la homilía que el cardenal Martínez Somalo pronunció en la misa de acción de gracias por la beatificación.

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; Misioneras Eucarísticas de Nazaret; miembros de la Unión Eucarística Reparadora; hermanas y hermanos:

Nos sentimos todos gozosos ante el gran regalo que el Santo Padre acaba de hacernos con la beatificación del «Obispo del sagrario abandonado». Felices están particularmente las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, la Iglesia de Sevilla, donde nació, y de Huelva, donde fue arcipreste, de Málaga y de Palencia, donde fue obispo. Felices y conmovidos estamos tantos que en sus escritos aprendimos a vivir de Eucaristía, a orar ante el Sagrario como se oraba en el Evangelio», a saber «lo que hace y dice el Corazón de Jesús en el Sagrario».

¡Con qué fuerza resuenan en el marco de esta basílica los textos bíblicos que hemos escuchado!

Don Manuel, que fue pastor en tiempos difíciles, entendió bien las recomendaciones y exhortaciones que hace san Pablo a los presbíteros de Éfeso y, como heraldo del Evangelio, con una entrega total de sí mismo, llevó adelante con fidelidad su misión sacerdotal y episcopal.

De su amor apasionado a Cristo-Eucaristía y a la Iglesia sacaba él la fuerza, el consuelo, la firme esperanza y el aliento para la caridad que vienen de la presencia misteriosa y oculta, pero real, del Señor, que prometió estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28, 20).

«El Señor es mi pastor, nada me falta, nada temo, porque tú vas conmigo.» Esta misma experiencia del salmista proclamó en vida don Manuel, gozando de la protectora cercanía del sagrario, y nos invita a nosotros hoy a la con-

fianza en todas las circunstancias. Para todos nosotros escribió: «Confianza ciega en el amor misericordioso de Jesús sacramentado (...); conocimiento de nuestra indigencia (...). Ante la misericordia de Jesús el triunfo es siempre de la miseria de rodillas (...). Procura ser cada vez más nada para que el Corazón de Jesús sea tu todo».

En el evangelio de hoy Jesús se nos revela como *el que sirve*. ¡Cómo no dar gracias a Dios que dio a su Iglesia, en la persona de don Manuel, un pastor que supo estar en medio de los suyos así, como el que sirve; y, a pesar de las pruebas, permaneció en el seguimiento del Señor, ante cuya mirada ponía las necesidades, las plegarias, los sufrimientos, las esperanzas, los afanes y hasta los pecados de toda la humanidad! «No quiero para mis pasos más que un camino, el que lleva al sagrario, y yo sé—decía—que, andando por ese camino, encontraré hambrientos de muchas clases y los hartaré de todo pan. Descubriré niños pobres y pobres niños, y me sobrará el dinero y los auxilios para levantarles escuelas y refugios para remediarles sus pobreza. Tropezaré con tristes sin consuelo, con ciegos, con tullidos y hasta con muertos del alma y del cuerpo, y haré descender sobre ellos la alegría de la vida y de la salud».

¡Qué actualidad cobran hoy estas palabras cuando, al inicio de un nuevo milenio, el Papa ha invitado a toda la Iglesia a profundizar en la contemplación de Cristo, con la mirada fija en su rostro! En don Manuel no existió ese riesgo de volcarse completamente en la actividad pastoral olvidando la contemplación, que es su fuente, y a la que debe recurrir la Iglesia continuamente. De la Eucaristía es de donde brota el apostolado auténtico y real. «No olvidéis trabajar de rodillas», nos recomendaba nuestro beato.

En mayor o menor medida, los que aquí estamos conocemos a don Manuel; sabemos que la gloria del Abandonado ocupaba su mente y su corazón, y por eso comprometía todas sus cualidades de sacerdote, obispo, promotor de obras sociales, catequista, fundador, maestro de espiritualidad, para poner a todos tan cerca de Jesús que aprendieran de él, a fiarse de él.

Podemos preguntarnos: ¿a qué nos sigue invitando la Iglesia hoy al presentarnos a don Manuel como ejemplo a imitar e intercesor eficaz delante de Dios?

Pienso en sus Obras y fundaciones que no tuvieron ni tienen otro fin que el amor y la reparación de la Eucaristía abandonada. En esa dinámica de amor a Cristo y al prójimo incluye y compromete a todos los sectores del pueblo de Dios.

Para vosotras, queridas Misioneras Eucarísticas de Nazaret, la beatificación de vuestro fundador es un impulso para que continuéis vuestra misión desde la santidad de vida y el empeño apostólico. ¿El apostolado en el que estáis comprometidas no nace del amor a la Eucaristía, al cual subordinaba don Manuel todas las demás actividades? «La sagrada Eucaristía es el corazón de la Iglesia, su esencia, su centro, su vida», escribió don Manuel. Y él te repite hoy tu misión en nombre de Jesús: «Te elegí y te puse para que fueras mi lámpara viviente, la mano que señalara hacia mí, la voz que de mí siempre hablara, el pie que, hacia mí siempre se dirigiera, el corazón que siempre me quisiera».

Pienso en todos vosotros, padres y madres de familia, adultos, jóvenes, niños, para quienes también es motivo de alegría y gozo la beatificación de don Manuel. Él os anima a una mayor autenticidad en el vivir cada día vuestra consagración bautismal y vuestra vocación de laicos en la Iglesia, que haga florecer la santidad, una santidad que, como nos recuerda el Santo Padre en su carta *Novo millennio ineunte*, va en la línea indicada por el capítulo

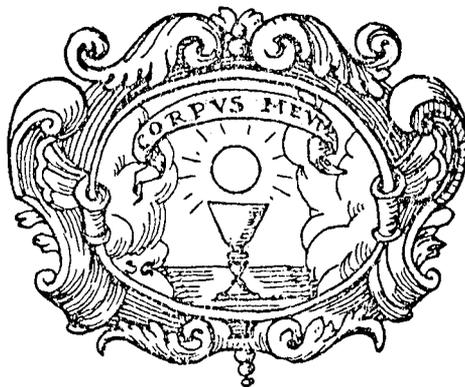
quinto de la *Lumen gentium*, manifestada en el testimonio de la propia fe, en el encuentro con Cristo a través de su palabra, de la oración personal y litúrgica, de los sacramentos, haciendo que la Eucaristía sea el corazón de la caridad vivida y ejercida en las actividades de cada día, entretejida de comuniones y de visitas al santísimo Sacramento. Os sigue repitiendo nuestro querido nuevo beato: «Silencio del Sagrario, ¡cuánto haces y enseñas!».

Y nosotros, sacerdotes, nacidos de la Eucaristía y para la Eucaristía, seremos nosotros mismos poniendo la Eucaristía en el centro de nuestra existencia. Sólo así, Cristo tendrá en nuestra vida el puesto que merece, y sólo así nuestra vida podrá responder a las expectativas de Dios y nosotros ser de verdad testigos y ministros de este gran misterio. De don Manuel se ha dicho que si vio el sagrario abandonado es porque llevaba la Eucaristía en su alma, en toda su vida. Su oración fue trato íntimo con el Corazón de Jesús, abnegación y sacrificio, generosa entrega apostólica. «Si el amor que me tiene Jesús —nos repite don Manuel— es amor de Hostia, yo debo ser para Jesús hostia de amor».

Diría que la beatificación de don Manuel, por la que estamos dando gracias, es una invitación a hacer que la santidad de su vida y de sus obras acompañe y estimule el camino y el testimonio que los cristianos y sacerdotes estamos llamados a dar en todos los sectores de la vida familiar, social y cultural, especialmente allí donde es urgente la presencia del fermento evangélico.

Don Manuel nos precede; es para nosotros eficaz protector; es canal de la potencia y del amor de Dios.

Que nos acompañe siempre la Virgen María, a la que imploramos, llevados por don Manuel: «Inmaculada mediadora de Dios y de los hombres, que el Padre Dios, el Hijo Dios y el Espíritu Santo Dios, reciban la mayor gloria, y tus hijos, los hombres, la mayor paz, orando ante tu Jesús en el Sagrario, como se oraba en el Evangelio».



El florecimiento espiritual de la Iglesia con Pío IX: la Adoración Nocturna

JOSÉ I. ARANGUREN AZPARREN

In noctibus extollite manus vestras in sancta, et benedicite Dominum.

Levantad por las noches vuestras manos hacia el Santuario, y alabad al Señor.
(Sal 133,2)

El 24 de abril de 1854, Hermann Cohen, carmelita y fundador de la Adoración Nocturna, decía desde el púlpito de San Sulpicio en París:

«Cuando yo entré en una iglesia, yo no era sino un pobre judío. Esto era en el mes de María (1847). Cantaban cánticos sagrados. María, la Madre de Jesús, me reveló la Eucaristía; yo conocí la Eucaristía, conocí a Jesús, conocí a mi Dios, y pronto fui cristiano.

»Que los nombres de Jesús y María sean benditos para siempre. Jesús y María me han traído hacia sí. María me ha conducido a Jesús. Ella me ha dado la Eucaristía, y la Eucaristía me ha enajenado el corazón, y la Eucaristía ha proyectado dentro de mí un atractivo tan maravilloso que no he querido vivir más que para Jesús y María».

La figura de Pío IX

Las tremendas convulsiones políticas y militares que se dieron en el entorno del cambio de siglo, hacen del siglo XIX una época especialmente difícil para gobernar con acierto la Iglesia. Los pontífices de este siglo, muy desiguales en carácter y personalidad, coinciden todos en ser espléndidos regalos de la Providencia que, no sólo evitaron la catástrofe en la Iglesia, sino que supieron fortalecerla y purificarla. De entre todos los papas de esta época es especialmente relevante Pío IX.

Cuando en 1846 fue elegido Papa, sus reformas administrativas y la generosa amnistía política que concedió fueron utilizadas por los revolucionarios para presentarlo como nacionalista italiano. Esta imagen se acabó en cuanto Pío IX se negó, en 1848, a entrar en guerra con la católica nación de Austria, pues los revolucionarios pretendían arrancar los estados italianos que Austria dominaba. Los piemonteses ven que la unidad nacional ha de hacerse no con el Papa, sino contra el Papa. Los revolucionarios obligaron al Papa a huir de Roma y entre febrero y julio de 1849 se instaura la República romana presidida por José Mazzini.

Cuando se vio obligado Pío IX a abandonar Roma y a

refugiarse en Gaeta, el cardenal Lambruschini sugería, como único remedio a los males de la Iglesia, la definición dogmática de la Concepción Inmaculada de María.

La consideración de cómo Dios preservó a la Virgen María sin mancha ninguna desde el primer instante de su ser natural hace descubrimos, por contraste, el pecado original que lastra a toda la humanidad desde que fuimos arrojados del Paraíso. La negación y el desconocimiento del dogma de nuestra caída y, en consecuencia, de la necesidad de la redención, constituye la base del error naturalista, síntesis de todos los errores modernos.

No obstante, la condenación explícita se hizo necesaria. A los diez años de la proclamación del dogma de la Inmaculada, en la misma fecha del 8 de diciembre deliberadamente escogida, la encíclica *Quanta cura*, acompañada del *Syllabus* o índice de los errores modernos, fijaba rotundamente la posición de la Iglesia.

Todas estas obras, junto con la convocatoria al primer Concilio Vaticano, en el cual se definió la infalibilidad pontificia, hacen del beato Pío IX muy merecedor del agradecimiento de todos los católicos del mundo moderno.

La Revolución de 1848

En los primeros años del siglo XIX las ideas de la Revolución francesa fueron abriéndose camino en el pensamiento político europeo. A la vez, en distintas oleadas revolucionarias (1820, 1830 y 1848), los Estados de Europa iban aceptando reformas liberales.

La Revolución de 1848, la última y la más significativa, tiene su origen en Francia. Luis Felipe de Orleans, que había sido proclamado rey en 1830, se vio obligado a abdicar y fue proclamada la II República. Se redactó una nueva Constitución y en las elecciones presidenciales de diciembre ganó por mayoría aplastante Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del emperador.

El 48 parisino no es un hecho aislado, sino que tendrá gran repercusión en toda Europa. El viejo continente en plena era romántica, embriagado por la libertad, vitorea y simpatiza con la revolución. Lamennais, personaje román-

tico por excelencia, caracteriza esta actitud de necesidad de comprometerse con la causa de la libertad en los diferentes países oprimidos por un poder absoluto. En pocas semanas una oleada revolucionaria sacude a Europa, es la llamada «primavera de los pueblos» por la historiografía liberal. Italia, Austria, Alemania, Hungría, Bohemia...

Si en 1789 los países europeos se alían entre ellos con el fin de resistir la oleada revolucionaria francesa, en cambio, en 1848, con la simple llegada de la noticia de la revolución, de aquellos gobiernos europeos que parecían incólumes nada queda. La obra de la Santa Alianza, en realidad, no restauró los principios de la Cristiandad, sino que, más bien, la mente y el corazón de los hombres de Congreso de Viena estaban ya impregnados de pensamiento romántico liberal. De ahí su poca fecundidad y su debilidad.

La revolución de 1789 es, principalmente, una revolución política, mediante la cual la sociedad en lugar de reconocer como su último fundamento político la soberanía de Dios, lo que afirma a partir de ahora es que la soberanía está en el mismo hombre. Por tanto, en nombre de esta «soberanía nacional» se decapita a un rey, se suprime el poder temporal del clero y se guillotina... De tal manera que mientras este principio de soberanía nacional permanece inalterable, como bien apunta Balmes, lo que ha venido detrás no ha sido sino ir acelerando más en este mismo proceso: «Los periodos de paz, fueron treguas; la obra de transformación social se ha estado operando siempre en aquella inmensa fragua, ora a la luz del día, ora bajo la tierra: los que creyeron que se acabó todo, primero con la restauración, luego con la dinastía de julio, se parecen a quien esperase que un volcán se apaga tapándole el cráter con una piedra. Dos veces se ha hecho el ensayo: en los intervalos, el volcán no ha cesado de arrojar llamaradas; hasta que al fin ha venido una fuerte erupción, lanzándolo todo a distancias inmensas». De este modo la revolución de 1848 no fue más que el resultado de la falsa restauración de Luis XVIII, al igual que la de Luis Felipe.

Donoso Cortés, contemporáneo de los hechos, anuncia que el milagro del triunfo del bien sobre el mal es una realidad que ha de suceder, y que vendrá de la acción directa de Dios, en cuyas manos está el curso de la historia:

«El señorío absoluto de Dios sobre los grandes acontecimientos históricos que Él obra y que Él permite es su prerrogativa incommunicable, y al revés, la pretensión del hombre cuando afirma que él hace los acontecimientos, y que él teje la trama maravillosa de la historia es una pretensión insostenible; como quiera que él no hace otra cosa que tejer por sí solo la trama de aquellas acciones que son contrarias a los divinos mandamientos, y ayuda a tejer la trama de aquellas otras cosas que son conformes a la voluntad divina.» (Carta al Cardenal Fornari, París, 19 de junio, 1852).

La Adoración Nocturna en Roma (1810). Obra providencial para tiempos duros de la Iglesia

EL papa Pío VII, desde julio de 1809, está prisionero en Francia, y con él importantes figuras católicas, eclesiásticas y laicas. Ese mismo año se enciende en Roma una nueva luz de esperanza.

«En febrero de aquel año tristísimo –refiere De Santi–¹ el sacerdote Giacomo Sinibaldí, canónigo coadjutor de Santa María in Via Lata, tuvo la santa inspiración de invitar a sus colegas a la vigilia nocturna de su propia iglesia, durante la exposición de las Cuarenta Horas.

»Agradó tanto la idea, que se quiso repetir la adoración en la noche del Jueves Santo, y después, en un sitio y otro, en varias iglesias donde se celebraban las Cuarenta Horas, se agregaron a Sinibaldí en la iniciativa de esta nueva obra, en primer lugar el canónigo Bonomi de la misma colegiata, después el marqués Giovanni Patrizi Montoro y el caballero Lorenzo de Principi Giustiniani y otros ilustres personajes.

»Y fue tan grande el número de los voluntarios inscritos en la lista de los adoradores [nocturnos] y tan firme su convicción de apoyar tal empeño, que el 21 de noviembre de 1810, reunidos los promotores de la Obra en el Palazzo Giustiniani, establecieron hacerla general y perpetua, de modo que durante el curso del año, todas las noches sin interrupción alguna, en la iglesia donde se estuviera celebrando por turno las Cuarenta Horas, se asignaran dos grupos de adscritos, compuesto cada uno por un sacerdote y tres laicos, con el compromiso de mantener la adoración, el primer grupo desde las 22 horas hasta la 1 h 30 de la noche, y el segundo hasta las 5 de la mañana.

»Pío VII, vuelto triunfalmente a Roma, aprobó con un rescripto del 6 de agosto de 1814 la Pía Unión de la Adoración Nocturna, concediéndole grandes indulgencias y privilegios, que fueron ampliados por los Pontífices siguientes. Así León XII, en Breve del 23 de abril de 1824, erigió la Pía Unión como Archicofradía, con facultad de agregarse otras Uniones semejantes, haciéndoles participar de las mismas indulgencias.

»Con el tiempo, aunque la Obra se difundió notablemente, se fue limitando únicamente a la adoración nocturna del Santísimo Sacramento, independientemente de las Cuarenta Horas. Así pues, ya no es continua, durante todas las noches, sino que se celebra en días fijos en una iglesia u oratorio prefijado. En algunos sitios se han dispuesto albergues anexos, donde puede alojarse un cierto número de adoradores que, antes o después de su propio turno, pueden retirarse a descansar».

1. Angelo de SANTI, S.J.: *L'Orazione delle Quarant'ore nei tempi di calamità e di guerra*, Roma, Civiltà Cattolica, 1919, pp. 30-31.

La Adoración Nocturna de París (1848). Primeras vigili- as

Si en Roma nace la Adoración Nocturna en tiempos de desgracias, estando el Papa prisionero, como una reacción orante, suplicante y expiatoria, igualmente la Adoración Nocturna va a nacer en París en momentos de graves sucesos políticos. En 1848, en la Revolución de febrero, obreros, estudiantes y la Guardia Nacional se amotinan, fuerzan la abdicación del rey y proclaman la república, en un ambiente de violencias, barricadas y fuertes enfrentamientos sociales.

En 1847 la gracia de Cristo había convertido, durante una celebración eucarística en una iglesia de París, a un pianista famoso, el judío-alemán Hermann Cohen. El 22 de noviembre de 1848, a las ocho de la noche, reúne en su casa a una veintena de fieles, en el número 102 de la calle de la Universidad, a fin de echar las bases de una asociación que tendría por objeto *«la exposición y adoración nocturna del Santísimo Sacramento, la reparación de las injurias de que es objeto, y para atraer sobre Francia las bendiciones de Dios y apartar de ella las calamidades que la amenazan»*.

¡Un programa inmenso para tan pequeño número de hombres, casi todos de la más humilde condición! Aparte del promotor de la reunión, pianista famoso, además de Mons. de la Bouillerie y de dos oficiales de marina, los asociados no eran casi más que empleados oscuros, obreros y criados.

Éstos fueron los instrumentos de que el Señor se sirvió para establecer la asociación de la Adoración Nocturna, que pronto había de extenderse por casi todos los países católicos.

Las primeras vigili-
as se efectuaron en el famoso santuario de Nuestra Señora de las Victorias. Más tarde, los socios de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paúl perpetuaron el hecho con una lápida de mármol, en testimonio de agradecimiento:

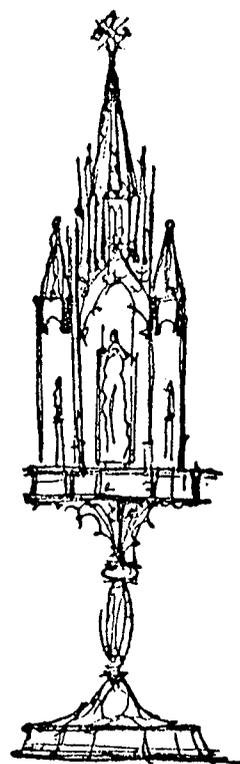
A NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS,
NUESTRA PROTECTORA,
EN HOMENAJE DE GRATITUD Y DE AMOR
DE LAS CONFERENCIAS
DE SAN VICENTE DE PAÚL
Y DE LA ASOCIACIÓN
DE LA ADORACIÓN NOCTURNA DE PARÍS.
31 DE MAYO DE 1871

*La asociación de la Exposición y
Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento, en París,
ha tenido su origen en esta iglesia,
el 6 de diciembre de 1848,
debido al celo del Rdo. padre Hermann
y de Mons. Francisco de la Bouillerie,
obispo de Carcasona,
entonces vicario general de la diócesis de París.*

Por esas fechas la revolución, triunfante en Roma, obliga al papa Pío IX a refugiarse en Gaeta, puerto al sur de Roma. Este acontecimiento anima al nuevo grupo de adoradores de París encabezados por Cohen a iniciar cuanto antes sus vigili-
as nocturnas de súplica y de expiación. Y el 6 de diciembre de 1848, en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias, celebran su primera vigilia de Adoración Nocturna. La segunda y tercera noches de vela fueron los días 20 y 21 del mismo mes, «con ocasión de las rogativas de Cuarenta Horas ordenadas por el arzobispo de París a intención del Sumo Pontífice».

Los miembros de la Adoración Nocturna «consiguieron continuar la oración de las Cuarenta Horas también durante la noche en aquellas iglesias en las que se celebraban, y en aquel mismo año de 1850 los hermanos, ya muy numerosos, celebran sus santas vigili-
as en cuarenta y cuatro iglesias de la ciudad y en cinco parroquias de los suburbios». Gracias a esto, «en 1870 la adoración perpetua se celebraba así en 76 parroquias [...]».

Los devotos del Corazón de Jesús han estado siempre entre los más fieles adoradores de Cristo en la Eucaristía. No es, pues, una casualidad que la adoración perpetua muchas veces se dé precisamente en basílicas dedicadas al Sagrado Corazón, como las de Paray-le-Monial, Montmartre en París o Tibidabo en Barcelona. Estos templos expiatorios son lugares privilegiados de adoración, de súplica y de reparación. Son, pues, centros directamente dedicados a obtener la Misericordia divina sobre las miserias del mundo.



La adoración eucarística

Reproducimos de la revista *Paray-le Monial*, del Centro de Peregrinaciones (núm. 151, de enero-febrero de 2000) el siguiente artículo del padre **Jean-Marie Baguenard**, en el que se pone de manifiesto la relación entre la adoración eucarística y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

QUÉ es lo propio del cristiano? Comer el Cuerpo de Cristo y beber su Sangre... Para alcanzar la vida eterna es necesario participar en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo (san Basilio de Cesarea). La Eucaristía es la fuente y la cumbre de toda la vida de la Iglesia y de la vida de todo bautizado. Es el sacramento por excelencia, porque los otros sacramentos tienen por fin iniciarnos en la gracia de la Eucaristía, o bien difundirla en nosotros. La Misa es el punto de encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros. Cada vez que se celebra, el viento del amor salvífico desciende sobre la Iglesia reunida y que ya secretamente ilumina al mundo. La ofrenda del Calvario, la Resurrección y la exaltación de Cristo se hacen presentes sobre el altar y son plenamente eficaces. Y el Salvador nos urge a realizar con Él la ofrenda de nosotros mismos y de toda nuestra vida.

Haced esto en memoria mía

Jesús instituyó este sacramento el Jueves Santo, durante la cena de la Pascua judía, comida religiosa en la que los gestos y las palabras estaban establecidas de forma precisa y en la que todo estaba impregnado de un clima de plegaria, de acción de gracias y de fe. Es la comida que Jesús, la víspera de su Sacrificio sobre la cruz, ha transformado en una comida en la que él mismo es el Cordero Pascual, dado en alimento: «El pan que yo os daré, es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51). Esta es la comida que conviene a los hijos de Dios. Ella permite a los cristianos vivir fielmente su Bautismo y actualiza el poder de la gracia de este sacramento. Permite la unión más total con el Señor y establece el vínculo más fuerte entre los cristianos (1 Co 10,17). Por tanto, la Eucaristía no es una cuestión de obligación, sino una cuestión de vida, un misterio de amor que más que comprenderse, se vive.

La adoración eucarística en la historia de la Iglesia

Desde un principio, los cristianos han traducido en sus actitudes y en sus gestos, en la liturgia, el respeto y la adoración de la presencia del Señor en este misterio. Después de la Resurrección los apóstoles experimentaron esta adoración ante la santa humanidad de Cristo (Mt 28,11), adoración que ellos sabían que estaba reservada a Dios y que expresa el reconocimiento de la santidad y de la majestad infinitas: «Mi

Señor y mi Dios», exclama santo Tomás ante Jesús resucitado (Jn 20,28). La Eucaristía fue celebrada muy fielmente por los cristianos, particularmente los domingos, después de la Resurrección. Por otra parte, la veneración de las santas especies, guardadas para los enfermos y los moribundos, está atestiguada por numerosos documentos muy antiguos. En cambio, la adoración del Santísimo Sacramento tal como la conocemos es una devoción relativamente reciente. Se desarrolla a partir del siglo XI frente a las primeras herejías sobre el sacramento del altar, y más a partir del siglo XVI frente al protestantismo.

La adoración, prolongación de la Eucaristía

Forma de piedad aparecida tardíamente en un tiempo en que se comulgaba poco, la adoración del Santísimo Sacramento se convirtió en una de las expresiones privilegiadas de la piedad cristiana que el Espíritu Santo ha desvelado poco a poco en su Iglesia. Ella representa una profundización de la fe en la presencia del Señor en la Eucaristía. No es en nada desfasada, con la condición, evidentemente, de no dissociarla en nuestros espíritus de la celebración eucarística, de la que es la prolongación. La Presencia real, en efecto, no nos es dada primeramente para esta forma de plegaria, sino con el objetivo de hacer presente el sacrificio de Cristo entre nosotros y asociarnos a él mediante la comunión. Por esto uno de los primeros deberes del cristiano es participar en la Eucaristía y comulgar.

Testimonios de adoración

Establecido esto, si se consideran los dos últimos siglos se constata lo siguiente: la vitalidad de la Iglesia tiene una profunda relación con la adoración. Muchos testigos de nuestra época han sido grandes adoradores; el Padre Foucauld, la Madre Teresa, Pierre Goursat (fundador de la Comunidad del Emmanuel). El Padre Voillaume se apoya en esta experiencia de los creyentes en este pasaje de un retiro predicado en el Vaticano: «A la vista de la espontaneidad de la devoción eucarística entre los santos y en las numerosas almas de fe a través de los siglos, creo que se puede afirmar que entraba en las intenciones del Señor, cuando instituyó la Eucaristía, que fuera para nosotros, más allá de la celebración del

sacrificio litúrgico, una presencia de consolación, de sostén de la fe de los fieles, una llamada del mundo invisible, en fin, una invitación a adorarlo y a unirnos a su plegaria perpetua».

Jesús escogió el pan y el vino para su sacrificio y para la comunión de los fieles. Con este objetivo se hace presente sobre el altar durante la Misa. La adoración nació, en el corazón de los creyentes, de un profundo deseo de venerar la presencia eucarística conseguida en la acción litúrgica, dejando a salvo la prioridad de esta última (véase el Catecismo de la Iglesia católica, núm. 1378). «Necesito reflexionar sobre este misterio, necesito meditarlo, porque es grande; me introduce directamente en el Corazón de Cristo en la Cena, con todos los sentimientos que este Corazón contiene hacia nosotros, para cada uno de nosotros, para su Iglesia, me permite detenerme un momento para penetrar en él por la contemplación; mientras que en la misa, llevado por la acción litúrgica, no tengo tiempo de contemplar todo esto» (padre Voillaume).

La adoración y el Corazón de Jesús

Pío XII había declarado: «La Eucaristía es el don más eminente del Corazón de Jesús». En Montmartre, el 1 de junio de 1980, Juan Pablo II confirmó la relación entre la adoración eucarística y el Corazón de Jesús: «Es el misterio de la Santa Eucaristía, centro de nuestra fe, centro del culto que rendimos al amor misericordioso de Cristo, manifestado en su Sagrado Corazón, es el misterio que es adorado aquí noche y día». Y en el mensaje dirigido desde Varsovia a la Iglesia universal, el 11 de junio de 1999, escribió: «La devoción al Corazón de Jesús, en todas sus manifestaciones, es profundamente eucarística... y se profundiza en la adoración».

¿Cómo adorar al Santo Sacramento?

–**Fijémonos un tiempo determinado**, y cumplémoslo fielmente.

–**Invoquemos al Espíritu Santo**: Sólo él nos hace capaces de reconocer a Jesús como nuestro Señor y nuestro Dios (1 Co 12,3).

–**Depongamos nuestras cargas**, nuestras miserias, como las multitudes que seguían a Jesús: «Venid a mí todos cuantos estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré (Mt 11,28-30).

–**Participemos en la acción de gracia**. No dediquemos nuestro tiempo a lamentarnos. En lugar de considerar lo que nos falta, demos gracias a Dios por lo que tenemos, por lo que somos, por gracia.

–**Contemplémosle en la fe**. «Yo le aviso y Él me avisa», decía el campesino de Ars al santo Cura. Dos miradas se cruzan: la mirada de Jesús sobre nosotros, y nuestra mirada hacia Él. Si nuestra mirada muchas veces flaquea, la mirada amorosa de Jesús no vacila jamás.

–**Dejémonos amar**. La luz que emana de la Eucaristía, es la luz de su amor, el fuego que abrasa su Corazón. Dejemos que su luz penetre poco a poco en nuestro corazón, nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra afectividad,

nuestra imaginación, nuestra memoria. Dejemos que esta dulce luz nos sane. «Sobre vosotros se alzaré el Sol de Justicia con la curación en sus rayos», como lo anuncia el último libro del Antiguo Testamento (Malaquías 3,20).

–**Amémosle en correspondencia**: Jesús gritó sobre la cruz: «Tengo sed» (Jn 19,28). Esta llamada ha sido reiterada ante santa Margarita María: «Tengo necesidad de ser amado en el Santísimo Sacramento». Él quiere estar en el centro de nuestra existencia. Mirándole, aprendemos a supeditar la voluntad de realizar sólo nuestros proyectos al deseo y a la acogida de su voluntad sobre nosotros.

–**Podemos escoger un pasaje de la Escritura**: lecturas, un salmo o el evangelio del día. Repitémoslo lentamente en nuestro corazón. ¿Cómo estar en presencia de alguien sin dedicar el tiempo a escucharle?

–**Podemos también repetir libremente una oración muy sencilla**: «Jesús, Jesús», «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío», «Yo me abandono a Ti», «Jesús, Hijo del Dios Vivo, ten piedad de mí, que soy un pecador», «Tú estás conmigo», «Jesús, dulce y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al Tuyo».

De la adoración a la acción

De esta forma, la adoración se convierte en el encuentro de dos seres que se aman, un diálogo de amor y de amistad con Cristo. Nos refugiamos en el Corazón filial, todo él vuelto hacia el Padre, en el Corazón de este Hermano universal, todo él vuelto hacia la salvación de cada hombre. La adoración nos saca de nosotros mismos, nos vuelve hacia el Padre y hacia el mundo. Como decía Pierre Goursat, «Poco a poco, el que adora recibe la mirada del mismo Dios: sobre él mismo, sobre los demás, sobre el mundo... Jesús le muestra este mundo concreto. Le da su mirada de compasión, le hace atento a las necesidades que, quizá, hasta entonces no había visto... Y con su mirada sobre el mundo, nos da los medios para obrar. De esta forma, uno se convierte un poco en las manos de Jesús para servir a los demás, su boca para hablarle de esperanza, su corazón para amarles».

Adorar en la Iglesia

En ciertas circunstancias, podemos estar juntos en presencia de Cristo, para adorarle, nosotros que somos el fruto de su «pasión». «Contemplarán a Aquel que han traspasado» (Jn 19,37). Esta contemplación anticipa aquello que no cesaremos de hacer en la Jerusalén celeste. La contemplación del Cordero será la ocupación de los bienaventurados en el cielo. Cuando participamos en la Eucaristía y cuando estamos juntos ante el tabernáculo o ante el Santísimo Sacramento expuesto formamos un único Cuerpo con la Iglesia del cielo: nuestros mayores están en la visión; nosotros, en la fe. Es la Comunión de los Santos.

Esta es la grandeza de la adoración: camino eminente de contemplación que conduce tanto a la comunión eucarística como a la comunión eclesial y fraterna.

Creer, acoger, amar a Cristo Eucaristía

JUAN-ANTONIO MATEO GARCÍA, pbro.

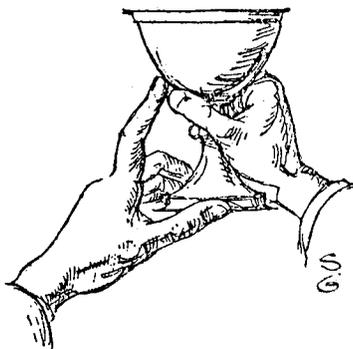
EL Concilio Vaticano II recordaba solemnemente a toda la Iglesia que la Eucaristía es la fuente y la cima de toda la vida cristiana («fons et culmen»). Con razón podemos afirmar, pues, que la vitalidad de la Iglesia depende de la vitalidad eucarística de la misma. Una visión realista del estado de la Iglesia católica en muchos lugares del planeta no ofrece resultados excesivamente eufóricos y optimistas. La crisis de fe y de vida de fe que llevamos arrastrando desde hace unos decenios todavía hace estragos y muchos analistas lúcidos afirman que todavía no se ha tocado fondo. Uno de los aspectos más preocupantes de esta crisis es la crisis eucarística. Cada vez más nuestros templos se van vaciando en lo que constituye la celebración eucarística por antonomasia que es la misa dominical. El cumplimiento del precepto en algunos lugares llega a porcentajes irrisorios y muchos católicos consideran que esta práctica no es esencial para su confesión de la fe. Esto supone, al menos, una gran ignorancia religiosa y una aproximación de talante subjetivo y selectivo hacia el conjunto de la fe con consecuencias nefastas y demoledoras. En la vivencia cristiana de no pocos el cristianismo se reduce a un humanismo benefactor que pretende ejercer la caridad al margen de lo que es su fundamento objetivo, la íntima unión con Cristo por la fe, los sacramentos y la oración. Las palabras del Señor «sin mí no podéis hacer nada» son prácticamente ignoradas y desconocidas para muchos de nuestros católicos contemporáneos. Todo esto supone también un gran desafecto hacia el augustísimo sacramento eucarístico cuya naturaleza y eficacia se desconocen. Habría que añadir a todo esto un fenómeno tan inquietante como es la recepción indigna y frecuente de la Sagrada Eucaristía: Son multitud los que se acercan a comulgar sin confesarse durante largo tiempo como también son muchos los que, con ocasión de celebraciones específicas como son funerales y bodas, se acercan a la Sagrada Comunión sin hacerlo habitualmente.

No hace falta decir que los actos de adoración de la Eucaristía, otrora tan frecuentes y participados, se han convertido en una especie en vías de extinción. ¿Y que decir de los signos externos de reverencia y adoración hacia la Eucaristía? La epidemia de artrosis espiritual que padecemos desde hace largo tiempo los ha eliminado en la práctica de la mayoría de fieles. Me sorprende el contraste de tantos fieles «adultos y maduros» y con las rodillas bien sanas que se quedan en pie durante la consagración y la humilde fe y devoción del Santo Padre Juan Pablo II que se arrodilla ante Jesucristo Eucaristía aunque le crujan todos los huesos o la admirable actitud de Pablo VI quien, a pesar de padecer los últimos años una fuerte artrosis en las rodillas, le pedía al ceremoniero que no le ayudara cuando hacía las genuflexiones después de consagrar.

Este panorama del que hemos descrito algunos rasgos puede parecer sombrío pero es real como la vida misma. Hay que reconocer el mal e identificarlo para ponerle remedio. Las consecuencias de la crisis eucarística son patentes: una casi apostasía de las multitudes, falta de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, una vida cristiana blandengue y acomodada al espíritu del siglo... Si el Señor no construye la casa, en vano se esfuerzan los constructores.

Creemos que la solución o principio de solución a tantos males ha de partir por una recuperación de la verdadera fe en la Sagrada Eucaristía, y en una vivencia o devoción eucarística conforme a la fe. La gran crisis, como decía Pablo VI, es crisis de fe. Todo lo demás es una consecuencia.

Quiero proponer a la consideración de los lectores un texto que, a pesar de tener más de treinta años, conserva toda su vigencia y actualidad. Léalo, méditenlo, propáguenlo. Se trata de la «Solemne profesión de fe» con la que el Papa, el día 30 de junio de 1968, clausuraba el año de la fe:



«Nosotros creemos que la misa, que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente **el sacrificio del Calvario**, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares».

«Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última cena se convirtieron en su cuerpo y su sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que **la presencia misteriosa del Señor** bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, **es verdadera, real y sustancial**».

«En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y por la con-

versión de toda la sustancia del vino en su sangre... conversión... llamada por la santa Iglesia conveniente y propiamente **transustanciación**... de manera que en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que el adorable Cuerpo y Sangre del Señor Jesús, después de ella están verdaderamente presentes delante de nosotros, bajo las especies sacramentales de pan y vino, como el mismo Señor quiso, **para dárseos en alimento y unirnos en la unidad de su Cuerpo místico**».

«La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el Sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. **La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados... a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver...**».

Como vemos, el resumen de la fe eucarística de la Iglesia que hace Pablo VI es completo: sacrificio, alimento y presencia. Ahora nos toca vivir de manera fructuosa tal riqueza en la devoción y piedad personal.

Para acabar esta reflexión sugeriría algunos aspectos prácticos que hoy deberían ser particularmente cultivados:

—Renovar con frecuentes actos de fe nuestra fe en la Eucaristía.

—Hacer de la Santa Misa el centro de toda nuestra vida y, a ser posible, de cada día.

—Formar e iluminar nuestra fe eucarística con una lectura y reflexión atenta de algunos documentos magisteriales más específicamente eucarísticos: Sugeriría la encíclica «El Misterio de la fe», de Pablo VI, la carta apostólica «La cena del Señor», de Juan Pablo II, la instrucción «Don inestimable», de la Congregación para el Culto divino y la síntesis de doctrina eucarística presentada en el Catecismo de la Iglesia Católica.

—Esforzarse por recibir siempre la Eucaristía en es-

tado de gracia, acudiendo al sacramento de la penitencia frecuentemente.

—Cultivar una sentida y fervorosa acción de gracias después de la Sagrada Comunión.

—Ofrecer toda nuestra vida al Padre junto el sacrificio eucarístico.

—No escatimar las muestras de adoración corporal a Jesús Eucaristía si nuestra salud lo permite (p.e., genuflexión bien hecha cuando se pasa ante el Sagrario, arrodillarse durante la consagración, hacer algún gesto de adoración antes de comulgar. Si se comulga con la mano hacerlo con suma dignidad y respeto como establecen las normas. Es lamentable y penosa la manera como muchos comulgan recibiendo el cuerpo del Señor como si tomaran un alimento cualquiera...!).

—Visitar frecuentemente y adorar a Jesús Eucaristía presente en el Sagrario.

De la recuperación de la fe y de la vivencia de fe eucarísticas depende en gran parte la recuperación de la vitalidad de nuestra Iglesia.

Luis de Trelles y Nogueroles, fundador de la Adoración Nocturna Española

JUAN RAMÓN ZABALEGUI

SE considera a Luis de Trelles y Nogueroles (1819- 1891) como el fundador de la ANE (Adoración Nocturna Española) e introductor en España de esta preciosa devoción eucarística. Su vida fue fecunda, larga y entregada al apostolado eucarístico. Modelo de laico comprometido, plasmó en obras su amor a Cristo-Eucaristía.*

1819 – 1852. Infancia y juventud

Trelles nace en un pueblecito, Viveiro, de la provincia de Lugo. El mismo día de su nacimiento es bautizado en la parroquia de su pueblo. Viveiro era un pueblo costero dedicado a la pesca y al comercio, también cuna de otros célebres protagonistas de la historia política del siglo XIX español como N. Pastor Díaz o V. Manuel Cociña, del que hablaremos más adelante.

De padre abogado y madre de noble ascendencia, fue el menor de tres hermanos. Su madre, mujer de honda fe, les educó con gran amor. En su testamento, entregado el año 1852 a un notario en Lugo, encontramos estas palabras que expresan el carácter y la formación cristiana de doña Josefa Nogueroles: ruega «a Dios Nuestro Señor (...) para que proteja a mis hijos infundiéndoles su santo temor y haciendo que conserven entre sí la unión que tuvieron hasta ahora» (pág. 40).

Entre los años 1827 y 1830 estudia en el Colegio Insigne de la Natividad de Nuestra Señora de la villa de Viveiro. El régimen y la disciplina son severísimos. Sin embargo, recibe una intensa formación espiritual y religiosa. He aquí algunos fragmentos de las «Constituciones» del Colegio, establecidas por su fundadora María Sarmiento Sotomayor:

«A las 5:30 por las mañanas en invierno tendrá cuidado el Rector de que todos los Colegiales se levanten y vestidos y lavados tomará cada uno agua bendita y se hincarán de rodillas todos juntos delante de una cruz que allí tendrán, por espacio de un cuarto de hora, y darán gracias a Nuestro Señor por haberles despertado con vida y le ofrecerán todas las obras que aquel día hicieren, pidiendo-

les que sean todas por su amor, y que les libre y aparte de sus ocasiones de pecar (...); y por su misericordia se acuerde de las ánimas del Purgatorio, de librarles de las penas de donde están, y aumente su fe y defienda a su Iglesia (...).» (pág.41-42). Establece también que se oiga Misa diariamente, recen el Oficio de las Horas, el Santo Rosario y se abstengan de dar escándalo. Las sanciones por el incumplimiento de otras normas más específicas son duras.

Entre 1830 y 1833 estudia Filosofía escolástica impartida en latín. De 1833 a 1838 estudia Leyes en la Universidad de Santiago de Compostela. El año 1839 da clases de Derecho Civil.

A partir de 1840 ejerce como abogado y dos años más tarde lo encontramos abriendo un estudio de abogado en La Coruña, simultaneando esta labor con el aprendizaje de idiomas, llegando a alcanzar un dominio extraordinario del inglés. Cabe destacar una actividad que llegó a realizar sin ningún tipo de retribución: la de «Abogado de pobres». Su vida activa es intensa y ejerce diversas funciones con competencia y laboriosidad. Su competencia hace que obtenga diversos cargos, entre los años 1842 y 1852, como miembro de la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados de La Coruña, asesor de Rentas, catedrático interino del Notariado de La Coruña, auditor de Guerra.

Son diez años intensos, que culminan en 1851 con el nombramiento de fiscal interino del Juzgado Privativo de Artillería e Ingenieros del 4º Departamento Militar. Este conocimiento de la Jurisdicción militar fue clave para la labor que más adelante desarrollaría en defensa de los militares carlistas ante los tribunales de Justicia tras la tercera guerra carlista. A la par de su actividad jurídica, en estos años comienza a publicar en *El Centinela de Galicia*, revista de carácter político.

1852 – 1854. Primera incursión en la política

El año 1852 se traslada a vivir y a trabajar a Madrid. Su carácter simpático y abierto, unido a los apoyos y recomendaciones que le preceden, no tarda en abrirle puertas. Su primera incursión en la política le aproxima a los planteamientos liberal moderados de Bravo Murillo. Es, por ello, designado candidato gubernamental por el partido moderado en las elecciones de febrero de 1853 por el distrito de Viveiro. Por el mismo distrito, pero por el partido liberal progresista, se presenta Vicente Manuel Cociña.

*El presente artículo está basado en la obra *Luis de Trelles. Abogado, periodista, político. Fundador de la Adoración Nocturna Española* (Santiago de Compostela, 1991), editada por la Adoración Nocturna Española, bajo la dirección de José Manuel Blanco-Ons. Las partes en que se divide el artículo son las mismas que en esta obra, excepto el último apartado.



Se impuso Trelles, y en la sesión de apertura de las Cortes, el 1 de marzo de 1853 y el 18 del mismo mes jura fidelidad a la reina Isabel II y a la nación.

Un hecho curioso va a acaecer. En agosto del mismo año 1853 dimite como parlamentario y cede su escaño al que había sido su rival político en las elecciones. Al parecer, la causa de tan extraño parecer fue la singular personalidad de Manuel Cociña, que eclipsó y fascinó a Trelles hasta el punto de que no sólo le cedió su puesto por considerarlo más capacitado, sino que pasó a trabajar a sus órdenes para los liberales progresistas. Sólo la muerte de Manuel Cociña en 1854 hizo que sus planteamientos se revisaran y buscara nuevos modelos menos perecederos.

A la vez que se dedica a la política lo encontramos fundando un nuevo periódico, *El Oriente*, claro opositor al gobierno moderado, que llevó a cabo una persecución que obligó al posterior cierre y su desaparición en 1854.

1854 – 1868. La travesía del desierto

Los datos de esta etapa son escasos. Continúa con una intensa vida activa pero con una mayor y más interesante vida interior y de búsqueda de sentido a su existencia. Luis

de Trelles se aparta del atractivo de poder, gloria y dinero que la sociedad le propone y que él fácilmente, por su carisma y cualidades humanas, puede obtener.

En 1854 se abre en España el periodo histórico conocido como Bienio Progresista. Parece el triunfo político de las propuestas de Trelles y Cociña defendidas en *El Oriente*. No obstante, las luchas internas entre los liberales progresistas provocan la anarquía en los gobiernos de Ángel Saavedra, Duque de Rivas, y en el posterior de Espartero. De Trelles queda desengañado y se dedica de nuevo a su vida privada y a su profesión jurídica desempeñando la función de abogado de pobres otra vez.

En estos años, don Luis vuelve la mirada hacia la cuestión foral tomando partido «a favor de la tradición y del respeto al derecho consagrado por la costumbre» (pág.77). Se opone a un derecho creado al margen de la historia de cada pueblo y su religión. Trelles encuentra un nuevo ideal por el que luchar y «re-descubre» su fe católica.

En 1858 funda en Vivero la «Coferencia de San Vicente de Paúl» y afirma «Antonio Sánchez Santillana, que fue el Corazón de Jesús quien llamó a las puertas de Trelles» (pág.79). Es en la década de los años sesenta cuando su pensamiento y su corazón se aclaran. En 1861 viaja, al parecer, a París y en 1862 conoce en aquella ciudad la Adoración Nocturna impulsada por Hermann Cohen, judío converso. Su figura debió impactar a Trelles al igual que la obra de Sagette, *L'Eucharistie*, que debió convertirse en su libro de cabecera.

(J. SAGETTE: *La Eucaristía. Meditaciones para cada día del año*. 4 tomos, París, 1861-1862.).

En 1863 contrae matrimonio con Adelaida Cuadrado y Retanes, joven viuda de 35 años, cuando él contaba con 43. Al año siguiente nace su única hija. D. Luis de Trelles es un hombre nuevo. Atrás queda su pasado liberal y luchará ahora por la defensa de la religión católica y de España.

1868 – 1872. Retorno a la política

EN septiembre de 1868 tiene lugar la «Revolución Gloriosa» tras un nuevo pronunciamiento militar típico de la España decimonónica. El reinado de Isabel II llega a su fin con su exilio y con un gobierno corrompido y un país con serias dificultades económicas. Narváez y O'Donnell han desaparecido de la escena política y de este mundo. Se aprueba una nueva constitución que, entre otras cosas, contempla la libertad de cultos en España. El clero se niega a jurar la Constitución y el nuevo gobierno niega apoyos a la Iglesia mostrándose claramente anticlerical. Los carlistas se convierten en los defensores de la unidad católica y reciben apoyo por parte de los católicos provenientes de las filas del partido moderado.

Luis de Trelles vuelve al terreno de la política desde su compromiso espiritual expresado en la cabecera del diario *La Regeneración*, del que es redactor: «Católicos antes que políticos; políticos en tanto en cuanto la política con-

duzca al triunfo práctico del catolicismo» (pág. 87). Trelles no volverá a tomar postura por ningún partido político que no defienda la religión católica y, así, se integra en las filas del carlismo.

En 1869 forma parte de un grupo de asesores jurídicos (Asociación de Católicos) para defender los abusos que pudieran sufrir los carlistas ante la Justicia. Esta «asociación» fue el germen de la posterior Comisión Central de Abogados para la protección y defensa de los carlistas.

También colabora en *El pensamiento Español* desde 1865, en *La Esperanza* y en *La Regeneración*, órganos oficiales del carlismo en Madrid. Vuelve a salir diputado, en 1871, por delante de Emilio Castelar, futuro presidente de la I República española (1873-1874), y sus palabras como parlamentario contra la Constitución de 1869 son contundentes:

—«En la Constitución de 1869 no hay Dios (...)».

—«La libertad de cultos está proscrita por el Syllabus; la libertad de cultos es contraria al catolicismo; admitir la libertad de cultos en una nación eminentemente católica es lo mismo que poner a una concubina en casa de la mujer legítima...».

—«Vuestras ideas están lejanas del Dios que amo y adoro...» (pág.103).

1872 – 1875. Ángel de la paz

La tercera guerra carlista estalla en 1872 y Luis de Trelles se encuentra en Madrid, lejos de la zona de combate, pero no por ello deja de sufrir persecución. Un decreto de 1873 prohibía las publicaciones favorables a don Carlos. Otro Decreto al año siguiente autoriza al Gobierno a embargar los bienes de aquellos que hubiesen actuado en pro de la causa carlista. Se imponen exilios y se llega a la mayor represión por medio de ejecuciones, aplicadas muchas de ellas de forma arbitraria. La labor de Trelles fue la de defender a estos perseguidos. Esta actuación tuvo como consecuencia que él mismo fuese despreciado hasta por los que se jactaban de su amistad. Trelles padece detenciones, interrogatorios, prisión y destierro.

En estos momentos de tanta dificultad surge en Trelles una feliz idea que propone a don Carlos: crear una comisión para el canje de prisioneros de ambos bandos. Se le nombra comisario general para canjes de prisioneros carlistas de inmediato y presenta un «Convenio» por el que deben regirse los canjes y es aprobado por el propio gobierno en febrero del año 1875. Esta obra de Trelles está abierta a un estudio más profundo. Ya en 1875 consta que intervino personalmente en el canje de más de 3.000 prisioneros a los que «antes de cada canje, dedicaba algunos días a conversar, instruyéndolos en la doctrina cristiana a los que la habían olvidado y preparándolos para confesar y comulgar antes de ser canjeados, sin usar jamás la violencia ni crear una situación de compromiso» (pág.115).

Trelles no se dio un momento de reposo y sus viajes de

Madrid al campo carlista son continuos entre 1875 y 1876. Tras la guerra, sin embargo, sufrió persecución, incompreensión y no se reconoció su ingente labor. Con la derrota del carlismo, Trelles sufre una nueva crisis en la que ya no ve salvación humana ni solución política para España.

1875 – 1877. Fundación de la Adoración Nocturna Española (ANE)

El 28 de febrero de 1876 termina la tercera guerra carlista y don Carlos (Carlos VII) pasa a Francia por Arnegui. Luis de Trelles abandona la política y se dedica a otras empresas de mayor altura. Lo encontramos ahora como secretario de la asociación por el «Culto Continuo al Santísimo Sacramento». Esta obra fue fundada en 1854 por Francisco Zamora y Grandados en Granada. Consistía en «coros» de treinta personas que comulgaban una vez al mes con el fin de desagraviar a Cristo en la Eucaristía y rezar por las almas del Purgatorio y las necesidades de la Iglesia. La idea de la Comunión como desagravio a nuestro Señor le lleva a crear una revista mensual, *La Lámpara del Santuario*, en 1870, para extender este mensaje. La idea del culto continuo se extiende por España y nace en Madrid el primer Centro Eucarístico en 1872, organizado en secciones encargada cada una de un fin concreto: una, de la propaganda del Culto; otra, de difundir *La Lámpara*; la tercera, en dotar de recursos y socorrer los sagrarios abandonados; y, la cuarta, de implantar en cuanto fuese posible la Adoración Nocturna.

Esta última empresa sufrió serias dificultades en sus primeros pasos. El gobierno no veía con buenos ojos una reunión de católicos en plena noche al creer que se trataba de un intento por restablecer una organización carlista camuflada. El año 1874 constan algunas vigiliias que se vieron interrumpidas por la persecución. Luis de Trelles se da cuenta de que con su pasado político la obra de la Adoración Nocturna no puede ser mirada más que con desconfianza y por ello se dirige a Juan de Montalvo y O’Farril.

Este era un hombre próximo a Cánovas, rico, ferviente católico, afincado en París y miembro del Consejo Superior de la Adoración Nocturna de París. Trelles se convierte en el promotor y gestor de la reciente Adoración Nocturna española y Juan de Montalvo en su avalador, de manera que se comprometió a financiar los gastos de la Adoración Nocturna durante un año. Trelles, en la sombra, organiza las primeras vigiliias; Montalvo, a la luz, va obteniendo los permisos de la autoridad política.

«El 3 de noviembre de 1877 se reúnen en la Iglesia de San Antonio del Prado, frente al Palacio del Congreso de los Diputados, siete caballeros españoles: D. Luis de Trelles, D. Pedro Izquierdo, D. Juan de Montalvo, D. Manuel Silva, D. Manuel Bosch, D. Manuel Maneiro y D. Rafael González» e inician en Madrid, la Adoración Nocturna Española (pág. 135).

1877 – 1891. Apóstol de la Eucaristía

Es a esta empresa de la Eucaristía a la que se consagra por completo. Llega en ella a empeñar su propio patrimonio personal y familiar. Sigue como abogado en Madrid y como abogado de pobres. Su pensamiento está en fundar nuevas secciones y no se da descanso en su tarea. En 1878 presenta «Estatutos y Reglamento de la A.N.E.», que son aprobados por el Cardenal de Toledo D. Juan Moreno Maisonave. Funda secciones en Zaragoza-1879, Valencia-1880, Barcelona-1882, Santiago de Compostela-1882, Murcia-1882, Sevilla-1883, Málaga-1883, Reus-1885, Lugo-1885, Huesca-1885, Córdoba-1886, Tarragona 1887, Burgos-1888, Gerona-1888, Alicante-1888, León-1889, etc.

Mantiene sus visitas a los «Coros» del Centro Eucarístico e intenta crear las «Camareras de Jesús Sacramentado» haciendo que las mujeres seglares participen en el culto a Jesús-Eucaristía aprovisionando a las iglesias de los elementos necesarios para la celebración de los Santos Misterios. Así, a imagen de María Santísima, la Camarera Mayor, reparan cálices, patenas, custodias, copones, porta-viáticos, ropas, etc.

«Si pañales gastaba (Jesús) en su infancia natural y su Madre purísima le envolvía en ellos, en los Corporales nace real y sustancialmente, y esos paños son los que fabricáis para Él (...). Porque se hace reposar muchas veces su Cuerpo adorable en paños sucios o rotos y se vierte su Sangre preciosa en vasos indignos o deslucidos (...).» (pág. 143).

Aumenta el número de secciones de la A.N.E. y de las Camareras de Jesús Sacramentado. Trelles escribe y anima a todas las secciones e insiste en el cuidado de todos los actos en presencia de la Eucaristía: «(...) hacer las genuflexiones al Trono Eucarístico detenidas, reverentes, con inclinación de cabeza y rendimiento intencional al Rey de Reyes; mantenerse en el reclinatorio con actitud respetuosa y humilde; recitar el Oficio Divino dignamente, con atención, con devoción y con la solemnidad que reclama la presencia de Jesús Sacramentado» (pág. 144).

Continúa con *La Lámpara del Santuario* publicando en vida hasta 257 números, siendo la mayoría de sus páginas de su propio puño y letra. Su labor periodística merece objeto de estudio por sí solo, por lo que no nos detendremos en ello.

Trelles trató en todo momento de que el rezo del Oficio Divino y la lectura del Evangelio fuese siempre meditada y pausada. «La oración fervorosa arranca favores del Cielo y convierte al que la hace en colaborador de la redención del mundo» (pág. 150). En el Acta de la Junta General de Zaragoza del 15 de mayo de 1890, un año antes de su muerte, anima a los Adoradores a mantener la identidad de este carisma afirmando que «somos soldados de Jesús Sacramentado, somos su guardia de ho-

nor; y sólo debemos hacer lo que hace Jesucristo: pedir al Padre por todos, por la Iglesia, por la paz pública, por almas del purgatorio, por los pecados, por todos los hombres (...) Nuestras oraciones deben dirigirse al bien general de la Iglesia» (pág. 151).

La Adoración Nocturna no se implantó sin dificultades, incomprendiones, recelos, pero, en medio de las dificultades, no faltan momentos gratos como la amistad con Manuel Domingo y Sol, fundador en 1883 de los Padres Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, hoy beatificado. De los momentos amargos destaca la escisión de un sector del Centro Eucarístico de Madrid y el traslado de la publicación de *La Lámpara* a Zamora, bajo la protección del obispo de la diócesis, ante los continuos ataques que recibe en Madrid.

1891. Muerte de Luis de Trelles

En Zamora, aquejado de una fuerte pulmonía, en tan solo dos días, este infatigable apóstol de la Eucaristía fallece en casa de su amigo Fernando Canillas Caridad, presidente de la A.N.E. en aquella ciudad. Fue a las tres y media de la tarde el 1 de julio de 1891. Sus restos se encuentran en la catedral de Zamora, donde fueron trasladados en 1991 desde la Iglesia de San Esteban.

Recogemos de Luis de Trelles algunos de sus escritos en los que nos habla de la finalidad de la Adoración Nocturna y el sentido de la misma:

—«La finalidad de la Adoración no puede ser otra que (...) la mayor gloria de Dios, que consiste en hacer el bien a su hermano y coadyuvar a los propósitos de la Iglesia en la conversión de los pecadores, agonizantes y atribulados (...)» (pág. 167).

—«de noche se peca más, de noche se mueren más hombres y de noche corren, aun los que velan, mayores peligros por la naturaleza de tales horas, que son favorables al crimen, arriesgadas a los peligros y descuidadas por los que reposan de acudir a Dios» (pág. 168).

—«(...) parece que en el silencio de la vigilia llama más a Sí al hombre, especialmente a aquél que para conversar con Él le sacrifica las horas de natural descanso, ya que siempre acompaña al sacrificio un aumento de la gracia y de la atención del Señor» (pág. 168).

Fue un hombre devorado por el celo y el fervor a Cristo-Eucaristía. Sus últimos días rebosan de actividad y en todas las visitas que realiza por España a las diversas secciones de la A.N.E., «su elocuencia, apasionada y vehementemente, daba expansión al incendio de amor al Santísimo Sacramento que devoraba su corazón», en palabras de su amigo y doctor, Fernando Canillas Caridad (pág. 165). Tal fue la figura de Luis de Trelles y Noguero, abogado, periodista, político y fundador de la Adoración Nocturna Española.

Carisma de la Adoración Nocturna

MIGUEL SAGREDO

ESTABA un día Herman Cohen sustituyendo en la dirección de un coro de aficionados en la iglesia de Santa Valeria de París, cuando, al final del acto, en el momento de la bendición del Santísimo Sacramento, experimentó lo que él mismo cuenta: «Una extraña emoción, como de remordimiento de tomar parte en la bendición, en la cual carecía absolutamente de derechos para estar comprendido». Sin embargo, la emoción fue grata y fuerte, y sintió un alivio desconocido.

Herman Cohen era un triunfador, famoso en el mundo; ganaba mucho dinero con sus conciertos, y lo perdía igualmente en el juego. Así vivió hasta los veintiséis años. Este hombre es el instrumento que elige la divina Providencia para fundar la Adoración Nocturna.

Cuando se convierte, nos dice, sintió remordimiento de tomar parte en la bendición. ¿Por qué debió sentir más pena? Por sus pecados de su pasada vida o porque se dio cuenta del amor que Dios había tenido con él al visitarlo y bendecirlo realmente en el Santísimo Sacramento. Estos son los motivos más importantes que descubrió Cohen y que le hicieron cambiar radicalmente de vida. Se dio cuenta de que el Santísimo Sacramento lo amaba a pesar de no corresponder a su amor. Y al final comenta en su conversión que sintió un alivio desconocido. ¿No había prometido el Sagrado Corazón alivio y conversión a los corazones atribulados?

Desde esta conversión, nació el carisma de lo que después será la Adoración Nocturna. Cohen se sintió tocado por el amor de Cristo especialmente presente en la Eucaristía y esto le llevaría a contagiarse de ese mismo Amor y reparar las ofensas personales y de toda la sociedad que Este recibe.

En seguida Cohen quiso que la sociedad respondiera al Amor que le espera en la Eucaristía. Por lo tanto, desde su inicio, la Adoración Nocturna tiene una dimensión social, buscando como última finalidad la adoración de todo el mundo. A partir de ese momento, durante la fundación y posteriormente, una idea se repetirá siempre: Jesús Sacramentado es Rey amoroso que se hace presente y vivir esto nos lleva a reparar por nuestros pecados y por los del mundo entero.

Uno de los primeros adoradores y colaborador en la obra de la adoración fue Raimundo de Cuers, que, al igual que Cohen, sintió un atractivo súbito y extraordinario hacia la Eucaristía: «¡Cómo se había dicho, está Dios verdadera y substancialmente presente en la tierra y se le deja solitario en nuestros altares; Quiero, Dios mío, hallar el medio de realizar en vuestra persona sagrada lo que soy en mi profesión de soldado».

Raimundo de Cuers fue influido por el padre Pedro Julián Eymard, quien estando en el colegio marista de La Seyne, entró en contacto con este converso y es seguro que influyó en el descubrimiento del carisma de la Adoración Nocturna. Dice el Padre Eymard sobre la Eucaristía: «Este Corazón vive en la Eucaristía. En ella hemos de buscarle para alimentarnos de su amor... Nuestra devoción al Sagrado Corazón debe ser, por consiguiente eucarística; debe concentrarse en la sagrada Eucaristía como el único centro personal y vivo del amor y de las gracias del Sagrado Corazón para con los hombres. Muchos le honran en sus imágenes y tienen especial devoción a los cuadros del Sagrado Corazón de Jesús. Este culto es bueno, pero solamente relativo. Y nosotros hemos de ir más allá de la imagen, hasta llegar a la realidad. En el Santísimo Sacramento está vivo y late por nosotros... que Él sea nuestra vida y que el centro de nuestra actividad se halle en este Corazón vivo y animado: sepamos honrar al Sagrado Corazón de Jesús en la Eucaristía, no separemos nunca el Sagrado Corazón de la Eucaristía».*

Otra idea del padre Eymard que con seguridad influyó en Raimundo de Cuers fue la realeza social de Jesucristo: «La Eucaristía no es sólo para la piedad personal; lo es también para la vida social, para el mundo entero.

Están hoy las almas disociadas: aproximémoslas del centro común: la Eucaristía. Formemos grupos poco a poco, grupos de almas, preparemos familias nuevas, mientras aguardamos pueblos nuevos...

Es preciso que Nuestro Señor salga de su sagrario y de sus iglesias .. Necesitamos esta exposición solemne, esta protesta pública de la fe de los pueblos en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y en la verdad de su presencia sacramental. De todas las refutaciones que podríamos oponer a los renegados, a los incrédulos, a los indiferentes mismos, esa es, acaso, no la más sabia, pero sí, seguramente, la más impresionante, la más popular. Es preciso que el Santísimo Sacramento cubra el mundo. El papa Pío XI, que en 1915, no siendo todavía Papa, se inscribió en los Sacerdotes Adoradores, diez años más tarde escribiría en la Encíclica *Quas primas*, al instituir la fiesta de Cristo Rey: «Diriase con fundamento, que el pueblo cristiano, movido por una inspiración divina, arrancándole del retiro silencioso de los templos sagrados donde se esconde y haciéndole recorrer triunfalmente las calles de las ciudades, se ha empeñado en restablecer en todos sus derechos

**La Sagrada Eucaristía: el mes del Santísimo Sacramento*, p. 371, 3ª ed., 1948.

reales a aquel mismo Jesús, que venido al mundo no fue reconocido por los impíos».

En este texto del padre Eymard queda muy clara la dimensión social de la Eucaristía y cómo es remedio para traer la paz a la sociedad.

El acto de homenaje

De todas las oraciones que se rezan en las vigiliias de la Adoración Nocturna, la que mejor resume el carisma de la Adoración Nocturna es el acto de homenaje. Esta oración se reza después de la misa, en el momento en el que hace la presentación de los adoradores. Dice así:

«Soberano Señor Sacramentado: Presente está la Guardia Real nocturna de vuestra divina persona. No por nuestros méritos, sino por vuestra infinita misericordia, llegamos a los pies de vuestro trono. ¡Gracias Señor! Nuestra consigna es adoraros por los que no os adoran, bendeciros por los que os blasfeman y maldicen, expiar nuestros propios pecados, con íntimo dolor del corazón, y desagraviaros por todos los que en el mundo se cometen; unir nuestras intenciones y súplicas con las vuestras para aplacar la ira de Dios justiciero y hacer que descendan sobre la tierra las bendiciones de su misericordia. Mas, como tenéis dicho: pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá, llamamos ahora a la puerta de vuestro Sagrado Corazón, suplicándoos, por la intercesión de María Santísima y de nuestros Santos Protectores que nos recibáis y que nos escuchéis en audiencia privada. Como a monarca omnipotente y misericordioso, os presentamos con la mayor humildad y confianza el memorial de nuestras súplicas. Despachadlas favorablemente si conviene a vuestra gloria y a nuestra salvación eterna. Puesto que no sabemos lo demás que os hemos de pedir para agradaros, sugeridnos Vos mismo las peticiones que queráis otorgar y que el Espíritu Santo ore en nosotros con gemidos inenarrables».

Una noche al mes el Señor de Señores, el Rey de Reyes, nuestro Señor Sacramentado, de una forma real y visible, concede a un grupo de escogidos suyos una audiencia de una hora para presentarle todos los asuntos propios y de la humanidad que nosotros veamos necesarios. Si en un plano humano, para exponer un caso, presentar una petición, o cualquier caso nos diera una audiencia de una hora a solas el jefe mismo del Estado, qué importante sería para nosotros esa fecha. Como nos prepararíamos los días anteriores. Si esto sucede con una cita con un hombre, ¿qué será si se trata del mismo con Dios?

En esta actitud empieza el acto de homenaje «Soberano Señor Sacramentado, presente esta la Guardia Real Nocturna de vuestra divina persona, no por nuestros méritos, sino por vuestra infinita misericordia». En el principio se resumen las dos ideas más importantes de la Adora-

ción Nocturna: Jesucristo es Rey, y como la sociedad en su conjunto todavía no lo reconoce y vive de espaldas a él, un grupo de adoradores le hace guardia. Pero esta idea es por la bondad y misericordia de Cristo. Antes hemos visto cómo dos conversos fueron llamados a participar en la fundación de la Adoración Nocturna. Por lo tanto, lo primero fue su conversión, después se movieron como agradecimiento; la iniciativa siempre es de Dios. Dios no elige para esta obra a los más perfectos, sino a almas que quieran amarle y corresponder a su amor y reparar.

Los adoradores son conscientes de que este mundo busca las soluciones a sus pecados al margen de Dios y intentan expiar esta actitud con la adoración al Santísimo. La mejor arma para reconocerlo como medicina de nuestra sociedad y de nuestro mal.

Recordaba el padre Pedro Julián Eymard, aquel sacerdote beato, que la solución al enfriamiento de la juventud estaba en la adoración eucarística. ¿No vivimos hoy un clima de enfriamiento en nuestras almas, de poca o nula respuesta al amor de Cristo? El fuego que volverá a arder a nuestras almas es el Santísimo Sacramento, y este fuego nos hará vibrar con el Amor de Dios, amar como Él nos ama y perdonar como él nos perdona.

Los fundadores de la Adoración Nocturna entendieron enseguida, fruto de su conversión, que Cristo los visitó desde el Santísimo Sacramento para establecer un grupo de hombres que día y noche lo reconozcan aquí en este mundo como Rey en la adoración eucarística. En la medida en la que los adoradores sean fieles a este carisma, la Adoración Nocturna encenderá a más almas que propaguen y quieran ser miembros de este grupo escogido por Dios. La Adoración Nocturna no es ni mucho menos unas prácticas pasadas que hoy carecen de sentido. Nada más actual y necesario hoy que la adoración y reparación en la Adoración Nocturna. Ojalá llegue el día en que todos los hombres adoren a Cristo como una sola voz.

Naturaleza y fines de la Adoración nocturna

LA Adoración Nocturna es una asociación de fieles que, reunidos en grupos una vez al mes, se turnan para adorar en la noche al Señor, realmente presente en la Eucaristía, en representación de la humanidad y en nombre de la Iglesia. Las vigiliias mensuales se celebran normalmente en una iglesia fija, que puede ser parroquia o convento. Estas, tienen una duración mínima de cinco horas de permanencia, incluida la santa Misa. Durante la vigilia, un sacerdote celebra la Eucaristía, y si le es posible, administra antes el sacramento de la Penitencia a los adoradores que lo deseen, los acompaña en la vigilia y da la bendición final con el Santísimo. Las vigiliias de la Adoración Nocturna se desarrollan siguiendo un manual propio en el que se incluyen modelos de vigiliias, siguiendo los tiempos litúrgicos en las diversas Horas.

No se ingresa en la Adoración Nocturna por una tem-

porada. Al menos en la intención primera, el cristiano ha de integrarse para siempre. Entiende que Dios le ha llamado a ella con una vocación especial, y que por tanto, es un don gratuito que el Señor no le retirará, pues quiere dárselo para siempre.

Una de las características fundamentales de la Adoración Nocturna es su espíritu penitencial. Sin éste no se puede perseverar un mes y otro, un año y otro, con cansancios, calores, disgustos y preocupaciones. Sin espíritu penitencial, no puede haber fidelidad perseverante al compromiso de la Adoración, libremente asumido por amor a Cristo, a su Iglesia y al mundo. Es el amor, el único que nos da fuerzas para perseverar fielmente. Es también una característica particular de la Adoración, la diversidad de sus miembros. Desde sus inicios se reúnen en fraternidad, jóvenes y ancianos, personas cultas y otras ignorantes, y gentes de los oficios más diversos. Por supuesto, hay en la Adoración Nocturna cristianos muy cultos, otros económicamente fuertes, políticamente importantes, etc. Pero, ya desde sus comienzos la mayoría de sus miembros son personas socialmente modestas.

En el cincuentenario de la Adoración Nocturna en Francia, Mr. Cazeaux, en la memoria, hacía recuerdo de aquel primer grupo de diecinueve adoradores, en su mayoría gente muy modesta: «A quién se dirige nuestro Señor para rea-

lizar sus designios, especialmente para la realización de las obras que le son más importantes? A los pequeños, a los humildes, a los menospreciados del mundo.

Entre todas las parroquias de París, las más fervientes y las que dan mayor número de adoradores son las de los arrabales. En ellas los obreros, que todo el día se han afanado en el trabajo, no regatean la noche a Nuestro Señor, y se ve a algunos que dejan la Adoración Nocturna de madrugada y marchan a sus empresas.

La estructura de las vigiliat es muy sencilla: breve reunión preparatoria donde se prepara la misa y los adoradores exponen sus intenciones, rosario y confesiones, santa Misa, turnos de vela, para acabar con la bendición final y la Salve a la Virgen.

En lo que se refiere a las maneras de celebrar las vigiliat nocturnas, se comprende que unas celebraciones tan perfectas en su sencillez hayan perdurado en su forma tantos años. Cristianos ajenos a la Adoración Nocturna sienten a veces la necesidad de introducir en ella grandes cambios. Pero curiosamente, quienes son miembros de ella y la viven, normalmente no sienten la necesidad de tales cambios, sino que se sienten muy bien en ella tal como es.

El orden fundamental de sus vigiliat y su armonía sencilla, les permite perdurar pacíficamente al paso de los años y de las generaciones en muchas naciones.

«La Sagrada Eucaristía constituye el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a Su Esposa»

«¡Dios está aquí! Venid adoradores. ¡Adoremos a Cristo Redentor!» Con estas hermosas palabras el pueblo fiel español canta su fe en la Eucaristía...

Con vuestras veladas de Adoración tributáis un homenaje de fe y amor ardiente a la Presencia Real de nuestro Señor Jesucristo en este Sacramento, con su Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, bajo las Especies Consagradas...

Se comprende por la fe que la Sagrada Eucaristía constituye el don más grande que Cristo ha ofrecido y ofrece permanentemente a Su Esposa. Es la raíz y cumbre de la vida cristiana y de toda acción de la Iglesia. Es nuestro mayor tesoro que contiene «todo el bien espiritual de la Iglesia» (*Presbyterorum Ordinis*, 5). Ella debe cuidar celosamente cuanto se refiere a este misterio y afirmarlo en su integridad, como punto central y prueba de aquella auténtica renovación espiritual propuesta por el último Concilio...

En vuestras horas ante la Hostia Santa habéis advertido que esta presencia del Emmanuel, Dios-

con-nosotros, es a la vez un misterio de fe, una prenda de esperanza y la fuente de caridad con Dios y entre los hombres...

Termino alentándoos, queridos adoradores e hijos todos de España, a una honda piedad eucarística. Ésta os acercará cada vez más al Señor. Y os pedirá el oportuno recurso a la Confesión Sacramental, que lleva a la Eucaristía, como la Eucaristía lleva a la Confesión. Cuántas veces la noche de la Adoración silenciosa podrá ser también el momento propicio del encuentro con el perdón sacramental de Cristo...

La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del Culto Eucarístico. Jesús nos espera en este Sacramento del Amor. No escatimemos el tiempo para ir a encontrarle en la oración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. *No cese nunca nuestra adoración»*.

Palabras de Juan Pablo II a la A.N. española, 31 de octubre de 1982

La devoción mariana en Luis de Trelles

JOSÉ M^a PETIT SULLÀ

EN la revista «La Lámpara del santuario», que D. Luis de Trelles y Noguero fundó y dirigió desde 1870 hasta su muerte en 1891, aparece una serie ininterrumpida de artículos en los que expresó piadosísimas reflexiones acerca de la Madre de Jesús, el Dios encarnado, en su singularísima función de Madre que engendró y dio a luz al Salvador del mundo. Leyendo con cierta atención estos artículos se nos forma el convencimiento de que el que fuera fundador de la Adoración Nocturna Española ha de ser considerado no sólo un varón devoto de la Eucaristía sino también un hombre profundamente enamorado de María y que –sin exageración– puede decirse que sus escritos contienen una bien fundada y fecunda doctrina mariana. En la personalidad religiosa de Trelles nos aparece esta joya mariana profundamente arraigada en su espiritualidad, fruto de sus atentas lecturas y sus íntimas oraciones, y este conocimiento puede hacernos mucho bien espiritual tanto en nuestra vocación de adoradores del Santísimo Sacramento como a cuanto deseamos conocer y sentir la función maternal de nuestra Madre del Cielo hacia todos los hombres, tal como Cristo nos la encomendó en la Cruz.

Los diversos números de aquella publicación, a partir del tomo X contienen reiteradamente una programada exposición de doctrina mariana, bajo un epígrafe general titulado «Parte mariano-eucarística», que cubría una extensión mínima de unas cinco páginas en cada ejemplar de la revista. Los temas que allí encontramos se agrupan en dos títulos específicos y que revelan las dos consideraciones que en este artículo desarrollamos, «María, Madre de la Eucaristía» es el primero y «María adoradora» es el segundo. Es sólo de estos artículos de los que vamos a hablar aquí, de manera que no podemos tampoco decir que agotamos todo el pensamiento mariano de Trelles, aunque, sin duda, estamos ante su pensamiento central y constante.

También se nos pone de relieve que este entrañable conocimiento mariano deriva de su fuerte vida interior, en definitiva de su santidad, de modo que este conocimiento viene también a incrementar nuestra convicción –cada día más compartida– de que abundan los motivos para insistir y rogar por la deseada beatificación del que hoy hemos de llamar, desde la introducción de su causa, «siervo de Dios». Es palpable que todas sus palabras proceden de su meditación silenciosa acerca de los misterios marianos como lo ponen de manifiesto, por poner un solo ejemplo, este párrafo en que confiesa que la pluma no pudo transmitir el sentimiento que se origina en la contemplación del misterio de la función de María en la encarnación del Verbo de Dios:

«María es la flor de la creación. Jesús es el fruto de la

tierra. ¡Qué relaciones! ¡La flor y el fruto! ¡María es la Madre de Dios: el Hijo de Dios es el Hijo de María! ¡Qué conexiones! ¡Qué Padre! ¡Qué Madre! María dio a Jesús su sangre y su carne: la carne y sangre de Jesús es de María. ¡Qué identidad! Jesús Dios y Hombre está en la Hostia santa sustancialmente. María es Madre de Jesús Dios y Hombre que reside en la Eucaristía. ¡Qué maternidad!...»

Aparece aquí la idea central de sus meditaciones: *María dio a Jesús su sangre y su carne* Y convencido de que estamos ante un misterio grandioso añade de inmediato:

«Es mejor meditar que escribir de tan altos, de tan bellos, de tan sublimes, de tan dulces misterios, porque hay en el fondo de todos ellos tanto amor... tanto poder... tanta sabiduría... tanta bondad de parte del Omnipotente, que hizo a María grande, bella, humilde, santa, su Hija, su Madre, su Esposa, que las palabras no aciertan a expresar las ideas, y los sentimientos no pueden trasmitirse por la voz ni por la pluma» (t. X, p. 178)

El misterio central y originario a considerar es reconocer que tenemos a Cristo en la Eucaristía gracias a María porque ella al traer al mundo al Salvador, el Verbo de Dios encarnado, ha prestado a Jesucristo su propia carne, de modo que el Cuerpo y la Sangre de Cristo no proceden sino del mismo cuerpo y sangre de María en quien se realizó la encarnación sin participación biológica de hombre alguno, según rezan expresamente las palabras de María en el evangelio de Lucas «pues yo no conozco varón» (1, 34). Y, naturalmente María no sólo presta su virginal cuerpo para que en ella y a partir de ella nazca el Redentor del mundo sino que ella le alimenta corporalmente durante todo el embarazo de los nueve meses en que Jesús vivió en el seno de María. De esta verdad dogmática tan central brota la reflexión de Trelles.

El anuncio del ángel Gabriel a María no le comunica de forma genérica que será la madre de Jesús sino que le dice literalmente «concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo a quien pondrás por nombre Jesús» (Lc. 1, 31). Esta consideración pone de relieve la maternidad de María destacando de forma más inmediata y concreta la formación en su virginal seno de la corporeidad del Señor, la cual verdad es especialmente relevante cuando hemos de fijarnos en particular en el misterio eucarístico del Cuerpo y la Sangre del Señor presente en el adorable misterio del altar, centro de toda la vida litúrgica y fuente de todos los sacramentos. Citando reiteradamente a san Bernardo repite siempre Trelles en sus artículos marianos que la carne de Jesús es carne de María.

Hemos de reconocer que a menudo pensamos en la maternidad de María desde el punto de vista de aquel cúmulo de reiteradas amorosas acciones hacia el niño Jesús tal como

la vemos a partir de Navidad, tal como tan tiernamente la representamos en el pesebre en la felicísima noche de Belén o en la posterior cotidiana vida familiar de la casa-taller de Nazaret. No olvidemos que María, como solícita madre de la infancia de Jesús, es comparable a su castísimo y santísimo esposo san José, que ejerce también, al igual que ella, esta acción cuidadora, protectora, educadora de aquel Niño Dios que va creciendo así en edad como en santidad y sabiduría y, en este aspecto, podemos llamar muy justamente a José «Padre de Jesús» como lo hizo la propia Virgen al decir a Jesús después de su hallazgo en el templo, «tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (Lc. 2, 48). La maternidad de María se hace también presente en aquellos momentos de la vida pública de Jesús en que el evangelio menciona su activa presencia, como acontece en las bodas de Caná y, en particular, al pie de la Cruz de Jesús, donde estaba «su madre» y donde nos la entregó como madre nuestra (Jo. 19, 25).

Pero esta función de madre –que nunca contemplaremos bastante– de algún modo no manifiesta expresamente una verdad elemental –la más originaria– de la plenitud de su maternidad. Porque en María hay algo más que en José pues la Santísima Trinidad que, en su divina providencia, desde la eternidad, ideó y quiso para el Verbo divino una concepción virginal, no escatimó a Jesús esta dependencia física y esencial, durante la gestación de Aquel que había de nacer como siendo Dios y Hombre verdadero, en su purísima e inmaculada Madre. Esta dependencia física, originaria y esencial, es un misterio sublime que no ha de ser ocultado por la grandiosidad del oficio de madre que, después del parto y durante treinta y tres años ejerció con absoluta dedicación la Madre de Jesús. Este misterio sublime debe ser pensado con detalle y extraer de su meditación las grandes consecuencias que se han de derivar en una completa y bien fundad devoción mariana plenamente cristocéntrica.

A Luis de Trelles le es característico, por su gran devoción eucarística, repensar esta maternidad originaria por la que Jesús nace, vive y se desarrolla en y desde María, porque un verdadero adorador de Jesús-Eucaristía no puede dejar de reconocer en este adorable misterio el fruto de las purísimas entrañas de María, tal como lo anunció, inspirada por el Espíritu Santo, su prima santa Isabel para referirse al Mesías Salvador prometido a Israel: «bendito el fruto de tu vientre» (Lc. 1, 42). En este punto la espiritualidad mariana de Trelles nos ha de recordar inevitablemente la de san Luis M^a Grignon de Montfort que ve sobre todo a Jesús en el seno de María, de donde concluye el santo francés de finales del siglo xvii y principios del xviii que, para ser verdaderamente cristianos, necesitamos nacer de nuevo en el seno de María y conformarnos allí en este *molde* de Jesús que es su madre. Pero lo peculiar de Trelles será relacionar este misterio de la vida de Jesús en el seno de María como el marco de una completa consideración eucarística que se dirige de modo particular hacia la Humanidad de Jesucristo sacramentalmente presente en la Hostia consagrada.

Ahora bien, nuestra vida espiritual –como enseñó con

tanta convicción y fuerza santa Teresa de Jesús contra los abundantes y falsos «espirituales» de su tiempo que le querían apartar de la consideración de la humanidad de Jesús– se ha de centrar siempre en la *Humanidad* de Jesucristo, la que procede directa y exclusivamente –por voluntad divina– de María Santísima. Este sentido le lleva hacia una doble consideración, de gran provecho espiritual.

Una es la meditación, que en realidad no es propiamente una conclusión de la maternidad sino una verdad originalmente revelada pero que se hace congruente a la luz de la maternidad y que se halla en los libros sapienciales, el libro de la *Sabiduría*, los *Proverbios*, el *Eclesiástico*, esto es, ver a María como el sujeto predeterminado por la infinita sabiduría a una función única que bien podemos llamar «divina». En esta interpretación Trelles sigue la enseñanza de grandes teólogos: san Cipriano, san Epifanio, san Basilio, el Damasceno, san Bernardo, san Ambrosio, san Anselmo, san Buenaventura, etc. Dichos textos los conoce nuestro personaje a través de la muy detallada lectura del gran comentarista Cornelio a Lápide. Trelles medita lo que se puede pensar con certeza acerca del eterno plan de Dios sobre María, y esta reflexión hace más cristológica –y aún trinitaria– su devoción mariana.

¿Por qué decimos trinitaria? Escribe Trelles que para estudiar a María en el misterio del plan de Dios, tal como él lo quiere hacer, «es preciso ascender a la vida inefable de Dios, *ad intra*, a la misión del Verbo Divino y a la procesión del Espíritu Santo, porque la purísima Doncella, germen material de la humanidad, asumida por la segunda Persona de la Trinidad Beatísima, tiene algo que ver en el plan divino con el mismo Dios, pues de la Señora salió, por obra del Espíritu Santo, algo que el Señor había de tomar y hacer suyo: la humanidad. Y Dios lo quiso así, lo pensó así, lo proyectó y lo hizo así en el tiempo» (t. X, p. 225). Todo lo que Dios realiza en el tiempo procede de un proyecto eterno, pues en Dios no hay mudanza. Y así Trelles aplica a María las palabras de los Proverbios «El Señor me poseyó en el principio de sus caminos» (ver. 22)

Al aplicar a María aquellas verdades que emanan de la sabiduría infinita de Dios se entroncan los dos Testamentos de modo que el Nuevo le confiere al Antiguo Testamento su más pleno sentido. Claro está que Luis de Trelles sabe que estos textos sapienciales se refieren a la Sabiduría de Dios, esto es, al Verbo de Dios que, una vez hecho hombre, es la misma persona de Jesucristo. Pero sabe también que la liturgia de la Iglesia los aplica a la Virgen Madre de Dios y Trelles nos explica lo adecuado de esta aplicación. María es así, en esta consideración, el gozne sobre el que gira la articulación de los dos Testamentos. Más aún, María acerca nuestra humanidad –de la que ella participa como nosotros– al plan eterno de Dios y, en un sentido de síntesis entre la doctrina tomista y la bonaventuriana, nos presenta la Encarnación como aquello en cuyo horizonte final está toda la misma creación.

En efecto, Trelles sigue la doctrina de santo Tomás (S.Th., III, q. 1, a. 3) de que la Encarnación del Verbo «fue decreta-

da para la reparación del mundo» (p. 226), pero también afirma que la Encarnación fue «el fin, el decoro, la forma y el complemento de la creación de los ángeles y de los hombres» (ibid). Es decir, la creación y el pecado de Adán son la causa material y anterior en el tiempo, pero la Encarnación «es anterior en el orden de la causa formal y final» (ibid). Ahora bien, la Encarnación es un proyecto divino en el que Dios pone su bondad infinita y su omnipotencia pero en este proyecto María juega un papel que, *secundum quid*, como dice Trelles, es necesario con necesidad de medio.

Y Trelles comprende que en la elección de María por parte de Dios ha habido una preferencia, un enamoramiento divino de una criatura humana. Pero la razón de esta elección no hay que inventarla ni siquiera deducirla teológicamente porque es la misma Virgen quien proclama la razón de esta elección en su canto del *Magnificat*: «porque puso sus ojos en la bajeza de su esclava» (Luc. 1, 48, trad. de Bover-O'Callaghan). O como dice la Vulgata, «*quia respexit humilitatem ancillae suae*». A este respecto se puede comentar que algunos no saben bien cómo traducir este «*humilitatem*», que a su vez traduce el término griego «*tapeinosin*», pues les parece que el término «humillación» —que, por cierto, es el que aparece en el manual de la Adoración Nocturna Española— tiene un sentido ambiguo, en algunos casos casi peyorativo cuando se asimila a algo así como un fracaso. Y no parece que la elección de Dios se funde en un fracaso. Les parece más correcto traducir por «humildad» que tiene nombre de virtud, tal como hacen otras versiones bíblicas. Y, ciertamente la Virgen poseía en grado máximo la virtud de la humildad.

Como dice Trelles, lo que caracteriza a María es ser la Inmaculada, pero este privilegio hay que ponerlo siempre al lado de su humildad. «María, criatura inmaculada y fundada en humildad incomprensible, porque la humildad es el cimiento de toda virtud» (p. 225). Ya dice santo Tomás que la humildad es la virtud fundamental, sin la que no puede haber ninguna otra, ni las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad. Pero no hay que olvidar que la virtud es una disposición habitual a un acto y, por consiguiente, también la humildad se manifiesta en el acto propio de esta virtud y este acto ha de ser algo parecido a una bajeza. Realmente, nada puede enamorar tanto a Dios como la pequeñez, la bajeza, precisamente porque Él es infinito y dador de todo el ser que hay en las criaturas.

La historia del hombre —escribe Trelles— es el resultado de dos *fiats*. El primero es el «hágase» del comienzo de la creación del mundo pronunciado por el mismo Dios. El segundo es el «hágase» de la Virgen María por el que comienza nuestra salvación. Sin este segundo acto de voluntad, que es el de la Virgen, en vano nos habríamos aprovechado del primero, al perder, por nuestro pecado, el plan final de Dios que era nuestra divinización. Y cita un sermón de san Bernardo en el que se lee: «Con razón miran en ti los ojos de toda criatura, porque en Ti y de Ti, la benigna mano del Omnipotente, recreó todo lo que había creado» (t. XII, p. 49).

Si la Encarnación es, pues, decreto eterno, lo es también

todo lo que se ordena a ella, en particular la figura de María, sin la cual no hubiera habido Encarnación. María no está, pues, meramente en el orden de los acontecimientos de la historia de la salvación, sino en el orden esencial del proyecto mismo. Más concretamente, el plan redentor de Dios incluye la figura de María como elemento esencial de este proyecto eterno y, por tanto, no verlo o no destacarlo y contemplarlo equivale a no conocer bien este mismo proyecto. De ahí se sigue la necesidad de ver en María la plenitud de la sabiduría divina.

El Verbo es la sabiduría infinita de Dios y la Madre del Verbo Encarnado es lógicamente la Madre de la sabiduría infinita. Ahora bien, esta verdad no es meramente existencial en el sentido en que María es la madre «histórica» del Jesús «histórico». Es además verdad esencial, esto es, la Madre de la Sabiduría infinita ha de ser ella misma también la Sabiduría de Dios que la hace ser Madre de la Sabiduría. ¿Cómo, pues, no se han de aplicar a María las palabras sapienciales que se refieren a la Sabiduría de Dios? Las más antiguas representaciones de la Virgen Madre la muestran como teniendo a Jesús en sus rodillas. Jesús descansa en María. Y ella misma está sentada en un trono. ¿Cuál es ese trono? Este trono es la misma Sabiduría infinita que le ha dado a Ella esencia y existencia. María es, pues, el más grande proyecto divino en tanto que receptora y sostenedora del mismo proyecto. Si Jesús, que es la Sabiduría encarnada —como repetía siempre san Luis M^a Grignon de Montfort— descansa en María es porque ella está asentada en el trono de la Sabiduría trinitaria que la sostiene y la hace Madre del Verbo encarnado.

Otra conclusión de esta consideración mariana —que podemos llamarla de orden práctico en nuestra vida espiritual— es el poner nuestra mirada en María viendo en ella el modelo perfecto de adorador de la eucaristía. Y esto no sólo como intentando nosotros una imitación de tan gran adoradora como fue María sino, sobre todo, como quien dirige a María el ruego de que su perfecta adoración se prolongue y tome también sobre sí el oficio de suplir nuestra acción adoradora en nuestras siempre tan pobres noches de adoración y en general siempre que nos preparamos para recibir la Eucaristía o para dar gracias de tan celestial alimento.

Trelles llama a María varias veces «Madre de la Iglesia», adelantándose cien años a la proclamación de este título de modo solemne por Pablo VI. Y dice que esta función la realiza en tres momentos. Antes del nacimiento del Salvador, porque la madre ha de preexistir como individuo al hijo y María aceptó ser Madre de Jesús en el anuncio del ángel. Durante la vida de Jesús al ejercer de Madre desde la concepción virginal y gestación hasta la muerte en cruz. Y después de la muerte, resurrección y ascensión del Señor, a partir de Pentecostés de manera explícita, se manifiesta la maternidad eclesial de María. La Iglesia como cuerpo místico de Cristo existe por María y en torno a María. Aquí en esta función maternal la han de hallar los adoradores de la Eucaristía como modelo y como causa eficiente de nuestros actos de adoración.

La Adoración Nocturna en sus estatutos

JUAN J. JAURRIETA

PARA toda obra o institución los estatutos son su norma de funcionamiento, son como su ley constitutiva y a ellos han de ajustar su comportamiento, por eso y para eso se aprueban –con los requisitos que en cada caso se establezcan– por la autoridad competente (civil o canónica).

Se componen generalmente de dos partes diferenciadas, una que define las características esenciales de la institución y otra que se refiere a su funcionamiento y organización. Es en esa primera parte donde nos vamos a fijar para ver el espíritu de la obra, la intención fundacional tal como ha sido sancionada por la autoridad competente para ofrecerla así a la comunidad.

Antes que nada hay que tener en cuenta que en los estatutos no se encierra todo lo que es una obra, pero sí que se dice lo que no puede dejar de ser. Viene a ser como una garantía de fidelidad al carisma esencial de la obra.

En concreto, los estatutos de la Adoración Nocturna dedican sus primeros artículos a establecer el fin y la vocación de la Adoración Nocturna.¹ Por su brevedad los insertamos textualmente:

«Tiene por fin esencial vivir la Eucaristía, adorando y velando comunitariamente ante Jesús sacramentado durante la noche, unida a toda la Iglesia; de acuerdo con su vocación contemplativa y expiatoria, promoverá el culto al Santísimo Sacramento y cualquier modo o manera de vivir la Eucaristía, todo ello en perfecta obediencia a la Jerarquía Eclesiástica, fomentado su compromiso apostólico activo y con revisión constante de la vida cristiana.

Su lema oficial es: Adorado sea el Santísimo Sacramento. Ave María Purísima.»

Fin esencial:	Vivir la Eucaristía.
Modo de hacerlo:	Adorando y velando comunitariamente ante Jesús Sacramentado durante la noche, unido a toda la Iglesia.
Su vocación:	Contemplativa y expiatoria.
Frutos que debe producir:	a) Promover el culto al Santísimo Sacramento y el vivir la Eucaristía de acuerdo con la Jerarquía Eclesiástica. b) Fomentar el compromiso apostólico activo. c) Revisión constante de la vida cristiana.

«Tiene por fin esencial vivir la Eucaristía»

Con esta afirmación se enmarca la Adoración Nocturna dentro de las obras eucarísticas de la Iglesia católica. Es decir, la Adoración Nocturna es una obra eucarística *principalmente*, éste es el carisma que posee en beneficio de toda la comunidad

Ahora bien, no es la devoción a la Eucaristía algo que sea exclusivo de los movimientos eucarísticos, ya que debe estar presente en toda la vida de la Iglesia. Pero la Adoración Nocturna hace de ello su «fin esencial», entendiendo *fin* como el objetivo o motivo con el que se hace una cosa y *esencial* como perteneciente a la naturaleza, aquello que es permanente e invariable en ella, es decir, que si se cambia o modifica esto la obra pierde su identidad, deja de ser aquello que ha sido fundado y aprobado canónicamente por la Iglesia.

Hemos de fijarnos en el hecho de que se habla de «vivir» la Eucaristía y no –como quizá es más extendido hacerlo– de «adorar» la Eucaristía. En este sentido «vivir» la Eucaristía es un concepto más amplio que dentro de sí incluye el acto de adoración pero que trasciende a él y hace que «la Eucaristía sea “la fuente y cima de toda la vida cristiana”. Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir Cristo mismo, nuestra Pascua.»²

Este fin esencial compromete toda la vida de los adoradores, porque les llama a «*vivir la eucaristía*» que es *vivir en la eucaristía*, con su asistencia a las vigiliias, mes tras mes, año tras año que convierten este encuentro con la Divina Misericordia en el eje y centro de toda una vida; es también *vivir de la Eucaristía*, de la presencia real y verdadera de la Humanidad de Cristo, contemplando su Corazón y el río de gracias que de Él brota hacia los hombres, es el continuo milagro del amor del Corazón de Cristo para que los adoradores pueden vivir su vocación cristiana y su específica vocación adoradora en medio de tantas dificultades y pruebas; y es también *vivir para la Eucaristía*, para fomentar el culto al Santísimo Sacramento y a la Humanidad de Cristo puesto que para tener un com-

1. Reglamento de la Adoración Nocturna Española, aprobado por la XXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal española, el día 25 de junio de 1983.

2. Catecismo de la Iglesia católica, núm. 1324.

promiso apostólico activo es necesario que éste brote de la fuente del Amor, que llene nuestros corazones y una vez llenos que rebose en todas nuestras acciones.

«En resumen, la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía, y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar.»³

Este es el misterio que el Adorador Nocturno tiene que «vivir», al que ha de dar plenitud en su vida, por misericordia de Dios hasta poder decir con el apóstol «y no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20).

«Adorando y velando comunitariamente ante Jesús Sacramentado durante la noche, unida a toda la Iglesia»

El fin esencial de la Adoración Nocturna se hace de un modo concreto, que la identifica y distingue en el universo de las obras e instituciones de la Iglesia.

Se puede caer en la tentación de ver las notas que aquí se tratan como formales, en el sentido de que son así pero que podrían ser de otra manera, siempre que no alterásemos el fin esencial de la obra. Ciertamente que tienen un contenido formal, pues indican el modo en que hay que hacer la Adoración nocturna, pero, como ya hemos dicho, «vivir la Eucaristía» no es algo exclusivo de la Adoración Nocturna sino que pertenece al acervo eclesial y se desarrolla especialmente en todos los movimientos eucarísticos; por tanto son estas notas «formales» las que sirven para identificar a la Adoración Nocturna como aquel modo concreto que Dios inspiró a los fundadores, y la Iglesia, interpretándolo así, fijó canónicamente. De tal manera que la Adoración Nocturna no son los jueves eucarísticos (que también «viven» la Eucaristía), ni las horas santas, ni los primeros viernes de mes, ni un retiro espiritual... todo ello existe para mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia, pero la Adoración Nocturna, sin ser ni más ni menos que aquellos, es lo que la Iglesia ha querido que sea aprobando para ello los correspondientes estatutos.

La adoración «es el primer acto de la virtud de la religión. Adorar a Dios es reconocerle como Dios, como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo lo que existe, como Amor infinito y misericordioso. “Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto” [Lc 4,8], dice Jesús citando el Deuteronomio».⁴

«Adorar a Dios es reconocer, con respeto y sumisión absolutos, la ‘nada de la criatura’, que sólo existe por Dios. Adorar a Dios es alabarlo, exaltarle y humillarse a sí mismo, como hace María en el Magnificat, confesando con gratitud que Él ha hecho grandes cosas y que su nombre es santo. La adoración del Dios único libera al hombre del

repliegue sobre sí mismo, de la esclavitud del pecado y de la idolatría del mundo.»⁵

El adorador nocturno centra así su vida en Dios de quién espera todas las cosas, y este mero acto de adoración le hace libre frente al pecado, el egoísmo y la idolatría del mundo. Reconocer que Dios existe y adorarlo es ponerse bajo el influjo de su acción poderosa, humillarse a sí mismo y reconocer su gloria y su poder. Hacerlo durante la noche es entrar en trato de intimidad con Él a través de su Hijo. Porque no sólo estamos llamados al respeto y a la sumisión sino que estamos llamados a mucho más, a la vida por el conocimiento y el amor.

«La vida humana se unifica en la adoración del Dios Único. El mandamiento de adorar al único Señor da unidad al hombre y lo salva de una dispersión infinita.»⁶

Velando durante la noche. La Iglesia ha considerado la vigilia nocturna como un elemento importante dentro de la liturgia, comenzando de modo preeminente con la gran noche pascual, de la que participan todas las demás vigili-
as y toda la liturgia de la Iglesia. Por eso exclama «La noche es tiempo de salvación».

Esta vela o vigilia que es la acción de estar despierto, expectante, vigilante por amor de Cristo, trasciende el ámbito mismo de la Adoración Nocturna y refleja la actitud universal de la Iglesia que clama en cada Eucaristía «ven Señor Jesús» (Ap 22,20).

En este sentido la Adoración Nocturna encarna muy singularmente la vela que Cristo pidió a sus apóstoles en el huerto de Getsemaní, puesto que es una de las llamas encendidas que no se apagan durante la noche —el tiempo de descanso— y mantiene alerta la vigilancia de la Iglesia en un acto de caridad universal para todos los hermanos. Esta vigilia se interpreta en un doble sentido: por una parte, la petición humilde de la perseverancia que deriva del amor misericordioso de Dios —«sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5), «vigilad y orad para no caer en la tentación» (Mt 26,41)—; y por otra, la espera confiada en su venida —«Estad vigilantes porque no sabéis ni el día ni la hora» (Mt 25,13), «El Hijo del Hombre vendrá como un ladrón en medio de la noche»—.

De este doble aspecto de la vigilia habla el Catecismo cuando dice que «mirado positivamente, el combate contra el yo posesivo y dominador consiste en la vigilancia. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación a El, a su Venida, al último día y al “hoy”. El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: “Dice de ti mi corazón: busca su rostro” [Sal 27,8]».⁷

Esto es lo que debe hacer la Adoración: velar por la noche —este es su tiempo—, para, personal y comunitariamente, no caer en la tentación y mantenerse

3. Ibid., núm. 1327.

4. Ibid., núm. 2096.

5. Ibid., núm. 2097.

6. Ibid., núm. 2114.

7. Ibid., núm. 2730.

en el amor de Cristo, viviendo de la Eucaristía y reconociendo al Señor como Creador y Salvador, Señor y Dueño de todo, y mientras tanto vigilar la segunda venida del Mesías y el establecimiento de su reino pidiendo insistentemente por ello.

Por eso el carisma y la vocación de la Adoración Nocturna no puede ser más actual porque éste es el tiempo de espera y de vigilia. «Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel que, según las profetas, debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio, pero es también un tiempo marcado todavía por la “dificultad” [1Co 7,28] y la prueba del mal que afecta también a la Iglesia e inaugura los combates de los últimos días. Es un tiempo de espera y de vigilia.»⁸

Comunitariamente y unida a toda la Iglesia: Llama la atención esta doble expresión que usan los estatutos pues se podría entender que si la adoración es comunitaria esa comunidad se hace con la Iglesia y por tanto podría parecer reiterativo la expresión «unida a toda la Iglesia»

Pero es que esta dimensión no hace sólo referencia al grupo o turno de Adoración Nocturna que por misericordia de Dios esa noche está en vela, y ni siquiera a toda la obra de la Adoración, que en sí misma ya supone una comunidad eclesial, sino que va más allá y hace referencia explícita de universalidad; unida a toda la Iglesia, a todo el pueblo santo de Dios. La Adoración Nocturna se convierte así en un carisma puesto al servicio de la Iglesia, de toda la Iglesia, puesto que su tesoro es «Cristo mismo, nuestra Pascua».

Por eso la Adoración Nocturna tiene como característica fomentar la hermandad de sus miembros a través de varios y sabios modos como su incorporación oficial mediante un acto expreso a la obra y el reconocimiento de su fidelidad en la toma de distintivos, para ejemplo y ánimo de los demás, mediante la reunión de los hermanos adoradores en turnos y cada uno en «su» turno, reunidos bajo la bandera de una sección que junto con las demás forman el cuerpo de la comunidad de la Adoración Nocturna...

Esta Adoración Nocturna se integra en las estructuras diocesanas de la Iglesia universal bajo la autoridad de sus obispos para que así sea realidad material la unidad con toda la Iglesia en perfecta obediencia a la Jerarquía eclesial.

Pero tan importante como esta unión material es la unidad espiritual, la comunión espiritual con la Iglesia universal, que se manifiesta por el mismo modo de hacer de la Adoración Nocturna estructurándose principalmente alrededor de la Santa Misa, el oficio divino y la oración con los salmos..

El santo sacrificio de la Misa, la renovación del sacri-

ficio de Cristo en la cruz ocupa un lugar primordial en la celebración de las vigiliyas, en ella el sacerdote hace bajar «el pan del cielo» no como el maná de nuestros padres, los israelitas, que comieron y murieron porque quien coma de éste pan no morirá para siempre. En la Santa Misa nuestra madre la Iglesia nos da el Cuerpo de Cristo para que a todas horas podamos entrar en trato de intimidad con Él, por la consagración se renueva el milagro tan grande de la presencia real y verdadera de Cristo en la eucaristía para que nos acompañe en toda nuestra vida.. Por la Santa Misa y la comunión Cristo se queda con nosotros para siempre y se constituye en prenda de vida divina.

La celebración del Oficio Divino hace que «El Misterio de Cristo, su Encarnación y su Pascua, que celebramos en la Eucaristía, (...) penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante la celebración de la Liturgia de las Horas, “el Oficio divino”. Esta celebración, en fidelidad a las recomendaciones apostólicas de “orar sin cesar”, “está estructurada de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche”. Es “la oración pública de la Iglesia” en la cual los fieles [clérigos, religiosos y laicos] ejercen el sacerdocio real de los bautizados. Celebrada “según la forma aprobada” por la Iglesia, la Liturgia de las Horas “realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre”...»⁹

Mientras que participando de la oración sálmica, de la que se compone también el oficio divino, universalizamos en el espacio y en el tiempo la oración a Dios Padre, con las mismas palabras que recitaban el pueblo elegido y el Mesías esperado, con las mismas palabras que ha recitado toda la tradición de la Iglesia «Los salmos alimentan y expresan la oración del pueblo de Dios como Asamblea, con ocasión de las grandes fiestas en Jerusalén y los sábados en las sinagogas. Esta oración es indisolublemente individual y comunitaria; concierne a los que oran y a todos los hombres; brota de la Tierra santa y de las comunidades de la Diáspora, pero abarca a toda la creación; recuerda los acontecimientos salvadores del pasado y se extiende hasta la consumación de la historia; hace memoria de las promesas de Dios ya realizadas y espera al Mesías que les dará cumplimiento definitivo (...))»,¹⁰ es decir, en ellos toda la creación reconoce la primogenitura de Cristo y la Adoración Nocturna se hace eco de este acontecimiento y recapitula todas las cosas en Él.

Así se cumple que la Adoración nocturna es una *comunidad* (de hermanos, unidos por un espíritu común, con unos fines y compromisos propios), *unida a toda la Iglesia* material y espiritualmente.

8. Ibid., núm. 670.

9. Ibid., núm. 1174.

10. Ibid., núm. 2586.

De acuerdo con su vocación contemplativa y expiatoria

HEMOS visto cuál es el fin esencial de la obra, el modo singular en que la Adoración Nocturna lo lleva a cabo. Ahora vamos a considerar brevemente lo que dicen los estatutos que es la vocación de la Adoración Nocturna: contemplativa y expiatoria».

La *vocación contemplativa*, que en su más profundo sentido se traduce en estar con Dios, no es tanto una labor intelectual de meditación, ni siquiera una recitación continua de oraciones, sino el estar con «quien sabemos que nos ama». De aquí surge la necesidad, tantas veces olvidada en la Adoración Nocturna de nuestros días, de un tiempo de silencio y oración personal, de estar con el Señor, de contemplación del misterio eucarístico, porque: «La oración contemplativa es la expresión sencilla del misterio de la oración. Es una mirada de fe, fijada en Jesús, una escucha de la Palabra de Dios, un silencioso amor».¹¹

Y aunque en la contemplación se puede también meditar, la mirada debe estar centrada en el Señor¹² para ir entregándose humilde y pobremente a la voluntad amorosa del Padre, en unión cada vez más profunda con su hijo amado¹³ y así aprender el conocimiento interno del Señor para más amarle y seguirle; para crecer en el amor y derramarlo en todos nuestros apostolados, que nacen y culminan en cada vigilia; para la revisión constante de la vida cristiana y para promover el culto al Santísimo Sacramento: «La contemplación es mirada de fe, fijada en Jesús. “Yo le miro y él me mira”, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario. Esta atención a Él es renuncia a “mí”. Su mirada purifica el corazón. La luz de la mirada de Jesús ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a ver todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres. La contemplación dirige también su mirada a los misterios de la vida de Cristo. Aprende así el “conocimiento interno del Señor” para más amarle y seguirle.»¹⁴

Y cuanto más le amamos más nos unimos al mismo misterio de Cristo, entrando a gustar de las cosas divinas por don del Espíritu Santo. De una manera especial nos unimos al misterio de la pasión de Cristo, al Cristo «varón de dolores», en una *vocación específicamente expiatoria* que consiste en reparar por medio del sacrificio y del amor

nuestras faltas de correspondencia al Amor del Corazón de Cristo, las nuestras y las de todos los hombres.

Ciertamente que nosotros no podríamos reparar una ofensa ni una falta de correspondencia al amor de Dios pero por eso viene Cristo y nos hace partícipes de su vida Divina «Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo».¹⁵ Y no solo eso sino que como un mendigo acude a nuestra puerta y nos revela que su Corazón necesita ser consolado, este Corazón abierto por y para cada uno de nosotros, «me amó y se entregó por mí», es la fuente de donde mana sin agotarse la entrañable misericordia de nuestro Dios. Por eso, al conocer este amor que Dios nos tiene, debemos ser conscientes de la urgencia de corresponderle, de ofrecernos a su amor y de consolar su Corazón, porque «amor con amor se paga». El que ha entrado en intimidad con el Corazón de Cristo sabe dónde está la fuente del amor y de ella vive, de ella habla y a ella sirve.

Y así, por esta comunicación de vida divina participamos del «valor infinito e inagotable que tienen ante Dios las expiaciones y los méritos de Cristo nuestro Señor, ofrecidos para que la humanidad quedara libre del pecado y llegase a la comunión con el Padre. Sólo en Cristo, Redentor nuestro, se encuentran en abundancia las satisfacciones y los méritos de su redención».¹⁶ De esta abundancia de méritos vivimos todos porque «en esto consiste el amor; en que él nos amó primero». Y así, uniéndonos a la pasión de Cristo, cristificándonos con Él, podemos consolar su Corazón y de un modo misterioso pero verdadero completar la pasión de nuestro Señor Jesucristo «ofreciendo nuestras personas y obras en unión con él por la redención del mundo».

Del ejercicio de esta vocación y del cumplimiento de estos fines, en definitiva, de vibrar con el amor que nos regala el Corazón de Cristo, brotarán los frutos de la Adoración Nocturna, que deben ser *individuales*: para el bien de cada uno de sus miembros y de toda la comunidad adoradora, mediante la revisión constante de la vida cristiana a la luz del Amor; y *colectivos*: para toda la Iglesia a través del compromiso apostólico activo fomentando sobre todo el culto al santísimo Sacramento y cualquier modo o manera de vivir la Eucaristía, sin partidismos, abiertos al Don del Espíritu Santo. Y en perfecta obediencia a la Jerarquía Eclesiástica.

11. Ibid., núm. 2724.

12. Ibid., núm. 2709.

13. Ibid., núm. 2712.

14. Ibid., núm. 2715.

15. Ibid., núm. 827.

16. Ibid., núm. 1476.

Frutos de santidad de la Adoración Nocturna española: rasgos de la vida del siervo de Dios Alberto Capellán

M^a REYES JAURRIETA GALDIANO

No podemos ni sospechar las bendiciones que Nuestro Señor Jesucristo ha derramado durante estos 150 años de Adoración Nocturna Española sobre sus adoradores, para su provecho espiritual, el de sus familias y el de sus pueblos y ciudades.

La Institución de la Adoración Nocturna junto a otras como el Apostolado de la Oración, llegó a formar parte esencial en la vida cristiana de la gran mayoría de católicos. Este rápido crecimiento que tuvo la adoración nocturna española tanto en sus turnos de hombres como de mujeres, se debió al convencimiento que los cristianos tenían de que la compañía a Jesús Sacramentado durante la noche era ocasión especialísima de dar gloria y reparación al Corazón de Cristo en unión de toda la Iglesia. Y que al mismo tiempo, estos ratos de intimidad con el Señor transformaban sus vidas, fortalecía la fe de sus familias, y eran fuente de inagotables bendiciones.

De manera bellísima lo cuenta el obispo de Tuy-Vigo, José Diéguez Reboredo, en los 100 de la Adoración en su diócesis.

«Sí, en esta historia encontraréis algo peculiar que distinga a estos hombres de los demás: su amor a Cristo en el Santísimo Sacramento y su permanencia ante Él, en adoración, muchas noches. Cada uno de ellos tiene muchas de estas horas en su haber. Veinte, treinta y más años han pasado una noche cada mes en oración ante el Señor en la Sagrada Hostia.

Son horas de silencio, de escucha y de comunicación. Retirados del «mundanal ruido» entran en la Casa de Dios para escucharle. ¡Cuántas confidencias! Pausadamente y uno tras otro, van desgranando los salmos que hablan del Dios que ama, que busca el bien del hombre, que sale a su encuentro y le ofrece el gozo de estar con Él. ¡Con qué significado tan profundo llega a sus oídos la palabra de Dios proclamada a esas horas de la noche! Tiempo adecuado para hablar, sin prisas, al Amigo, de sus cosas y de sí mismos, y también de Él y de las suyas. Hay palabras y silencios pero la comunicación con el Amigo no se interrumpe. Cuántas veces exclamarán los adoradores con Pedro: «¡Qué bien se está aquí en este diálogo contigo!».

Al terminar la vigilia de cada noche se ven empujados a interrogarse con las palabras de los dos Discípulos que caminan a Emaús: «¿No estaba ardiendo el corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» No es posible pasar tantas ho-

ras a pecho abierto ante el Santísimo y no sentir el corazón caldeado por el que es Amor. Surge entre el orador y el Adorado una corriente de coincidencias de pensamientos, deseos y sentimientos y la cercanía se hace cada vez mayor hasta llegar a sentir que la misma vida es compartida por uno y otro: «Vivo yo, pero ya no soy yo, es Cristo el que vive en mí».

La presencia mensual de los Adoradores cada cual en su turno a lo largo de los años, cuyos testimonios de fidelidad heroica todos conocemos, se debía al convencimiento que los adoradores tenían de que sus vidas y la de los suyos están en manos de Dios. Que no es por su obras, por sus buenas cualidades y aptitudes, por la buena organización de sus planes por lo que las cosas tienen posibilidades de arreglo. La prontitud con la que el adorador acude cada noche del mes ante la presencia real de Jesucristo se debe al reconocimiento por parte de éste de su pequeñez y de su nada. Nos hace evocar la oración del Señor «Sin mí, nada podéis hacer»; por tanto, «venid y velad conmigo».

El adorador nos recuerda la invitación del Señor a velar con él, a descansar junto a su Corazón presentándole todos nuestros quehaceres e ilusiones, todas nuestras preocupaciones y temores. Los adoradores ponen así ante el Señor, su vida y la de los suyos, su santificación personal, convencidos que sólo El puede cambiar nuestros corazones de piedra en un corazón de carne, que Cristo Vivo transforma las personas y cambia los pueblos.

De ahí podemos comprender con qué solemnidad y en que ambiente de fiesta se han venido celebrando las vigili-
lias de espigas, las bodas de oro, de plata y de diamante en los diferentes pueblos de España desde sus primeras fundaciones. La ciudad se engalana para la procesión de banderas. Cristo vivo se pasea por las calles de sus pueblos finalizando la procesión con la bendición del Santísimo en su Plaza Mayor. Entonces los pueblos experimentan que la mayor riqueza es Cristo. Y de alguna manera el adorador vive en el convencimiento de que acudir a la cita del Rey de Reyes es el mayor bien que se le puede presentar a uno en este mundo.

Son innumerables los testimonios que poseemos a este respecto. El arzobispo de Pamplona Fernando Sebastián con motivo del centenario de la Adoración Nocturna de los Arcos (Navarra) comentaba:

«Sin acudir a otros argumentos yo puedo aducir mi

propia experiencia. Comencé a asistir a las vigili-
as de la adoración Nocturna cuando era un muchacho de 14 años. Desde la primera vez quedé impresionado por el clima de serenidad y de devoción que se respiraba durante aquellas horas nocturnas. No dudo de que aquella experiencia tuvo bastante que ver con mi vocación. (...)

La Adoración nocturna es una escuela de fe y devoción, un testimonio fuerte de vida cristiana, una oportunidad de practicar la penitencia corporal y sacramental, una ayuda decisiva para la piedad familiar y la educación cristiana de los hijos.»

Ejemplo precioso de vida santa es la del adorador riojano el venerable Alberto Capellán Zuazu (1880-1965). Su vida sencilla de labrador y padre de familia es una ofrenda al Señor y a los hermanos.

La figura de Alberto Capellán presenta el perfil de un labrador curtido por soles aires y hielos. De constitución nervuda y andar incansable. Sus ojos reflejaban gran viveza y expresividad. Destacaba por su postura erguida, que le daba un aspecto vigoroso y marcial. Sus palabras, mas bien escasas las pronunciaba con gran firmeza y convicción. Las personas que le trataron recuerdan que la postura dominante de Alberto Capellán era la de esta siempre en servicio activo. Su actitud recordaba al vigía dispuesto siempre a salir en ayuda del que lo necesitara.

«Poco presumido en su persona, seguía la broma cuando le elogiábamos su vestido, si aparecía arreglado. Lo recuerdan con el cuello de la camisa siempre abrochado. Siempre con traje y boina tanto en Logroño como en Santo Domingo. Cuando tenía algo que hacer con los pobres se olvidaba si iba arreglado o no.»

El director espiritual de Alberto Capellán en 1943 le ordena escribir lo más sobresaliente de su vida. Puntualmente, un mes después, Alberto entrega un cuaderno escrito de su puño y letra. Al padre espiritual le conmovieron aquellas escasas páginas del alma santa de Alberto y le pide que escriba otro más y después un tercero. En estos dos libros, se basa lo que sabemos de Alberto Capellán.

«Esta es la historia de mi vida, malisimamente escrita –subraya al terminar el cuaderno primero–; pero salida del corazón y ante la presencia de Cristo Crucificado; no atreviéndome a escribir una sola palabra sin colocar su imagen sobre el mismo papel.»

Alberto Capellán nace en Santo Domingo de la Calzada, Logroño, el 7 de agosto de 1888. Contrae matrimonio con Isabel Arenas Mahave el 30 de junio de 1909. Vive una vida cristiana corriente hasta que se convierte de lleno a Dios, en enero de 1919: Resume su vida escuetamente con estas palabras: «Historia de mi vida. Mi juventud, ansias de placeres. Casado: tendencias, ansias de riquezas. Y hoy –bendita sea la Virgen– ansias de Dios».

Cuenta en sus memorias que el comienzo de una vida cristiana más profunda le vino cuando en una ocasión un vecino le prestó el Catecismo explicado del padre Claret.

«Empecé a mirarlo por curiosidad. Y ¡qué cosa tan rara!, sentía un gusto que no sé explicar. Primero miraba como un chiquillo las estampas. Tanto me gustó que empecé a leerlo. Verdaderamente no había visto algo más atractivo. (...) Pero el atractivo principal era el dedo de Dios, primer chispazo de gracia extraordinaria. Ya no era yo, era Cristo en mí quién se movía en todas direcciones.»

La otra puerta se la abrió la Virgen María, de la que cuenta que una noche, ya acostado, vio en sueños la imagen de la Virgen a los pies de la cama con un manto y así durante tres noches seguidas. El Señor va buscando a Alberto, y él se siente abrumado con tanto amor del Señor:

–«Dios mío, ¿qué he hecho yo para merecer tu amistad? ¿para merecer tantas atenciones extraordinarias haciéndome sentir una felicidad de un cielo anticipado? (...) Nada. Has sido tú, Dios mío, quien te has dignado salir al camino de mi vida rota, enfrascada en los tres pecados capitales.»¹

Tras su conversión Alberto comenta que el pecado contra el que según él «arremete» es la avaricia. Trabajaba mucho en el campo, incluso los días festivos en un afán inmoderado de poseer más. Llevaba en rentas bastantes tierras, trabajaba para otros ganando jornales, transportaba patatas a la estación de Haro, chillaba a su suegro cuando cree que le resta algo de lo suyo... Y que la primera gracia que recibió del cielo –nos comenta– fue sentirse con fuerzas suficientes para despegar de su corazón tales afanes y la determinación consistió nada menos, que dejar tres partes de la tierra, y vender parte del ganado.

«Cuando recuerdo mi decisión de dejarme casi toda la tierra que labraba tendría yo 29 años. Reconozco que mi decisión fue algo temeraria; pero sentía dentro de mi alma una como fuerza misteriosa que me hacía sentir grandes deseos y gran fortaleza para afrontar y dejar todo aquello en que hasta entonces tenía puesto todo mi corazón y mi alma, o sea, en la tierra y en los animales que me eran necesarios para labrarla, y que, al no serme necesarios vendía parte de ellos.

»Y esto lo hacía sintiendo dentro de mí una alegría y felicidad que me es imposible explicar de no ser una providencia muy marcada del don de Dios de su divina gracia.»²

Alberto continúa su vida de labrador pero ahora con los ojos puestos constante mente en Dios. Antes de ir al campo va a misa a las 5.30 de la mañana y comulga –venciendo el escrúpulo que le daba comulgar todos los días– y hace el ejercicio del vía crucis.

«A los que íbamos en el carro con él a recoger mies

1. La biografía y parte de los escritos de Alberto Capellán han sido tomados de BARRIOS MONEO, Alberto: *Los pobres son Cristo*, Madrid, Cocusa, 1969.

2. *Ibid.*, p. 71.

—dice uno— nos hacía meditar la misa durante el trayecto y bien podemos considerar que hacíamos una buena meditación».

En 1910 se funda la sección de la Adoración Nocturna en Santo Domingo de la Calzada. Alberto Capellán en una de sus pocas fechas anotada en su cuaderno ponía: «Ingresé en la Adoración Nocturna el día 14 de junio de 1919». Desde muy pronto destaca su enorme entusiasmo con la obra.

El 4 de febrero de 1920, sólo medio año después se le nombra vocal del Consejo. Al año siguiente, del Consejo Directivo; veinte días después, el 27 de febrero, es nombrado jefe interino de uno de los dos turnos existentes, bajo el patrocinio de Santo Domingo de la Calzada. En 1927 es elegido presidente de la Asociación:

«Una noche cuando vine del campo me encuentro sobre la mesa una cita de la Adoración nombrándome presidente. Lo sentí mucho, me hizo impresión; pero no era cosa de romper la cita, pues había otros en la sección que valían mucho más que yo para ocupar dicho puesto».

Con él han presentado también a Don Francisco Roig, industrial, respetado, culto y con mil influencias. Sabemos que Alberto recibe 13 votos y uno el señor Roig. Por tanto —dice el acta— teniendo mayoría el señor Capellán fue nombrado presidente de esta sección.

Ante el Santísimo permaneció 660 vigiliias como adorador. Sólo faltó en toda su vida una sola vigilia.

«Llevaba ya dentro de la Asociación más de 35 años y un día me enseñó el secretario la lista de las asistencias de los adoradores a las vigiliias y tenía una sola falta. Y no acordándome yo haber faltado a ninguna, pensé pudo haber sido una noche por haberse enfermado un animal y se murió esa misma noche. Alguna vez me ha ocurrido no estar en Santo Domingo el día que me tocaba la vigilia y la hacía en Logroño».

Para él no resulta una losa asistir a la Adoración. Las 660 vigiliias anotadas se refieren a las obligatorias como Adorador Nocturno, pero de hecho hizo muchas más. Así lo adivinamos en esta confesión:

«Al comenzar la Cruzada de Liberación autorizó el Consejo Supremo de la Adoración que, con motivo de la guerra, podía los adoradores que lo desearan —después de asistir a la vigilia de su turno, cosa que antes estaba prohibido— se les permitía asistir hasta primera hora a las demás vigiliias que celebrase la sección. Ante esta disposición me aproveché de ella y asistí a mi turno toda la noche, más hasta primera hora a las demás vigiliias que celebraba la sección».

Su gran ilusión era multiplicar los adoradores, dar a los hombres la ocasión del encuentro con Cristo en la soledad de la noche. Y no fracasó en su empeño. Mientras fue el presidente los turnos de Santo Domingo aumentaron considerablemente. «Más adoradores y más asistencia» repetía constantemente.

«Le vi muchas veces en las vigiliias de la Adoración Nocturna como presidente, —nos cuenta un testigo— siem-

pre puntual y al frente de los adoradores, como capitán al frente de sus soldados. Llevando el estandarte tanto en las procesiones de cada vigilia por el interior de la iglesia como cuando había que salir a la calle con una dignidad y un orgullo que bien claro se veía que no era vanidad ni ostentación mundana, sino conciencia clara de que servía a Dios, de donde le nacía esa satisfacción que se reflejaba en su cara sonriente».

De estas noches de Adoración se desprende la caridad extrema de Alberto Capellán, el otro rasgo definitorio de su vida. A finales de los años veinte muchos mendigos pululaban por las calles de Santo Domingo y sus alrededores. A Alberto se le ocurre construir un cobertizo para ellos que le llamará «recogimiento». En medio de las eras, en terreno propio, Alberto levanta un primer cobertizo y posteriormente otro con una excelente cocina, donde dormirán las mujeres y los niños, mientras los hombres y los mozos se quedan por las noches en el primero.

Después de la guerra Alberto contempla que el desfile de los pobres es cada vez mayor y quiere ayudarles con un refugio más capaz. En 1940 y 1941 construye el gran recogimiento. El local llegó a ser conocido por todos los pobres de las provincias de Logroño, de Burgos, Vitoria y Soria. Resultaba de lo más normal que cuando Alberto descansaba en la cocina de su casa a la vuelta del campo llamara algún pobre al portal pidiendo cobijo. «Dudo yo —cuenta un testigo— que pudiera bajar nadie más ligero y de mejor ánimo que como él lo hacía. Aquel: «Diga, majo, diga», que añadía a su saludo, era como la invitación más eficaz para quitar el recelo o timidez del pobre que buscaba refugio». Los acompañaba hasta el refugio, y una vez allí, los acomodaba, los desvestía, los lavaba y les tapaba con paja. En ocasiones los recogía de la calle en estado de embriaguez y podemos decir que, como San Juan de Dios, se los llevaba a cuestas hasta el recogimiento.

El recogimiento contaba con un fogón. Él solía coger algunas patatas del pajar, les mandaba a por una botellita de vino, y les decía;

«—Si les parece, mientras se nos asan las patatas, rezamos el rosario.

»—Señor, lo que usted quiera —me contestaban al momento. Comenzábamos a rezarlo todos sentados alrededor de la lumbre, dándose el caso de varias veces de levantarse alguno y rezarlo de rodillas.

»Pocos días se pasaban que no hubiera más o menos pobres en el recogimiento y no me acuerdo haya pasado un solo día, estando yo con ellos, sin saludar a la Virgen al toque de oraciones.»

Tampoco se olvida Alberto de rezar cada noche y cada mañana un padrenuestro y dos jaculatorias: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío»; y la otra: «Sea María, tu corazón, de todo el mundo la salvación». El celo de Alberto Capellán hizo que aprendieran el acto de contrición, repitiendo las palabras que él pronunciaba. «Pasado cierto tiempo ya muchos niños y niñas se los sabían de memoria y se adelantaban cuando yo lo dirigía. Claro, consis-

tían en cuatro palabras: –Señor pequé, pésame haberte ofendido. Ten misericordia de mí y de los pobres pecadores. Y el padre como muchos le llamaban en el recogimiento les decía: «Sí así lo rezáis todas las noches al acostaros el cielo será vuestro».

El bien que hizo a toda esta gente es inmenso. Conseguió colocar a bastantes chicas sirviendo en casas, otra de bordadora, de otra dice que se casó con un obrero majo... Hacia las gestiones para que entraran en el Colegio del Amor Misericordioso de Alfaro y en las Adoratrices. Conseguió que más de cinco parejas que vivían maritalmente accedieran al sacramento del matrimonio. El mismo les instruía sobre el catecismo y lo mismo a sus hijos para que todos accedieran a los sacramentos. Conseguió ropas pidiendo a vecinos para que como dice él «fueran curiosos en día tan señalado».

«Cuanto tiempo que emplear en estas cosas –nos dice Alberto– pero con qué gusto lo hacía por convencimiento de que así iba pagando la gran deuda que tengo con Dios, que nunca terminaré de pagar». (...)

«Todos los días recibía al Señor en mi pecho y en el ponía mi confianza. El fue quien despertó en mi alma santos deseos y fuerza de voluntad para hacer la casita y ser destinada a favor de los transeúntes más pobres.

El fue quien movió mi corazón tan materializado antes, para desprenderse de unas pesetas y construir dicha obra con el único fin de proporcionar al pobre transeúnte un resguardo donde pasar las noches crudas de invierno».

La formación de una escuela nocturna cuenta también entre sus obras de caridad. «Sentía en mi corazón –escribe– grandes deseos de llevar almas a Dios y movido por este ideal, en tiempos de la República y antes, solía reunir por las noches un número de jovencitos para enseñarles, recordarles, las oraciones principales y hablarles de las cosas necesarias para recibir a Jesús en la Sagrada Comunión. Por lo general eran pastorcitos de 13 a 16 años muy necesitados de doctrina.»

La vida ejemplar de Antonio se muestra también en su casa, con su esposa e hijos. El hogar de los Capellán llegó a reunir a cuatro hijos y cuatro hijas, aunque una niña falleció pronto. Una de sus hijas cuenta que «desde niña recuerdo siempre a mi padre amantísimo de su esposa e hijos, cariñoso y piadoso. Pero aunque cariñoso, siempre

se hacía respetar de todos nosotros, que obedecíamos con prontitud todos sus mandatos». Tuvo la dicha de tener un hijo sacerdote y una hija misionera dominica. En su casa siempre reinó un ambiente de profunda piedad y alegría. Pudo celebrar sus bodas de oro matrimoniales con una misa que presidió su hijo sacerdote. Terminado el acto religioso el matrimonio ofreció un verdadero almuerzo de hermandad sentando en su mesa a varios pobres.

El 24 de febrero de 1965 muere santamente Alberto Capellán de una angina de pecho. Como dijo la sección de la Adoración Nocturna Calceatense, objeto de sus ilusiones: «Descanse en paz. Que Jesús-Hostia le haya otorgado para aquel que habiendo sido fiel en lo poco, allá le habrá constituido sobre lo mucho».

Su hijo misionero desde Burundi escribe a su madre y hermanos: «Que haya alguno entre vosotros que se preocupe de continuar las obras que padre tanto amaba. Su puesto no debe quedar vacío ni en la adoración, ni en las conferencias de San Vicente, ni en la casa de los pobres. Sepamos explotar la herencia más grande que podía dejarnos, el ejemplo de su fe, de su desinterés, de su amor por la Eucaristía y por los pobres. Sepamos explotar esta preciosa herencia, de la que tendremos que dar cuenta a Señor».

Verdaderamente, no hay mejor herencia que recibir de los que nos han precedido el tesoro de fe. La vida santa de tantos adoradores nocturnos nos ha de hacer volver con entusiasmo a nuestra vigilia mensual de la Adoración Nocturna gozosos de corresponder a la llamada de Cristo amoroso. Como se reza a la incorporación de un nuevo adorador la turno:

«Un día más o menos lejanos tu nos saliste al encuentro. Nos sacaste de las tinieblas en que estábamos sumergidos y nos bañaste con la luz de tu bautismo. Cuando el peligro empezó a rodearnos en nuestra vida personal, quisiste ungirnos con tu crisma para hacernos miembros fuertes de tu cuerpo místico. Sobre todo tú hecho pan para alimento de los hombres, comenzaste a transformarnos en ti mismo con tu rica vida eucarística.

»Nuestros méritos son: Nuestra pequeñez, nuestra debilidad, nuestra cobardía; pero por encima de todo, tú sabes que te amamos y que queremos estar contigo en la soledad y en el silencio de tus noches de Eucaristía.»

«Todas bellas, todas santas son las devociones de la Iglesia Católica, mas la devoción al Santísimo Sacramento de la Eucaristía es, entre todas, la más sublime, la más tierna, la más fructuosa».

Palabras de san Pío X a la A.N. española,
la, 6 de julio de 1908

El Corazón de Jesús, principio y término de nuestra reconciliación penitente

BERTRAND DE MARGERIE S.J.

PROPONGO aquí una reflexión acerca de la importancia de la «Reconciliación y de la Penitencia en la Misión de la Iglesia». La contemplación del Misterio del Corazón de Cristo Jesús, centro del misterio de la Iglesia, arroja una luz radiante sobre este misterio. El Corazón de Jesús se manifiesta como un símbolo eficaz de Reconciliación vertical y horizontal, a la vez que un principio dinámico de penitencia sacramentalizada, en sus diferentes aspectos: contrición, confesión, absolución y satisfacción. Sin olvidar que «en el Bautismo es donde el cristiano recibe el don fundamental de la metanoia o conversión» (Paulo VI), que es la base de los actos del penitente.

I. El Corazón traspasado de Jesús, símbolo supremo de reconciliación

En las profundidades del corazón humano, por muy dividido interiormente y por muy corrompido que esté,¹ se origina, bajo la acción de su Creador y fortalecido por sus gracias actuales, el proyecto de una triple reconciliación: consigo mismo, con los demás² y con Dios. Este es el proyecto mayor de cada uno de nosotros: unificarse íntimamente, en unión con nuestros compañeros de peregrinación y, sobre todo, con Aquel que es principio y término de nuestra existencia; por consiguiente, reconciliarse consigo mismo, con nuestros hermanos y con el Padre. Proyecto que, por cierto, supera nuestras fuerzas.

La Revelación nos manifiesta que el Hijo único de Dios quiso asumir un corazón de carne, un corazón no dividido, un corazón amante³ y misericordioso, precisamente para

convertirse en el Mediador deseoso de la realización de nuestro triple proyecto de reconciliación. Este Corazón quiso conocer y experimentar la desintegración de la muerte, el odio de sus hermanos y un misterioso abandono de su Padre a fin de cumplir en nosotros y en el universo su voluntad reconciliadora, reconciliándonos con nosotros mismos, con nuestros hermanos y con El mismo y con su Padre. Aceptó, pues, detener, en la muerte, sus latidos amorosos para darnos, con la Sangre y el Agua de sus sacramentos, el Espíritu, que es la reconciliación en forma de remisión de los pecados (Jn 19,30,34; 20,22-23), el Espíritu de Amor, que es el Sopro vivificante del Corazón del Resucitado.⁴

Los hombres estaban incapacitados para expiar sus crímenes y satisfacer a la justicia misericordioso del Padre; el Hijo Unigénito, impulsado por el ardiente amor de su Corazón hacia nosotros, reconcilió totalmente los deberes y obligaciones de la humanidad con los derechos del Padre, poniendo en nuestras manos su satisfacción sobreabundante e infinita.⁵ De esta manera, Cristo Redentor es, por su Corazón humano,⁶ el autor de «esta ad-

4. Cf. Pío XII: *Haurietis Aquas*: «Haec divina caritas est Cordis Christi ejusque Spiritus pretiosissimum donum Eique (scilicet Patri) Cor suum ostendit vivum» AAS, núm. 48 de 1956), PP. 335 y 337): «Esta divina caridad, [es] don preciosísimo del Corazón de Cristo y de su Espíritu y a Aquel [es decir al Padre] muestra su Corazón vivo» (Ed. Tipográfica Poliglota Vaticana, versión castellana, 1956, pp. 27 y 29).

5. Cf. San Anselmo: «Cur Deus Homo?» (¿Por qué Dios Hombre?), II, 20: «¿Podrá concebirse proceder más misericordioso que el de Dios Padre, que dice al pecador condenado a los tormentos eternos y desprovisto de lo que podría rescatarlo: “Toma a mi Hijo Unigénito y ofrécelo en tu lugar”, y que el del propio Hijo, diciéndole: “Tómame y rescátate” – tolle me et redime te?» De aquí la expresión del Doctor Angélico: «Dado que el hombre no podía satisfacer, por sí mismo, por el pecado de toda la humana naturaleza, Dios le dio a su Hijo para satisfacer por él» («Summa theológica», III, 46, 1.3.). Pío XII concluye de allí: «El divino Redentor... habiendo *conciliado*, bajo el estímulo de una caridad ardentísima para con nosotros, las obligaciones y compromisos del género humano con los derechos de Dios, ha sido sin duda el autor de aquella maravillosa *reconciliación* entre la divina justicia y la divina misericordia, que justamente constituye la absoluta trascendencia del misterio de nuestra salvación» (*Haurietis Aquas*, versio cit., p.16). Los subrayados son del autor del artículo.

6. Juan Pablo II: *Redemptor Hominis*. 9: «La redención del mundo –ese misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada– es, en su raíz más profunda, “la plenitud de la justicia

1. Cf. *Gaudium et spes*, 10 y 11: «Los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano... La corrupción del corazón humano sufre con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación». De manera más acuciante, Juan Pablo II escribe: «El misterio interior del hombre, en el lenguaje bíblico, y no bíblico también, se expresa con la palabra ‘corazón’. Cristo, Redentor del mundo, es Aquel que ha penetrado, de modo único e irreplicable, en el misterio del hombre y ha entrado en su ‘corazón’» (*Redemptor Hominis*, 8,2).

2. Además, el creyente –sea cristiano, judío o musulmán– que ha recibido del Dios revelador la fe en la existencia de los santos Angeles, desea también reconciliarse con ellos.

3. *Gaudium et Spes*, 22.

mirable conciliación (*miranda conciliatio*) entre la justicia divina y la misericordia divina,⁷ donde tiene sus cimientos la trascendencia del misterio de nuestra salvación»,⁸ de acuerdo con la hermosa expresión de Pío XII en la encíclica *Haurietis Aquas*.

Dicho con otras palabras, al *conciliar* entre ellas las exigencias de la Justicia y de la Misericordia divinas, gracias a la ofrenda de su sacrificio expiatorio, Cristo *reconcilió* a su Padre celestial con sus hermanos humanos. En la Sangre derramada de su Corazón traspasado de Mediador teándrico, unificó el proyecto trascendente y divino de reconciliar a los hombres con su Creador, y el proyecto humano y dependiente de reconciliarse con Dios y con los hermanos humanos. En la no-violencia amorosa de su pasión, Jesús hizo humildemente violencia a su Padre en favor de los hombres: «el Reino de Dios sufre violencia y los violentos lo conquistan» (Mt 11,12). Su Corazón «manso y humilde» (Mt 11,29) es el símbolo de su amor no-violento que a los violentos convirtió siempre a la mansedumbre. El Corazón de Jesús es nuestra paz y nuestra reconciliación.⁹

Esto no obstante, la expiación reconciliadora de Cristo está muy lejos de dispensar al Padre de ofrecer al Padre nuestra propia satisfacción reparadora; por el contrario, nos la hace posible y fácil, al suscitar su integración en el único sacrificio aceptable por parte del Padre. Cristo no murió para dispensarnos de sufrir y morir, sino para que pudiésemos, con Él, amar a su Padre, incluso en nuestros sufrimientos y en nuestras muertes, a pesar de nuestras debilidades y de nuestros pecados. De aquí, la institución del sacramento de la Penitencia reparadora, signo eficaz de la integración de nuestra satisfacción en la suya. Precisamente gracias a este sacramento, Cristo sigue reparando por nosotros a su Padre. Su reparación objetiva se completa en la reparación subjetiva.¹⁰

II. El sacramento de la Penitencia, en sus diferentes aspectos, diviniza la Reparación

SE trata, ahora, de mostrar brevemente cómo el culto al Corazón de Jesús facilita el acceso a los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Entendemos aquí por *reparación* una participación libremente aceptada y llena de amor en el destino de Jesús, Nuestro Señor, por la aceptación de las consecuencias del pecado en el mundo: el dolor, el abandono, la persecución, cierta ausencia del Dios siempre presente y la muerte. Informada esta reparación por la caridad, se la puede considerar como la forma de todas las virtudes en el mundo del pecado y de la cruz.¹¹

La reparación es el ejercicio activo de una justicia amorosa para con un Dios misericordioso, incluso en su misma justicia: incluye la voluntad de compadecer en la Pasión de ese Dios por nosotros y de consolarlo en su agonía como hombre,¹² con miras a completar lo que faltaba a sus sufrimientos, por su Cuerpo, que es la Iglesia.¹³

En resumidas cuentas, la reparación asume todas las obligaciones de la justicia para con Dios en una atmósfera de amor, tanto más y tanto mejor, por cuanto, lejos de aislar en Dios su justicia, la ve penetrada totalmente por la misericordia, ontológicamente idéntica a aquella, en la infinita simplicidad del Ser divino.

Esta reparación suscitada por Cristo viene Él a hacer suya en el sacramento de la Penitencia. Sacramentaliza y diviniza nuestras reparaciones subjetivas intengrándolas en su Reparación objetiva. «En Él —dice el Concilio de Trento—¹⁴ nosotros satisfacemos, al producir dignos frutos de penitencia, que sacan de Él su fuerza, por Él se ofrecen al Padre y, gracias a El, son aceptadas por el Padre».

Esta declaración se aplica a la contrición, a la confesión y a la satisfacción, mediante las cuales el penitente

en un corazón humano..., para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres».

7. Es decir: entre las diversas exigencias, a primera vista opuestas, de estas dos perfecciones divinas, idénticas en la simplicidad del Ser divino.

8. Cf. supra nota 5.

9. Cf. Letanías del Corazón de Jesús: «Cor Jesu, Pax et Reconciliatio nostra, miserere nobis».

10. Acerca del paso histórico de la noción patristica de reparación (sobre todo objetiva) a la noción moderna (que acentúa los aspectos subjetivos), ver Alonso, Joaquín María, c.m.f.: «Teología de la Reparación» en *Efemérides Mariol.*, núm. 27, 1977, pp. 305 ss. También, Solano, Jesús, S.I.: *Desarrollo histórico de la Reparación*, Roma, Cuore di Cristo, 1980. Partiendo de los datos históricos que nos proporcionan estos dos autores, podríamos resumir la evolución de esta manera: Para los primeros siglos, la reparación significa la restauración por Dios de su obra dañada por el pecado; para nosotros, su significado es, sobre todo, el de la compensación ofrecida a Dios. Esta segunda acepción se hallaba implícita en la primera y en la manera de celebrar el sacramento de la penitencia durante los primeros siglos. A partir de san

Anselmo, lo implícito se torna explícito; a este santo le correspondió sobre todo destacar la noción de satisfacción, ya presente en Tertuliano, subrayando su orientación vertical de reparación teocéntrica. Simultáneamente, la reparación de justicia, polarizada por un orden objetivo por restaurar, pasó a ser reparación de amor, informando la precedente, de la cual hace una restitución de amor.

11. Rahner, Karl, S.I., en Stierli, Joseph, S.I.: *Le Coeur du Sauver*, Mulhouse, 1956, pp. 179-180. Hemos modificado ligeramente el texto.

12. Nos inspiramos aquí en Pío XI: *Miserentissimus Redemptor* (AAS, 20, 128, p. 169: «Increato Amori... illatae injuriae compensari debent... ob justitiae et amoris titulum») (Las injurias inferidas al Amor increado deben compensarse a título de la justicia y del amor). Obsérvese el paralelismo entre las dos virtudes humanas de justicia y caridad, por una parte, y las dos virtudes divinas de justicia y amor, por otra (cf. supra notas 5 a 8), todas ellas en juego en el culto rendido al Corazón divino y humano de Jesús, el Mediador. La reparación es justicia amorosa para con el Amor justo y misericordioso. Luego, Pío XI subraya que el amor nos impulsa a la compasión consoladora.

13. Col 1,24.

14. Concilio de Trento, DB 904, DS 1691.

«concelebra», con el sacerdote, el Sacramento de la Penitencia. Los «frutos de la penitencia» serán tanto más dignos de ser ofrecidos al Padre por el Hijo y aceptados por ambos, cuanto más penetrados estén de amor, gracias a la práctica del culto al Corazón de Jesús.

La Hora Santa asocia al cristiano al Corazón de Jesús, destrozado durante su agonía a la vista del pecado del mundo: «Mi alma está triste hasta la muerte... ¿No has podido velar una hora conmigo? Vigila y ora» (Mc 14,34-38). El bautizado que ha caído en pecado se esfuerza por quebrantar voluntariamente su corazón de dolor ante el sufrimiento que su ingratitud causó al Hijo del Hombre. Al contemplar la agonía de Jesús en el Jardín de los Olivos, toma parte en la lucha que Él sostiene contra el pecado. Lucha junto a Jesús inocente, contra sus propios pecados. Los detesta. Se aparta de ellos. ¿Podrá haber una preparación mejor para recibir fructíferamente la absolución? ¿No se facilitaría de manera especial la vuelta de muchos a la confesión mensual, si se restableciera, en el contexto de una celebración penitencial, la Hora Santa los primeros Jueves de mes?

Cuando se cultiva por estos medios una contrición profunda, cuando la contemplación del Corazón agonizante de Jesús nos ha hecho reconocer que moriríamos de dolor si fuéramos conscientes de la gravedad inmensa del menor pecado venial, por cuanto ofende a la Bondad infinita, la confesión ya no se experimenta tan sólo ni principalmente como una carga vergonzosa, sino también y mucho más como una necesidad que satisface la sed de reparación, suscitada por el Espíritu de Jesús con la contrición.

Juntamente con esto, la absolución se aprecia mejor como una palabra que nos libera de la más tiránica de las esclavitudes: el encadenamiento al capricho de las pasiones desordenadas. El penitente que carga sobre sí el yugo de Cristo, experimenta su suavidad, lo liviano del peso que su mandamiento del amor pone sobre nuestros hombros, desde el momento en que su misericordia nos libra de la pesadísima carga de nuestras propias fallas, gracias a la humildad de su Pasión: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,29-30).¹⁵ Sobre todo por las palabras de la absolución, el penitente experimenta en sí, en la fe, el Corazón manso y humilde de Jesús, al compartir su humildad por la humillación voluntaria de la confesión. Gracias a que, en la contrición, ha llegado a reconocer que antes había sido «un mal hombre, que del tesoro malo de su corazón malo, saca cosas malas», y gracias a que ha reco-

nocido, en las palabras buenas de una confesión, sus pecados, puede ahora comprender al Hombre bueno,¹⁶ a Jesús, y sacar del buen tesoro y de la abundancia de su Corazón, la cosa buena por excelencia, el perdón (cf. Mt 12,34-35): «Tus pecados te son perdonados... Vete, y en adelante no peques más» (Mc 2,5; Jn 8,11).

Entre las palabras buenas que Jesús, mediante su Iglesia, saca de su Corazón —el único bueno—, para ayudar al pecador perdonado a no volver a pecar, están las que le señalan la satisfacción que deberá cumplir para completar en sí la Pasión de Cristo, en el amor.

Por una parte, esa reparación amorosa al Amor justo y misericordioso al que ofendió, le permite restablecer el orden que había violado con sus pecados,¹⁷ ese orden que él transformó en desorden, y así, «compensar a ese Amor increado, por la indiferencia, el olvido, las ofensas, los ultrajes y las injurias»¹⁸ que ese Amor ha sufrido por su vida de pecador ahora reconciliado.

Por otra parte, consciente de su deber de caridad para con sus prójimos todos y solícito de acudir en ayuda de los demás a llevar la carga¹⁹ de sus propias deudas de las penas temporales para con la misma Justicia amorosa del Padre y del Hijo, el penitente, inspirado por el Espíritu, desea transformar su vida entera²⁰ en una satisfacción reparadora de las faltas de los demás, en especial de los miembros de la misma Iglesia doliente en el Purgatorio. Se preocupa, por lo tanto, bajo la influencia de la gracia sacramental de la Penitencia, de acrecentar el tesoro de las satisfacciones de toda la Iglesia, comunión de caridad.

Por esta razón, quiere convertirse en un «compañero de expiación» de Cristo, de acuerdo con la magnífica expresión de Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*:²¹ «Cristo quiere tenernos como compañeros suyos de su expiación (*socii expiationis*)».

Vemos, por consiguiente, que «la expiación²² perfec-

16. No olvidemos relacionar el texto de Mt 12,34 con Mt 19,17: «Uno solo es el Bueno».

17. Pío XI: *Miserentissimus Redemptor*, loc. cit. p. 169: «A fin de que por la penitencia se reconstituya el orden violado».

18. *Ibidem*.

19. Cf. Gal 6,2, aclarado por Mt 11,30.

20. Por el ofrecimiento del valor satisfactorio de todas sus buenas obras.

21. Pío XI: *Miserentissimus Redemptor*, loc. cit., p. 174. Ese asociarse los cristianos a Cristo que expía, anima a Pío XI, poco después, a esperar de Dios el perdón de los pecados actuales del género humano: «Nuestra más firme esperanza es de que la justicia de Dios que, en su misericordia, habría perdonado a Sodoma en atención a diez justos, perdone con mayor razón aún al género humano, porque la comunidad cristiana toda, de todo lugar y de toda raza, habrá ofrecido sus insistentes súplicas y sus reparaciones eficaces, unida a Cristo, su Mediador y Cabeza» (*ibid.*, p. 178). Palabras son éstas, que hoy día, ante la amenaza del holocausto atómico, adquieren particular valor. Sólo del ejercicio reparador del sacerdocio de los bautizados puede esperarse del Corazón de Jesús la paz no obstante las amenazas atómicas.

22. Notemos de paso la identificación constante que se hace,

15. Retengamos la admirable exégesis que hace Francisco Suárez de Mt 11,28-30 (cf. 9,2 ss) en *Defensio Fidei*, II, 9,15 (*Opera Omnia*, Vives, T. 24, p. 164): «El sentido de las palabras de Cristo es de que Él mismo es el único Redentor que puede quitar la carga y trabajos de los pecadores, así como las penas contraídas por los pecados, y también, que es Él, el autor de la gracia y de la ley evangélica, quien nos liberó de la carga de la Ley antigua. Así pues, Cristo llama a todos a que acudan a Él, como al médico y autor de la salvación».

ciona la unión con Cristo, al asociarnos a los sufrimientos de Cristo; la completa, ofreciendo víctimas por el prójimo (expiatio unionem cum Christo, victimas pro fratribus offerendo, consummat)».

Ahora bien, Pío XI agrega de inmediato: «Eso fue con toda certeza la intención misericordiosa de Jesús cuando nos mostró su Corazón cargado con los símbolos de su Pasión y abrasado por las llamas del amor... El espíritu de expiación y de reparación ha ocupado siempre el papel primero y principal en el culto al Sagrado Corazón de Jesús»,²³ hasta tal punto, que la reparación no es, en sí misma, sino la traducción —una de las traducciones posibles— del concepto evangélico de «metanoia».²⁴

En otros términos, por la conversión que acompaña necesariamente a la reparación, Cristo lleva a cabo su propósito de hacernos sus compañeros de expiación y de asociarnos a su obra redentora. Por ella, y particularmente cuando se sacramentaliza, nos concede el realizar nuestra vocación fundamental de personas humanas: actuar y padecer como co-redentores.

Esta reparación sacramentalizada que promueve el culto al Corazón del Reparador divino viene a convertirse en la palanca de una reparación social y horizontal: la gracia sacramental de la Penitencia nos impele e invita a «reparar nuestras faltas contra la justicia y contra la caridad para con el prójimo; reparación que manifiesta nuestra reconciliación con Dios».²⁵

en la redacción de la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, entre los vocablos *reparación*, *expiación* y *satisfacción*, especialmente en la p. 169 del citado documento.

23. Ibidem, p. 172.

24. En otra parte (ver *Osservatore Romano*, ed. francesa, de 24 de noviembre de 1981, p. 8), hemos hecho resaltar la identificación que se hace en la encíclica *Haurietis Aquas* (loc. cit., pp 33 y 39) entre la reparación y la ley divina de la «metanoia», mencionada bajo el término *expiación*. El ejercicio de la reparación al Corazón de Jesús es una forma privilegiada de cumplir con el mandamiento divino de la metanoia.

25. Paulo VI: «Ancora una volta», AAS, 66, 1974, p. 448. Texto comentado en el mismo artículo mencionado en la nota precedente.

Conclusión: La misión de la Iglesia es la de fomentar el corazón a corazón entre el Reconciliador y los reconciliados

A la luz de nuestras reflexiones, el Corazón de Jesús se nos presenta como el principio y el término de la Reconciliación que nos ofrece.

Se halla en su principio, por cuanto fue su Amor increado el que le inspiró la decisión de asumir un amor humano, un corazón de carne a fin de poder expiar nuestras faltas en el sufrimiento y en la muerte.

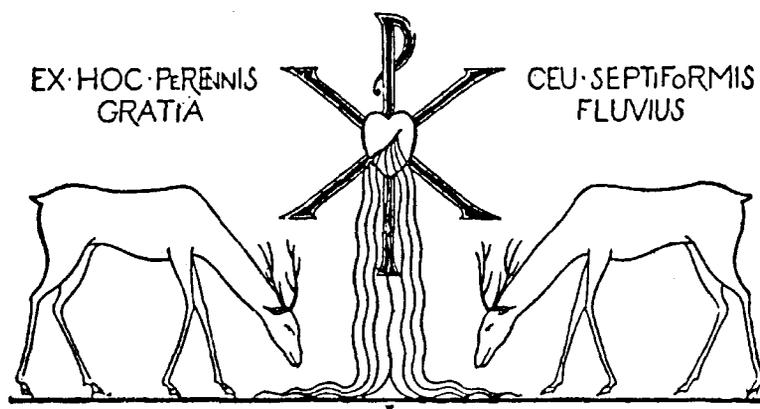
Se halla también en su término, ya que, también con Él, en el sacramento de la Penitencia, nos reconciliamos, practicando para con Él la reparación y la compasión consoladora, que llega siempre hasta Él a través de la gente que sufre, en la cual esconde y manifiesta su presencia.

Todo viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo por el Corazón de Cristo... Dios Padre, en efecto, es quien, en el Corazón de Cristo, se reconciliaba con el mundo, no tomando en cuenta nuestros pecados. Es por esto que la Iglesia nos suplica, por las entrañas de Cristo: Dejémosnos reconciliar con Dios por su Corazón; reconciliémonos con su Padre en una reparación sacramentalizada de justicia y de amor.²⁶

Para participar mejor en la misión de la Iglesia en favor de la Reconciliación y de la Penitencia, renovemos nuestra contrición, nuestra conversión y nuestra consagración total al Corazón del Reparador divino, único e infinito.

Por la reparación, participamos en su muerte por amor; en tanto que la absolución reconciliadora hace brillar en nosotros el poder de su Resurrección (cf. Flp. 3,10).

26. Cf. Flp. 1,8 y 2 Co 5,20. La alternación entre «dejémosnos reconciliar» y «reconciliémonos» hace alusión —a través de las dos traducciones, la una activa, del padre Allo (*Segunda Epístola a los Corintios*, París, 1937, p. 171) y la otra pasiva de la Biblia de Jerusalén— al complejo sentido del original griego y de su imperativo aoristo pasivo, que invita a la aceptación de una acción recibida de lo alto.



Sobre los Doctores de la Iglesia

FRANCISCO CANALS VIDAL

ADVIRTIÓ Paulo VI, al declarar Doctora de la Iglesia a Santa Catalina de Siena, que con este acto no se vulnera el precepto de San Pablo: «Las mujeres, en la Iglesia, callen». Lo que el Apóstol declara es que la mujer no está destinada a tener en la Iglesia funciones jerárquicas de magisterio y de ministerio. Los Doctores de la Iglesia que Dios pone en su Iglesia no tienen el mismo oficio y misión en que ha puesto a los Apóstoles y sus sucesores.

Ya Santo Tomás decía que hemos de estar más a la autoridad de la Iglesia que a la de San Agustín o San Jerónimo o cualesquiera otro Doctor, y Pío XII notaba que la Iglesia no se sirve ni siquiera de los más insignes Doctores, como San Agustín o Santo Tomás, como de fuente originaria de la verdad.

El título de Doctor de la Iglesia no sitúa sus escritos en el mismo plano que la Palabra de Dios, escrita o transmitida, o que la enseñanza auténtica y pública del Papa y de los obispos, ya sean como magisterio disperso o reunidos en Concilio, ya en definiciones solemnes pontificias o conciliares, ya en actos de magisterio ordinario.

Este sentido no jerárquico del magisterio de los Doctores era ya claro por el hecho de que San Efrén de Siria no era sino diácono, e incluso porque entre los Doctores declarados con anterioridad a las tres santas mujeres últimamente proclamadas tales, figuraban ya ocho presbíteros, es decir, no dotados del carácter episcopal al que va ligada la potestad oficial y pública del magisterio eclesiástico.

También Paulo VI, hablando de Santa Catalina de Siena, notó que no se encuentran «en la no culta virgen de Fontebrandia las altas especulaciones propias de la Teología sistemática, y que si en sus escritos se refleja la teología del Doctor Angélico parece despojada de todo revestimiento científico». El Papa pondera enseguida que «en ella brilla el carisma de exhortación, la palabra de sabiduría y de ciencia, que San Pablo describía como obrando en algunos fieles de la comunidad cristiana».

Juan Pablo II, en el documento en que declara Santa Teresa del Niño Jesús Doctora de la Iglesia, advierte que «no tenía preparación para el estudio y la interpretación de los libros sagrados» pero, al descubrir los aspectos de su «doctrina eminente, que constituye el elemento fundamental en que se basa la atribución del título de Doctor de la Iglesia», habla así:

«Ante todo se constata la existencia de un particular carisma de sabiduría. Esta joven carmelita, sin especial preparación teológica pero iluminada por la luz del Evangelio, se siente instruida por el Maestro divino que, como ella dice, es el Doctor de los Doctores».

Y se refiere a Pío XI, que había afirmado en el acto de su canonización «el espíritu de verdad le abrió y manifestó las verdades que suele ocultar a los sabios e inteligentes y revelar a los pequeños. Ella destacó tanto en la ciencia de las cosas sobrenaturales que señaló a los demás el camino cierto de la salvación».

A la luz de estas palabras pontificias dichas en la declaración de tres santas mujeres, la atención al carácter multiforme y humanamente heterogéneo de las cualidades y de las tareas de los treinta y tres Doctores de la Iglesia, pone de manifiesto la naturaleza carismática de aquella eminencia de doctrina que la Iglesia jerárquica reconoce a aquellos santos a los que Dios ha hecho el don de que sean para los demás, iluminadores y alentadores en la vida según Cristo.

También se ha presentado en forma difusa e inconcreta una cierta representación de lo que sea un Doctor de la Iglesia que referiría la «eminencia de doctrina» proclamada en ellos por la Iglesia a dimensiones de solvencia en su información, calidad en sus argumentos y en su lenguaje, en definitiva, a una prestancia, podríamos decir, cultural o científica. Pero las palabras pontificias, especialmente en los casos de santa Catalina de Siena y santa Teresa de Jesús, descartan totalmente este criterio.

* * *

En orden a reflexionar sobre el sentido de la declaración de un santo como Doctor de la Iglesia, parece conveniente dirigir la atención al elenco de los treinta y tres santos y santas a los que la Iglesia, hasta hoy, ha declarado como tales. Se enumeran en el orden cronológico de los actos pontificios de su declaración.

Por primera vez, a fines del siglo XIII, el papa Bonifacio VIII (1294-1303), en el año 1295, estableció que debían tributarse en la liturgia el honor de Doctores de la Iglesia a los que desde entonces conocemos como los «Cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina».

Estos eran: **San Ambrosio** (340-397), arzobispo de Milán, insigne predicador del misterio cristiano, que ayudó a la conversión de San Agustín.

San Agustín (359-430), africano –natural de Tagaste, que sería obispo de Hipona–, después de su conversión combatió los errores mismos en que había caído y fue el adversario y polemista contra el maniqueísmo y el



San Agustín

pelagianismo. Su nombre quedó, para todos los siglos, como el «Doctor de la gracia». Sin su concepción de la historia y sin su metafísica del espíritu creado como imagen de la Trinidad, no hubiera venido a ser el mundo cristiano occidental.

San Jerónimo (344-420), dálmata, presbítero que, residiendo en Jerusalén, trabajó en la traducción y estudio de la Biblia y fue redactor de la Vulgata, el texto de la Sagrada Escritura en lengua latina oficialmente reconocido en Trento. En la liturgia se le invoca como «Doctor máximo en la exposición de las Sagradas Escrituras». Combatió a los ebionitas, nuestros judaizantes, herederos del error judío. Rechazó como «delirios de los apócrifos» las ideas que hacían de San José un anciano viudo padre de varios hijos en su primer matrimonio.

San Gregorio Magno (540-604), el gran Papa de fines del siglo VI, uno de los patriarcas espirituales del mundo cristiano occidental, en cuya época se convirtieron a la fe católica los pueblos arrianos lombardos y visigodos y también los anglosajones, a los que envió a San Agustín de Canterbury para su evangelización.

* * *

En el siglo XVI, San Pío V (1566-1572), dominico, añadía a aquellos cuatro grandes Doctores de la Iglesia latina, en 1567, a **Santo Tomás de Aquino**, el «Doctor angélico», el que, en los siglos posteriores sería llamado el «*Doctor común*» y al que el Papa Juan Pablo II califica como «Doctor de la humanidad». Al año siguiente, en

1568, decretó los mismos honores litúrgicos que a los Padres latinos para los «cuatro grandes Doctores de la Iglesia griega».

Son éstos **San Atanasio** (295-373), egipcio. Siendo todavía diácono, estuvo presente en el Concilio de Nicea del año 325, al lado de su Patriarca Pedro y su nombre quedó asociado para siempre a la defensa de la divinidad de Jesucristo frente al arrianismo. Perseguido y odiado por los enemigos de la fe y por muchos que transigían con la herejía, se le conoce en el Oriente cristiano como «el padre de la fe ortodoxa de Cristo». Defensor también de la divinidad del Espíritu Santo, se le reconoce en toda la Iglesia como el «Doctor de la recta doctrina sobre la Trinidad divina».

San Basilio Magno (329-379), capadocio, arzobispo de Cesarea y el más grande de los llamados Padres capadocios. Gran especulativo y sapientísimo elaborador de la doctrina, a su autoridad se debe que el lenguaje y la terminología trinitaria de la Iglesia griega fuesen definitivamente admitidos.

San Juan Crisóstomo (344-407), antioqueno, fue patriarca de Constantinopla. Sirio helenizado, su epíteto, que significa «boca de oro», nos recuerda que él señala una de las cimas de la elocuencia sagrada en la historia de la predicación cristiana. No fue tanto un especulativo como un gran moralista, profundo conocedor del corazón humano.

San Gregorio Nacienceno (329-390), otro de los grandes Padres de la Capadocia. Heredero de San Basilio y hombre abierto al esfuerzo de mutua comprensión entre los ortodoxos griegos y latinos que hablaban con distintas terminologías, su tarea fue decisiva en la teología trinitaria y en el triunfo definitivo de la ortodoxia nicena en Constantinopla.

El Papa Sixto V (1585-1590), franciscano, declaró Doctor de la Iglesia en 1588 a **San Buenaventura di Bagnoreggio** (1227-1274), gran figura de la escuela franciscana que es conocido como el «Doctor seráfico». Una de las máximas figuras de la escolástica, es también un gran escritor místico, y expresión característica del espíritu de San Francisco de Asís.

* * *

Ya en el siglo XVIII, Clemente XI (1700-1721) declaraba Doctor de la Iglesia, en 1720, a **San Anselmo**, benedictino originario de Aosta (Italia) que fue arzobispo de Canterbury. Al servicio de la fe «que busca la inteligencia», fue el introductor consciente e intencionado del método que generaría la teología escolástica, que pone el pensamiento filosófico al servicio de la inteligencia de la fe.



San Isidoro

Inocencio XIII (1721-1724), en el año 1722, proclamó Doctor de la Iglesia a **San Isidoro de Sevilla** (?-636), patriarca de la vida monacal y litúrgica en las tierras de España hasta la introducción, en el siglo XI, del rito romano y la regla benedictina. Hombre de horizonte universal, sus *Etimologías* hicieron presente durante la Edad Media «su ardiente aliento» de sintetizador de todos los saberes humanos, por lo que hoy es propugnado por muchos como patrono de la informática.

Benedicto XIII (1724-1730) declaró Doctor de la Iglesia, en 1729, a **San Pedro Crisólogo** (406-450). Arzobispo de Ravenna, lo conocemos por muchos sermones que tienen un carácter más catequístico que teológico.

Benedicto XIV (1740-1758) declaró Doctor de la Iglesia, en 1754, al Papa **San León Magno** (?-461), defensor de la doctrina ortodoxa sobre las dos naturalezas, divina y humana, en Jesucristo. En el Concilio de Calcedonia (451) se aclamó unánimemente su carta al Patriarca Flaviano de Constantinopla: «Pedro ha hablado por León». Su predicación tiene un sentido pastoral y catequético. Sus palabras: «Conoce, cristiano, tu dignidad, acuérdate de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro» han atravesado los siglos en la liturgia de Navidad.

* * *

Ya en el siglo XIX, León XII (1823-1829) proclamó Doctor de la Iglesia, en 1828, a **San Pedro Damiano** (1007-1072). Consejero de los grandes Papas reformadores, por su consejo estableció el papa Nicolás II (1058-1061) la elección de los Pontífices romanos por los Cardenales (obispos, presbíteros y diáconos) de la Iglesia Romana. Él mismo fue obispo de Óstia y cardenal. Algunos historiadores de la filosofía le catalogan entre los «anti-dialécticos» porque su preocupación se dirigió a combatir a los que abusaban de ratiocinios filosóficos en perjuicio de la recta fe. Sobre la virginidad de José, vindicada por San Jerónimo, afirma: «esta es la fe de la Iglesia».

Pío VIII (1829-1830) proclamó Doctor de la Iglesia, en 1830, a **San Bernardo de Claraval** (1090-1153). Reformó la orden benedictina con la fundación del Cister. Contemplativo y místico, fue adversario del racionalismo de Abelardo. Discípulo de San Agustín, no hereda sus grandiosas especulaciones. Uno de los mayores predicadores de todos los tiempos, su voz llenó su siglo, exhortando y amonestando a todos. Predicó la Segunda Cruzada y escribió las reglas para la Orden de los Templarios. Fue ferviente apóstol de María e iniciador de la contemplación de Cristo en su humanidad y en su infancia.

Pío IX (1846-1878) en su largo pontificado proclamó tres Doctores de la Iglesia:

En 1851, declaró a **San Hilario de Poitiers** (?-361), llamado «el Atanasio de Occidente». Polemista contra el arrianismo, muy conocedor del lenguaje de los griegos y que contribuyó mucho a la aceptación, en Occidente, de la terminología de los Padres de la Capadocia.

A **San Alfonso María de Ligorio** (1696-1787), lo declaró Doctor en 1871. Su *Teología moral*, reeditada varias veces, señaló la decadencia de un desorientado rigorismo. Ferviente apóstol de la devoción a María, su espiritualidad marca también el destierro de las tendencias jansenistas en la piedad católica.

En 1877, declaró a **San Francisco de Sales** (1567-1622), el fundador de la Orden de la Visitación, cuya obra marca también el progreso hacia el fomento de la vida espiritual y la conciencia y la vocación a la santidad entre los cristianos que viven en el siglo. Es el más ilustre y el más piadoso de los «humanistas devotos».

El Papa León XIII (1878-1902) declaró Doctor en 1882 a **San Cirilo de Alejandría** (?-444), el defensor, en el Concilio de Éfeso (431) del título de «Madre de Dios» como debiendo ser dicho de María como expresión de la fe ortodoxa frente al nestorianismo. Fue el gran «Doctor de la Encarnación del Verbo».

También en el mismo 1882, declaró a **San Cirilo de**

Jerusalén (315-386). Su obra tiene, principalmente, un carácter catequético, e intervino poco, en sentido polémico, en las luchas antiarrianas. Tomó parte en el II Concilio Ecuménico de Constantinopla del año 381, que definió la divinidad del Espíritu Santo.

En 1899, a **San Juan Damasceno** (676-754) quien combatió la herejía de los iconoclastas y defendió el culto a las sagradas imágenes. Escribió un tratado sobre la fe ortodoxa que viene a ser una de las primeras obras sistemáticas de doctrina católica.

El mismo año, León XIII declaró a **San Beda el Venerable** (675-795), educador y patriarca espiritual de los anglosajones, que ejerció, como San Isidoro de Sevilla, una función de mantenimiento y reinstauración de la cultura clásica en el mundo cristiano de Occidente.

* * *

Ya en el siglo xx, el Papa Benedicto XV (1914-1922), en 1920, declaró Doctor de la Iglesia a **San Efrén de Siria** (301-375), natural de Nísibis. Fue diácono y lo que de él conservamos es poesía religiosa de sentido contemplativo y popular acerca de Cristo en su humanidad y en su infan-

cia. Se le llamó «la cítara del Espíritu Santo» porque cantó con ternura acerca de Jesús y de su Madre, la Virgen María. Está convencido con certeza dogmática de la perpetua virginidad de María. Anterior a las polémicas cristológicas del siglo siguiente, su lenguaje mantuvo gran prestigio y fue citado con frecuencia como testigo de la fe de la Iglesia. En contraste con San Juan Crisóstomo, San Efrén es un sirio no helenizado, y su acción se ejerce en la Siria oriental, en las tierras cercanas al Eúfrates.

Pío XI (1922-1939), en 1925, declaró Doctor a **San Pedro Canisio** (1521-1597), de la Compañía de Jesús, apóstol de la fe católica frente al protestantismo, y cuya ferviente espiritualidad es un precedente de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En 1926, declaró Doctor **San Juan de la Cruz** (1542-1591), carmelita colaborador de Santa Teresa en la reforma carmelitana. Uno de los máximos teólogos místicos, su doctrina se expresa en glosas en prosa a sus poesías, universalmente reconocidas como una cima de inspiración lírica. A veces su genio literario ha hecho olvidar la profundidad de su espiritualidad centrada en el amor: «al atardecer de tu vida te examinarán en el amor». «El más pequeño movimiento de puro amor es más útil a la Iglesia que todas las obras juntas».

En 1931 fue declarado Doctor **San Roberto Belarmino** (1542-1621), de la Compañía de Jesús, que fue también arzobispo y cardenal. Uno de los máximos controversistas antiprotestantes, fue también quien profesó la doctrina del magisterio infalible del Romano Pontífice y de la plenitud de su autoridad. Los adversarios galicanos de esta doctrina le combatían como si fuese él el defensor único y por antonomasia del «ultramontanismo».

En 1932 se declaró Doctor a **San Alberto Magno** (1193-1280), dominico. De gran cultura científica y decidido introductor de Aristóteles al servicio de la Doctrina Sagrada, fue precursor y maestro de Santo Tomás de Aquino.

Pío XII (1939-1958), en 1946, declaró Doctor al franciscano **San Antonio de Padua** (1195-1231), natural de Lisboa, aunque su predicación se desarrollase sobre todo en aquella ciudad italiana. Pertenece a la primera generación de «hijos» de San Francisco consagrados al estudio escolástico de la Teología. Su vastísima influencia y popularidad se relacionan con su don taumatúrgico y con su piedad orientada a la infancia de Jesús. La iconografía le presenta siempre con el Divino Niño en sus brazos.

El papa Juan XXIII (1958-1963), declaró Doctor de la Iglesia a **San Lorenzo de Brindisi** (1559-1619) en 1958. Capuchino, en sus obras sobre Escritura y en sus tratados teológicos defendió, como verdad de fe, la Concepción



San Bernardo



Santa Teresa de Jesús

Inmaculada de María y su Asunción a los Cielos. Por su predicación y con su acción personal en misiones que le fueron encargadas, alentó las luchas en defensa de la fe católica frente al Imperio islámico y exhortó al rey de España a que apoyase a los príncipes católicos alemanes frente a la coalición de los príncipes protestantes. En Roma trabajó con fruto en la conversión a la fe católica de los judíos habitantes en la ciudad.

Pablo VI (1963-1978), en 1970, declaró por primera vez a una mujer Doctor de la Iglesia. Fue ésta **Santa Teresa de Jesús** (1515-1582), nacida en Alba de Tormes pero conocida como Teresa de Ávila porque de esta ciudad partió su acción para la reforma carmelitana (carmelitas descalzas). Al servicio de su fervor contemplativo puso su acción incansable y andariega. Siempre se la conoció entre el pueblo cristiano como la «mística Doctora». Decía de sí misma que era «mujer boba y sin letras» y en realidad consultaba a los teólogos y sostenía que «gran cosa es el saber y las letras para todo». Propugnó conscientemente la necesidad de que nuestra unión con Dios se realice atendiendo a la humanidad de Jesús. Una solidísima ortodoxia llena sus páginas expresivas con un espléndido realismo de su experiencia espiritual. Un solo capítulo de su *Vida* hizo más que cualesquiera otros autores para hacer presente en el pueblo cristiano al Patriarca San José.

En el mismo año, Pablo VI proclamó Doctor de la Igle-

sia a **Santa Catalina de Siena** (1347-1380). Impedida por motivos familiares de entrar en religión, y habiendo permanecido analfabeta hasta los veinte años, su formación y su acción se desarrollaron como «mantellata» en la Tercera Orden de Santo Domingo. Con muy escasos estudios, sus escritos muestran una admirable connaturalidad con la doctrina espiritual de Santo Tomás de Aquino. Fue una influyente personalidad de su siglo, que intervino en la pacificación de discordias civiles y en el regreso del Pontificado de Aviñón a Roma. Refiriéndose a una reunión de cardenales, notaba Dante que la virgen Catarina «resplandecía por su no estar allí».

Juan Pablo II, en 1997, declaró Doctor de la Iglesia a **Santa Teresa del Niño Jesús** (1873-1897), la joven carmelita francesa a la que Pío XI señalaba como «la estrella de su Pontificado» y de la que Pío XII afirmó: «es el Evangelio mismo, el corazón del Evangelio, lo que ella ha reencontrado». Este mensaje evangélico, vuelto a recordar a toda la Iglesia por la que quería ser llamada Teresita es el de que «si no os hicieris como niños no entraréis en el Reino de los Cielos». Llamada a entregarse al amor misericordioso del Corazón de Jesús, Santa Teresita recuerda que «es la confianza, y nada más que la confianza, la que ha de conducirnos al amor». Sus manuscritos autobiográficos, muchas veces traducidos a muchísimas lenguas, han tenido una influencia incomparable en la vida de una «legión de almas pequeñas» a las que exhorta a ofrecerse como instrumentos y víctimas del amor misericordioso de Dios. Es celestial patrona de las Misiones, al lado de San Francisco Javier, mostrando así maravillosamente el alcance ilimitado y eficazísimo del amor por encima de toda actividad.

* * *

Parece que la atención «sinóptica» a los 33 Doctores hasta ahora declarados en la Iglesia deja claro el sentido del acto de declaración y también la naturaleza de la eminencia de la doctrina a que se refiere tal declaración de doctorado.

El doctorado, que no es un premio a una excelente calidad teológica, oratoria o literaria, tampoco es un título de autoridad jerárquica. Es el reconocimiento, por la suprema autoridad de la Iglesia jerárquica, de una fecundidad e influencia espirituales sobre la vida de la Iglesia con cierta perennidad y universalidad, aunque sea adecuada y proporcionada a situaciones de tiempo y de lugar.

Tenemos noticias positivas acerca de la no lejana declaración de san Luis María Grignon de Montfort como Doctor de la Iglesia. Será un ejemplo claro de la naturaleza del doctorado.

También resultará adecuadísima la declaración del doctorado de san Ignacio de Loyola, cuya espiritualidad, en especial por sus Ejercicios, ha ejercido una influencia universalísima y profunda en la Iglesia.



PONTIFICIUM CONSILIUM
DE CULTURA

Prot. 564/2001

Vaticano, 6 de julio de 2001

Muy estimado Dr. Canals:

Recibo complacido el número de la revista *Cristiandad* dedicado a promover el doctorado de san Ignacio de Loyola. No me ha llamado tanto la atención esta súplica, que le aseguro halla en mí un eco favorable, y que ya había escuchado alguna vez. Lo que ha suscitado mi interés es su acertada afirmación de que los Ejercicios Espirituales de san Ignacio contribuyeron decisivamente a inculturar la fe católica en el mundo surgido del Renacimiento, un mundo caracterizado por el optimismo humanista católico, cuyo proyecto se vio truncado por la reforma protestante. Del libro de los Ejercicios se ha dicho, y con razón, que ha convertido más almas que letras tiene, y sólo este título bastaría para otorgar a su inspirado autor, el padre Maestro Ignacio, tan insigne galardón, que no es sino el reconocimiento de la obra que Dios suscitó por medio suyo en la Iglesia.

Me siento particularmente unido a este santo que dio forma a un nuevo estilo de vida en la Iglesia precisamente siendo estudiante universitario en París, donde la Providencia me colocó primero como estudiante de la Sorbona, y después como Rector del Instituto Católico de París. San Ignacio no descuidó nunca el apostolado universitario ni eso que podemos llamar la evangelización de la inteligencia, a la que usted mismo ha dedicado muchos de sus mejores años de docencia y apostolado.

Con mi sincero agradecimiento por este envío, aprovecho gustoso la ocasión para enviarle un saludo muy cordial, que le ruego extienda a todos los miembros y amigos de *Schola Cordis Jesu*, mientras invoco sobre todos ustedes la celestial protección de san Ignacio de Loyola y del Doctor Angélico.

Suyo afmo. en Cristo

Paul Cardenal Poupard
Presidente

Al Dr. D. Francisco CANALS VIDAL
Durán i Bas 9, 2
E-08002 BARCELONA
ESPAÑA

Secretario

San Luis María Grignon de Montfort, pronto Doctor de la Iglesia

Tal como comenta nuestro redactor Francisco Canals en el artículo anterior, la declaración de San Luis María como Doctor de la Iglesia parece cercana. Para ilustrar esta esperanzadora noticia, reproducimos el siguiente artículo de Yves Daoudal (*Reconquête*, diciembre de 2000).

Los superiores de seminarios e institutos no querían ni verle, los obispos le perseguían, se escribían los unos a los otros recomendándose desconfiar de ese energúmeno como de la peste, de ese pordiosero hirsuto que hacía gritar con cánticos compuestos por él mismo a hordas de miserables. Las gentes «bien» le veían pasar con espanto o con desprecio. Como dijo Henri Pourrat: «Nunca tuvo el afecto de la gente respetable. Se formó una pequeña tropa de los otros, enfermos, desgraciados, inocentes, de desechos de hospicios que podían verse a la cola de sus procesiones». Nunca lo habrían imaginado, esas gentes, esos superiores, esos obispos y personas respetables, que ese Luis Grignon (Luis María desde su confirmación y de Montfort por su bautizo como el santo rey Luis de Poissy) sería un día canonizado. Y aún puede pasar la canonización –también son necesarios santos para los pobres–; ¡pero, que ese loco iluminado sea proclamado Doctor de la Iglesia!

Y eso es lo que se acaba de anunciar, no ya como una eventualidad, sino como una certeza, desde que la Congregación para la Doctrina de la Fe ha dado su opinión favorable, el pasado octubre, después de que la causa del santo haya sido relanzada «desde arriba», según una confianza hecha a la agencia Zenit por el Papa en persona.

Hace tres siglos, cuando su obispo acababa de prohibir a Luis María Grignon predicar, hubo un papa, Clemente XI, que le otorgó el título de misionero apostólico. Hoy el Papa es el que ha inscrito en su escudo una fórmula directamente sacada de san Luis María: *Totus Tuus*. El Papa que en 1996 fue a rezar a su tumba en Saint-Laurent-sur-Sèvres y que dice todos los días la oración de consagración propuesta por el autor del *Secreto de María*.

El testimonio de Juan Pablo II

El anuncio de la próxima proclamación del predicador bretón como doctor de la Iglesia ha coincidido con el VIII Coloquio internacional de mariología que se desarrolló en Roma y que estuvo precisamente consagrado a promover la causa de san Luis María. Juan Pablo II clausuró el co-

loquio y explicó cuál había sido la importancia del santo en su vida espiritual: «Cuando, seminarista clandestino, trabajaba en la fábrica Solvay de Cracovia, mi director espiritual me aconsejó meditar el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. Leí y releí varias veces con gran provecho espiritual ese precioso librito ascético con la portada azul manchada de sosa cáustica». Cuando el culto mariano, tan importante en Polonia, le planteaba algunas dificultades, san Luis María le dio la clave: «Poniendo a la Madre de Cristo en relación con el misterio trinitario, Montfort me ayudó a comprender que la Virgen pertenece al plan de salvación por la voluntad del Padre, en tanto que Madre del Verbo encarnado, concebido por ella por la acción del Espíritu Santo. Ninguna intervención de María en la obra de regeneración de los fieles entra en competencia con Cristo, sino que deriva de Él y está a su servicio. El papel de María en el plan de salvación es siempre cristocéntrico, así pues, hace referencia directa a una mediación que adviene en Cristo. Comprendí entonces que no podía excluir a la Madre del Señor de mi vida sin desatender la voluntad de Dios-Trinidad que ha querido «empezar y cumplir» los grandes misterios de la historia de la salvación con la colaboración responsable y fiel de la humilde sierva de Nazaret».

El Papa concluyó yendo al corazón mismo, a lo más profundo de la doctrina montfortiana: «María aparece pues como un espacio de amor y de acción de la Personas de la Trinidad, y Montfort la presenta en una perspectiva relacional: «María es totalmente relativa a Dios y yo la llamaría la relación a Dios que no existe más que en relación a Dios». Por esto la Santísima Virgen conduce a la Trinidad. Repitiéndole todos los días «totus tuus» y viviendo en sintonía con ella, se puede llegar a la experiencia del Padre en la confianza y en el amor sin límites, a la docilidad al Espíritu Santo y a la transformación de sí a imagen de Cristo».

La obra de san Luis María es muy conocida en Polonia gracias a san Maximiliano Kolbe (el mártir de Auschwitz, canonizado por Juan Pablo II), que difundió su doctrina de manera masiva y que le dio prolongaciones (también trinitarias) en sus últimos escritos.



San Luis María y santa Teresita

La causa de san Luis María fue especialmente relanzada en 1997, cuando Juan Pablo II anunció en París que iba a proclamar a santa Teresita de Lisieux Doctora de la Iglesia. El padre François-Marie Léthel, carmelita, profesor de teología en el Teresianum y miembro de la Academia Pontificia de Teología, escribió entonces una súplica al Papa para solicitarle la proclamación como Doctor de la Iglesia de san Luis María Grignon de Montfort como continuación de la de santa Teresita de Lisieux, señalando el carácter convergente y complementario de sus doctrinas.

El padre Léthel muestra, en efecto, como se trata de dos «santos misioneros» que se dirigen a los «pequeños» y cuya espiritualidad, simple y radical, deriva del ofrecimiento de sí mismos a Dios, del don total a Cristo hasta el punto de hacerse totalmente dependiente de su Amor. En san Luis María será su «Esclavitud de Amor», en santa Teresita, el «Holocausto al Amor»: *totus tuus*.

Hay que señalar que la petición oficial fue presentada el 9 de febrero de 2000 por monseñor Garnier, obispo de Luçon. Fue monseñor Garnier quien presidió la sesión de apertura del Coloquio de octubre y quien, antes de la alo-

cución del Papa, recordó que había tenido la alegría de conducirlo a la tumba de san Luis María. Monseñor Garnier concluyó con estas palabras dirigidas a Juan Pablo II: «Adivinamos que tenemos en vos el promotor más discreto pero el más eficaz de nuestra causa y os lo agradecemos de todo corazón».

Peor para los sabios

NUMEROSOS son los que juzgaban imposible darle el título de Doctora de la Iglesia a santa Teresita, pues para ellos sus escritos no eran más que palabras afectadas, beaterías sentimentales, devoción edulcorada. Esos sabios no habían entendido nada de la inteligencia de la fe, de la mística radical y vertiginosa de santa Teresita. Los mismos sabios ni se imaginaban que se pudiera hacer Doctor de la Iglesia a ese extremista de la «mariolatría» que es san Luis María, sobre todo... después del Vaticano II y en la época del ecumenismo...

Además, no es muy políticamente correcto llamar la atención sobre un hombre cuya influencia sobre la población vendeana fue patente en el momento de la Revolución. Monseñor Freppel lo recuerda en el momento de su beatificación, en 1888: «¿Quién había templado el alma de ese pueblo en las fuentes de la fe? ¿Quién había formado desde hacía tiempo y preparado para las luchas heroicas a esta Vendée militar, convertida en admiración del mundo entero en los peores días de nuestra historia? ¿Quién había impulsado ese movimiento de resistencia cristiana cuyos efectos se iban a hacer sentir a ochenta años vista? ¡Ah! No dudemos en decirlo y en repetirlo públicamente: nadie contribuyó más que Grignon de Montfort. Esas cosas maravillosas han sido, en gran parte, obra suya y de sus hijos». Pues san Luis María había fundado dos congregaciones y un instituto para continuar y extender su obra.

Pero los sabios pasan, y la historia los recubre de olvido, igual que a los turiferarios de lo políticamente correcto, mientras que la Iglesia permanece y continúa, sin escucharles, «sacando de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mat. 13, 52).

Qué no han dicho también sobre la indigencia de los cánticos de Montfort, sin duda adaptados al espíritu estrecho de esos rústicos vendeanos de antes, pero que no habría que tomar en consideración hoy en día. Pues bien, ya que estamos en tiempos de Navidad, he aquí la primera estrofa del primer Cántico de Navidad de san Luis María:

El Altísimo, el Inabarcable, el Eterno y el Todopoderoso acaba de nacer. ¿Es posible? El Eterno tiene un día, el Verbo está en silencio, el Todopoderoso se ha hecho niño. Reconozcamos, adoremos, loemos, amemos y reconozcamos a nuestro Dios reducido a la infancia

Buscaremos en vano al sabio que dirá tanto sobre el misterio de la Navidad en tan pocas palabras y que hará que lo canten multitudes de fieles.

Carles Cardó escribe sobre el principio de las nacionalidades en 1936

F.C.V.

En el documentado estudio de Jordi Giró i París *El pensament polític de Carles Cardó i de Jacques Maritain* (Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1995) hallamos en el anexo que recoge los artículos de Carles Cardó hasta ahora no publicados en volúmenes, un trabajo sobre «el principi de les nacionalitats» que apareció en *La paraula cristiana* en enero de 1936 (volumen XXIII, pp. 485-487)).

Escribió entonces el presbítero catalán:

«Tal vez empieza a ser hora de desvanecer una confusión que perturba a muchos españoles situados con la mejor voluntad ante el problema catalán, tanto en Cataluña como fuera de ella.

»En Cataluña creen que el hecho de ser una nacionalidad le da derecho absoluto a la autodeterminación, sin excluir de los términos de opción la solución independentista...

»Los problemas más graves que afligen a la Europa de hoy provienen de la aplicación más o menos honrada de este principio en la elaboración del Tratado de Versalles. Mientras no se deshaga el disparate del desmenuzamiento de la cuenca danubiana, por ejemplo, Europa no tendrá su paz garantizada.

»La aplicación a ultranza del principio de las nacionalidades traería consigo horribles disturbios. Haría falta deshacer todos los estados actuales, construir estados nuevos sin tradición, sin hábitos de gobierno propio, sin sentido de convivencia entre sus componentes, y muchas veces sin armonía económica interna. Esto suponiendo además —lo que no es poco suponer— que se pudiese llegar a un acuerdo en la definición de la nacionalidad y en la delimitación territorial de cada una de ellas...

»Hay que plantearse si no sería cruel, si no sería absurdo, el obligar a los estados a no tener otros territorios más que los comprendidos dentro de un área nacional. El principio de las nacionalidades es profundamente revolucionario».

Creo que tal vez se superaría la sorpresa que pudiera causar en algunos lectores el modo de hablar de Carles Cardó atendiendo a lo que sobre el principio de las nacionalidades hallamos formulado en una obra del benedictino Greth, que fue durante muchas décadas profesor de metafísica en el Anselmiano de Roma, el centro docente superior de la Orden benedictina destinado a la for-

mación de profesores de filosofía y teología para las abadías de la Orden.

La obra de Josephus Greth, titulada *Elementa philosophiae aristotelico-tomisticae*, fue editada por primera vez en 1899-1901, y luego reeditada muchas veces por Herder en Friburgo y en Barcelona. La citamos en su edición 2ª (Friburgo de Brisgovia, 1926), y comprobamos que el texto permanecía inmodificado en la edición nona (Barcelona, Herder, 1951):

«El principio llamado “de la nacionalidad”, no se funda en la ley natural, sino que es contra el bien común social. Es contra el bien común social un principio que trae consigo la destrucción del orden político legítimamente vigente y ofrece ocasión a continuas perturbaciones... Si la nacionalidad por sí misma se proclama como fundamento para la constitución de las sociedades políticas, se generan continuas guerras y revoluciones, ya que lo que sea la nacionalidad y la extensión de la misma es juzgado diversamente por los diversos grupos de ciudadanos» (núm. 1038).

«El principio de la nacionalidad suele ser proclamado hoy como el derecho de cada una de las naciones (incluso de las partes de las naciones) a disponer de sí mismas o determinar si quieren subsistir políticamente por sí mismas o pertenecer a un cuerpo político cualquiera que elijan libremente. Se ve por lo dicho que tal derecho no existe para todas aquellas naciones o parte de aquellas naciones que no son *sui iuris*, sino que se encuentran ya ligadas con algún vínculo civil o de justicia legal con otra nación con la que constituyen un cuerpo político» (1040).

Parece poco probable que Carles Cardó, ferviente tomista, desconociese los textos del influyente y célebre benedictino, en una obra tan universalmente difundida. Me parece que puede afirmarse con certeza moral que Carles Cardó, al escribir en 1936 su juicio sobre el principio de las nacionalidades lo hacía en coherencia con el pensamiento tomista en el campo de la moral social e internacional. Notemos que, como advierte Jordi Giró i París, también Maritain rechazaba el principio de las nacionalidades: tanto Maritain como Cardó critican el principio de las nacionalidades porque consideran que es poco útil y que tiene escasas posibilidades de aplicación (ob. cit., p. 210).



Pequeñas lecciones de historia

El espíritu caballeresco de Carlos V

GERARDO MANRESA

UNO de los rasgos más sobresalientes de la personalidad de Carlos V, como en otras personas de su época, por ejemplo Iñigo de Loyola, fue su espíritu caballeresco. En sus relaciones con reyes, príncipes, incluso con el Papa, una palabra dada o un favor realizado debía mantener una correspondencia de confianza y amistad, que no podía romperse sin quebrantar el honor de las personas. Por desgracia, algunas de las personalidades le correspondieron con su traición. Hay tres casos en su vida que tuvieron una importancia capital para España y para el Imperio y que vamos a referir.

Francisco I: En la batalla de Pavía, febrero de 1525, Francisco I fue hecho prisionero, trasladado a Madrid y encarcelado. Para su liberación, Carlos V pedía la devolución del ducado de Borgoña, que Francia había arrebatado a su bisabuelo, Carlos el Temerario. Era el precio mínimo que Carlos creía debía pagar Francisco por su libertad.

Fueron pasando los meses y, como Francisco I no cedía, la liberación no llegaba. Para el rey francés, prototipo del hombre del Renacimiento, la libertad lo era todo y en esta situación llegó a enfermar gravemente. A pesar del buen trato que recibe, Francisco no cede y solicita a Carlos V que lo considere un prisionero perpetuo, ya que nunca conseguirá que le ceda el ducado de Borgoña.

Poco después, Francisco I cambia de táctica y da muestras de aceptar las condiciones imperiales; sólo pide una cosa: hacer la entrega de Borgoña desde Francia y en plena libertad. Para garantizar lo pactado está dispuesto a entregar a sus dos hijos como rehenes y, además, a casarse con la hermana de Carlos, Leonor. El emperador exigió una garantía para su liberación: jurar lo pactado sobre el Evangelio y la palabra de honor de caballero de Francisco de que se restituiría como prisionero, si a los seis meses de la fecha del juramento, la devolución de Borgoña no se había efectuado. Así se hizo y el tratado de Madrid se firmó en enero de 1526.

El tratado de Madrid se transformó en papel mojado y Francisco I continuó siendo uno de los principales problemas que tuvo Carlos durante su reinado.

Mauricio de Sajonia: El ducado de Sajonia era uno de los pilares en que se apoyaba el Imperio germánico. En el año 1535, ascendió al ducado Enrique de Sajonia, protestante, padre de Mauricio, y sin el título de príncipe elector, que tenía su primo Juan Federico.

A pesar de su religión, Mauricio estaba muy unido al Emperador, de tal forma que Carlos le llamaba hijo y Mauricio al Emperador, padre; incluso en la guerra contra Francia, en 1543, que acabó con la paz de Crespy, el Emperador le salvó la vida sacándole de entre las balas.

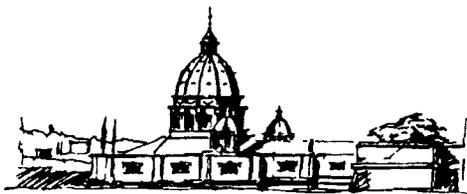
En julio de 1546, para prestar su colaboración al Emperador en la guerra contra la Liga de Esmalcalda, Mauricio le solicitó el Electorado por Sajonia. Carlos V le impuso la condición de que en la cuestión religiosa se comprometiera a aceptar lo dispuesto en el Concilio de Trento; Mauricio aceptó con algunas limitaciones.

La alianza de Mauricio de Sajonia con Carlos V permitió al Emperador las campañas del Rin y del Elba contra dicha Liga, que acabó con la victoria de Mühlberg y la prisión de los cabecillas de la Liga, Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia. Era abril de 1547.

En junio del mismo año, Mauricio es nombrado Príncipe Elector. Una vez conseguido el electorado, la actitud de Mauricio cambia e inicia su rápida separación del Emperador. De forma secreta a los ojos del Emperador, forma la Liga protestante de Königsberg apoyada por Enrique II de Francia. Carlos, que está en Innsbruck para seguir de cerca el Concilio, recibe avisos de la intriga de Mauricio y la Liga, pero no lo cree. Una carta de Mauricio mostrándole su «confianza» es suficiente para disipar sus dudas. Hasta marzo de 1552, no se da cuenta Carlos V de la traición y no puede entender que su compañero de armas en tantas campañas haya podido traicionarlo. Su lealtad está fuera de toda duda. En abril de 1552, Mauricio de Sajonia, ataca a su Emperador y aliado, quien debe huir saltando por una ventana de su residencia y a través de las montañas dirigirse a Flandes.

Guillermo de Orange: El día 25 de octubre de 1555, en el castillo de Caudenberg, cerca de Bruselas, se desarrolla la ceremonia de abdicación de Carlos V de la corona de Flandes en su hijo Felipe II. Ante los Estamentos de los 17 estados, los Caballeros del Toisón de Oro, los embajadores extranjeros y el pueblo aparecen el Emperador y su hijo Felipe. Debido a su estado físico, Carlos V va apoyándose en un joven, cuya familia ha sido una de las más distinguidas por el aprecio y la confianza del Emperador: Guillermo de Orange, duque de Nassau.

¿Ignora acaso Carlos V que toda su familia ha aceptado la reforma de Calvino? ¿No había denunciado él mismo a su hijo Felipe la existencia de un peligroso partido de oposición en los Países Bajos, contrario a su unión con España desde 1553? ¿No había obligado a venir a su hijo a Flandes para controlar la situación? Pero la confianza que Carlos V tiene en aquel joven y en su familia no le permiten aceptarlo y en setiembre de 1556, renovando su confianza, envía a Guillermo de Orange a llevar la corona y el cetro imperial hasta Viena para su hermano Fernando, su sucesor en el Imperio. Un año después, apenas llegado a Yuste Carlos V, iniciaba Guillermo los movimientos para su lucha contra España.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Aprobadas las apariciones de la Virgen en Ruanda

EN la «Declaración acerca del juicio definitivo sobre las apariciones de Kibeho», dada a conocer el 29 de junio por la Sala de Prensa de la Santa Sede, el obispo de Gikongoro Augustin Misago, declaró creíbles las afirmaciones de tres jóvenes ruandesas que aseguran haber visto a la Virgen. «Sí, la Virgen María se apareció en Kibeho el día 28 de noviembre de 1981 y en el curso de los seis meses siguientes. Hay más razones para creerlo que para negarlo». Con estas palabras Monseñor Misago hizo la solemne declaración en una eucaristía concelebrada con todos los obispos de Ruanda y el nuncio apostólico en Kigali, el arzobispo Salvatore Pennacchio.

Sin embargo, el obispo ruandés aclara que no puede afirmar la veracidad de todas las personas que dicen haber recibido apariciones. Considera verdaderas las de la primera época (1982 y 1983) y las que duraron hasta 1989. La Señora se apareció, dice, solamente a Alphonsine Mumureke, Nathalie Mukamazimpaka y Marie Claire Mukangango. Las tres tenían respectivamente 17, 20 y 21 años y, según la declaración, «han correspondido satisfactoriamente a todos los criterios establecidos por la Iglesia en materia de apariciones y revelaciones privadas». «Por el contrario —añade el documento distribuido por la Sala de Prensa—, la evolución de los presuntos videntes sucesivos [otras cuatro personas], sobre todo tras acabar sus apariciones, deja ver situaciones personales inquietantes, que han reforzado las reservas ya existentes respecto a ellos». El documento, además, no toma en consideración las supuestas visiones de Jesús (que habrían tenido lugar a partir de 1982) sobre las que quedan en pie muchas perplejidades.

En la primera aparición, el 28 de noviembre de 1981, a las 12,35, en el comedor de la escuela de Kibeho, Alphonsine Mumureke oyó una voz que la llamaba: «Hija mía». Se dirigió hacia el pasillo y vio a una mujer de gran belleza: «Tenía un vestido blanco sin costuras y en la cabeza un velo también blanco. Tenía las manos juntas a la altura del pecho, con los dedos hacia el cielo». La joven le preguntó: «¿Quién eres?». La respuesta fue: «Ndi Nyina Wa Jambo», es decir «Yo soy la Madre del Verbo». Y siguió: «Vengo a tranquilizarte porque he escuchado tus oraciones. Querría que tus compañeras tuvieran fe porque no creen con fuerza suficiente». Según cuentan las chicas, la Virgen les mostró imágenes terribles; un río de sangre, personas que se mataban entre sí, cadáveres abandonados sin nadie que les diese sepultura... Esta visión terrorífica

se relacionó en los años sucesivos con el genocidio que convulsionó Ruanda a partir de 1994/95, y que justamente en Kibeho tuvo uno de sus escenarios más sangrientos. Esta visión espantosa fue la única de este tipo. En las demás, la Señora, que tenía la piel oscura, animó a las jóvenes a la oración, el ayuno y la penitencia. El santuario de Kibeho se ha convertido en centro fundamental de conversión, de expiación de los pecados y de reconciliación.

El padre René Laurentin, eminente teólogo y autor de numerosos escritos de mariología, en una entrevista concedida a la agencia de noticias FIDES contaba su testimonio en torno a las últimas apariciones de Kibeho que presenció en 1986: «Creo que Kibeho se convertirá en un lugar heroico de reconciliación, que está llamado a ello, después de las masacres que lo han probado cruelmente. Ha habido dos en Kibeho: unas mil personas quemadas dentro de una iglesia, y otra masacre después. El mismo obispo fue acusado con odio, sin ningún fundamento. (...) Monseñor Misago ha sabido asumir el escándalo de las masacres, que han sucedido en el mismo lugar en que se ha aparecido la Virgen. Uno se pregunta cómo es posible que la Virgen no haya podido evitarlas, pero tampoco pudo evitar la muerte de su Hijo, que pidió también a ella que sufriera hasta el final. Mons. Misago y su pueblo han sufrido heroicamente como ellos. En esto residirá su fuerza para poner en acto los frutos de la Pasión de Cristo, de la compasión de la Virgen: no sólo la paz y la prosperidad, sino también la reconciliación de la que Mons. Misago ha dado un ejemplo admirable. Ha comprendido mejor que nadie, en su carne y en la de su pueblo, el misterio de la Pasión de Cristo y del corazón atravesado de María» (Fides, 13/7/2001).

Primera beatificación conjunta de un matrimonio

EL próximo octubre el Papa beatificará a Luigi Beltrame Quattrocchi (1880-1951) y Maria Corsini (1884-1965), una pareja de católicos de la ciudad de Roma. La ceremonia tendrá lugar el domingo 21 de octubre en la plaza San Pedro durante la reunión del Papa con las familias italianas.

Luigi Beltrame Quattrocchi, fiscal general adjunto del Estado, nació en Catania en 1880 y se trasladó a Roma en 1892. A principios del siglo xx, se casó con Maria, dos años menor que él, profesora, escritora e hija única de un coronel de Florencia.

Tres de sus cuatro hijos, que todavía hoy viven, parti-

ciparon en la ceremonia de promulgación de los decretos de virtudes heroicas y del milagro atribuido a su intercesión, que les abren las puertas de la beatificación.

De los cuatro hijos de los esposos Beltrame Quattrocchi, tres de ellos tomaron el camino del sacerdocio o la vida religiosa: don Tarcisio (95 años), el padre Paulino (92 años), y sor Maria Cecilia (ya fallecida). Enrichetta, de 87 años, constituyó un hogar según el modelo de sus padres. En días pasados, al proclamarse el decreto sobre la causa de canonización de la pareja, el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, afirmó que ellos «hicieron de su familia una auténtica iglesia doméstica, abierta a la vida, a la oración, al testimonio del Evangelio, al apostolado social, a la solidaridad hacia los pobres, a la amistad. Intimamente unidos en el amor y en los ideales cristianos, recorrieron juntos el camino de la santidad», concluyó el cardenal.

Cuando Luigi y Maria Beltrame Quattrocchi sean beatificados se convertirán en los primeros esposos en ser elevados a los altares, pero muy probablemente no sean los únicos. En efecto, según fuentes de la Congregación para la Causa de los Santos, existe otra pareja de esposos que podrían pronto ser elevados a los altares: Louis y Zelig

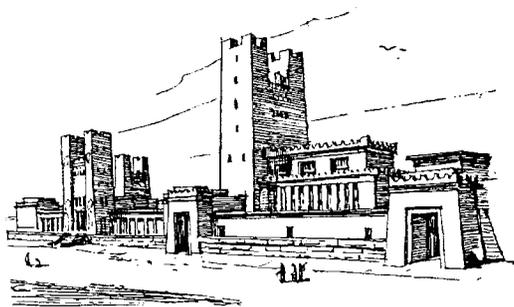
Martin, los padres de Santa Teresa de Lisieux. En sus memorias, Santa Teresita del Niño Jesús relata la vida ejemplar de sus padres, que influyera tanto en su vocación y en la de sus hermanas. En el caso de ambos, la Congregación ya ha reconocido la «heroicidad de virtudes» y se aguarda la aprobación formal de un milagro obtenido por su intercesión para proclamar la beatificación. Mientras tanto, el Vicariato de Roma ha anunciado planes para realizar una gran concentración en torno a la familia coincidiendo con la beatificación de los Beltrame Quattrocchi. La asamblea también conmemorará el 20º aniversario de la *Familiaris Consortio*, el primer documento que el Papa Juan Pablo II dedicó a la vida matrimonial y la familia.

El P. Tarcisio, uno de los cuatro hijos de Luigi y Maria, recuerda que «nuestra vida familiar no tuvo nada de extraordinaria, fue un hecho ordinario, con sus debilidades. Sin embargo, seguimos siempre enseñanzas importantes que las almas de buena voluntad pueden disponerse a imitar y a realizar también hoy». «Fuimos una familia abierta a los amigos y a todos los que querían respirar el clima de nuestro hogar», relata el padre Tarcisio. La habitación de huéspedes siempre estaba lista. «En los años de la guerra, a menudo arriesgando muchísimo, acogimos y prestamos ayuda a todo el que la pidió».

Sin la Iglesia no hay verdadera paz

Cuantas tentativas se han hecho hasta ahora a este respecto han tenido ninguno o muy poco éxito, sobre todo en los asuntos con más ardor debatidos. Es que no hay institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes, acomodado a nuestros tiempos, como fue el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la cual, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo derecho permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran las naciones mismas juzgadas.

Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes; institución que a todas las naciones se extiende y está sobre las naciones todas, provista de la mayor autoridad y venerada por la plenitud del magisterio: la Iglesia de Cristo; y ella es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Un terrorista yanqui. Timothy McVeigh

EL 19 de abril de 1995, Timothy McVeigh asesinó a 168 personas en Oklahoma City, en lo que constituyó en su momento el atentado más sangriento de la historia norteamericana. Con tan brutal acto pretendía atacar al Gobierno federal de Estados Unidos, al que acusaba de tiránico e injusto. Condenado a muerte y ejecutado el pasado mes de junio tras diversos escándalos y aplazamientos, su caso ha captado la atención de la nación más poderosa del planeta, que no deja de hacerse la siguiente pregunta: ¿cómo un norteamericano medio, valeroso veterano de la guerra del Golfo, ha sido capaz de cometer semejante bestialidad?

La respuesta no es fácil, pero algunas reflexiones pueden aportarnos algo de luz. Hijo de padres divorciados, con una trayectoria escolar aceptable, con vagas creencias pseudocientíficas (era un apasionado de la ciencia-ficción) y un paso por el Ejército donde obtuvo distinciones por su actuación en la Guerra del Golfo, donde mató a dos iraquíes en combate, McVeigh era un típico producto de la actual sociedad estadounidense. Como muchos otros norteamericanos, se mostraba crítico con las políticas y actuaciones del Gobierno federal y el asalto a la granja de la secta de los davidianos de Waco le pareció la confirmación de que se estaban pisoteando los derechos de la «Nación de los hombres libres». Hasta aquí opiniones y actitudes compartidas por numerosos norteamericanos. ¿Qué fue pues lo que le movió a dar el paso y colocar la bomba que tantos estragos causó?

Los móviles de una acción de este calibre siempre son múltiples y a menudo complejos. Pero es interesante notar cómo McVeigh se había empapado de la retórica al uso para justificar el uso de la fuerza por parte de su propio país: así, no dudó en calificar durante su juicio de «daños colaterales» las muertes de los niños de la guardería sita en el Murrah Building de Oklahoma. McVeigh estaba convencido de la justicia de su causa y no sintió ningún remordimiento por los «civiles» caídos «en combate», del mismo modo que tampoco dudaron ni mostraron signos de arrepentimiento quienes ordenaron lanzar las bombas de Hiroshima y Nagasaki. El terrorista dejó escrito estas estremecedoras palabras: *«el atentado fue moral y estratégicamente equivalente al bombardeo por parte de los Estados Unidos de un edificio gubernamental en*

Serbia, Irak u otros países. Basado en la observación de las políticas de mi propio gobierno, vi esa acción como una opción aceptable». El argumento se asemeja peligrosamente al sostenido por el columnista Bruce Fein desde las páginas del Washington Post el 20 de febrero de 1991: *«¿Por qué tendría Mr. Bush que ordenar a los militares norteamericanos evitar escrupulosamente objetivos civiles en Irak? Durante la Segunda Guerra Mundial las potencias aliadas bombardearon masivamente Berlín, Dresden y Tokio por razones de moral militar y civil. Winston Churchill ordeno a la RAF convertir en escombros las ciudades alemanas. ¿Por qué tratar a los civiles iraquíes mejor que a nuestros enemigos civiles de la Segunda Guerra Mundial?»*.

El pensador conservador estadounidense Richard M. Weaver tituló una de sus obras con el acertado título *«Las ideas tienen consecuencias»*: aunque a veces, como en el caso del veterano de guerra McVeigh, no sean las esperadas.

Cumbre de Génova: el espectáculo del nihilismo

LA de ríos de tinta que han corrido acerca de los acontecimientos de la cumbre del G-8 en Génova. El triste balance de un muerto en los enfrentamientos entre la policía italiana y los manifestantes no parece haber hecho reflexionar a quienes detentan el título de «formadores de opinión», que se han lanzado a un torrente de imprecisiones y lugares comunes, de sofismas difíciles de soportar. El gran espectáculo mediático en que se ha convertido cada cumbre-enfrentamiento sólo aumenta la confusión que rodea a estos acontecimientos.

Y es que el magma que recibe el nombre de «movimiento antiglobalización» (término sobre el que podríamos discutir largo y tendido) es una amalgama caótica de sensibilidad izquierdista en sus más diversas variantes (marxismo, anarquismo, progresismo, etc.). Sus propuestas son contradictorias, voluntaristas y a menudo peligrosas y demagógicas. Sus líderes añaden a estas características la egolatría y el arribismo, que hacen que ya vislumbremos en ellos, al igual que ocurrió con los «rebeldes» de mayo del 68, a los «represores» de dentro de 20 años. Poco importa. Lo único importante es expresar el descontento y la protesta, sin pararse a considerar no ya los me-

dios, sino ni siquiera los fines. Ni tan sólo asumen su condición de «antiglobalización»: afirman no estar contra la globalización (de hecho son un conjunto sumamente «global» y cosmopolita), sino a favor de una globalización «justa y solidaria». Con semejantes rivales, no parece que los «globalizadores» deban preocuparse excesivamente. Todo lo más, soportar unas cuantas vitrinas rotas (cuya reparación correrá a cargo del erario público) cada cierto tiempo; pero ya se sabe, podríamos parafrasear aquello de que la globalización bien vale una misa.

A la espera del próximo «round» en este combate amañado, podemos ya afirmar quién va a resultar vencedor, ni que sea a los puntos. Y no va a ser precisamente la justicia, sino que todo apunta a que, cuando las aguas se calmen, el materialismo práctico que Occidente impone al orbe entero va a salir más reforzado. Lo cierto es que la repercusión de todas esas protestas es ínfima: algún detalle estético... y nada más. Los intereses y las dinámicas políticas, culturales, económicas, etc., van por otros caminos y ni se inmutan ante algunos gritos lejanos, casi inaudibles.

Por otra parte, aquellos que detentan el poder en los países desarrollados y que en teoría son el blanco de las protestas «antiglobalizadoras» no se muestran excesivamente temerosos ante el llamado «pueblo de Seattle». De hecho, ni les temen ni les toleran, al contrario, vemos diariamente cómo incluso les animan, conscientes de que este tipo de oposición no entraña ningún riesgo e incluso puede resultar funcional para el sistema pretendidamente puesto en entredicho. Y no lo entraña sencillamente porque ambos bandos comparten los mismos presupuestos, ambos consideran al hombre no como un ser trascendente sino como un ser determinado por sus condicionamientos económicos, financieros y tecnológicos. En palabras del his-

toriador italiano Franco Cardini *“la violencia «invisible» del sistema capitalista mundial, que propone la arrogancia de un estilo de vida totalmente dirigido a la ganancia y productor de pobreza, y la violencia que hemos visto desencadenarse en las calles de Génova comparten la misma marca cultural»*. Las propuestas de unos y otros no difieren en lo esencial: la extensión de la utopía progresista y sus aspiraciones humanitaristas como medio de unificación secularizada de la humanidad entera, destinada al gobierno único, a la economía única, al pensamiento único, en fin, a la irreligión única.

No existe pues enfrentamiento real sino disputas de familia en el interior del materialismo economicista que se expresa en formas contradictorias pero no realmente enfrentadas. La otra cara de la moneda del progreso occidental es la que ha salido a la luz con toda su fuerza en Génova, su nombre no es otro que nihilismo. Como afirma Cardini, *«por un lado tenemos un modelo económico en el que la producción y la ganancia han perdido su valor de instrumentos para convertirse en fines, que se autoagotan. De modo similar, encontramos en la otra parte la violencia de unos manifestantes que desean ritualizar un rechazo global de la sociedad de consumo que es, sin embargo, ella misma una forma de consumo, que se explicita en la destrucción de los bienes»*. El nihilismo occidental se ha adueñado de la escena.

Ésta es quizás la gran novedad, la irrupción de masas nihilistas sin otro objetivo que el enfrentamiento y la destrucción. Un nihilismo, inédito en la Historia, producto del Occidente apóstata, que es síntoma de muerte, de esa muerte que rodea por doquier la cultura en la que vivimos inmersos y contra la que el Papa no se cansa de predicar la civilización del amor. Mientras no se le escuche, Occidente continuará recogiendo los frutos envenenados de su apostasía.

La paz de Cristo, en el reino de Cristo

Síguese que la paz digna de tal nombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida públicas y en la privada las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; y una vez así constituida ordenadamente la sociedad, pueda por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo, hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades. En esto consiste lo que con dos palabras llamamos reino de Cristo.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

GREGORIO PEÑA

La Eucaristía y sus manifestaciones populares

Ricardo Bonmatí Fernández.

EDICEP, Valencia, 2000. 134 págs. 1000 PTA.

Ricardo Bonmatí Fernández nació en Madrid en 1944. Ingeniero de Minas (1971), fue ordenado sacerdote en 1977. Ha trabajado pastoralmente en diversas parroquias de América Latina y de la diócesis de Orihuela-Alicante. En los veranos ha tenido varias experiencias misioneras en el este de Europa, construyendo iglesias en la República Checa (1992) y Polonia (1994, 1995 y 1997), acompañando grupos de jóvenes, y asistiendo a las Jornadas Mundiales de la juventud en Denver (USA) y París (Francia). Está licenciado en teología histórica en la Facultad de Teología de Valencia (1990): «*Algunos milagros eucarísticos de la Comunidad Valenciana. Un capítulo de religiosidad popular*», y doctorado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra: «*El Seminario de Orihuela en la época de la Ilustración 1742-1791*», publicada en 1998.

Esta obra, que fue publicada en mayo de 2000, año jubilar que centra su atención en la Eucaristía como «fuente y cima de toda la vida cristiana», es, como dice el autor en la conclusión, «una invitación para que la fe de los creyentes se fortalezca por el don recibido», la Eucaristía, en la cual Jesús se queda con nosotros para siempre, con una presencia personal y sustancial. Acabada la celebración sacramental, el Señor se queda en cada una de las formas y partículas consagradas no consumidas. Vamos ante el Sagrario y nos encontramos de nuevo con Él, podemos hablarle, como hacían los Apóstoles, y contarle lo que nos ilusiona y nos preocupa. Esta es la realidad que da origen al culto eucarístico que está lleno de manifestaciones prodigiosas a lo largo de la historia en nuestras comunidades cristianas.

El libro, bien ordenado pedagógicamente, consta de ocho capítulos y la oración de Santo Tomás de Aquino: «Te adoro con devoción, Dios escondido...» a modo de conclusión. Al final de cada uno de los siete primeros capítulos, pero sin relación directa con lo tratado en él, adjunta siete sucesos históricos en torno a la Eucaristía ocurridos a lo largo del último milenio en España, que muestran unas pruebas de fe en la eucaristía en Daroca, Alboraya, Alicante, Alcoy, Onil, Caudete y El Cabreiro que se dan constantemente en la historia de la cristiandad. Interesa mucho destacar el cuidado que ha puesto el autor en apoyar siempre lo que afirma en textos de las Escrituras y de la Tradición: Padres de la Iglesia, Doctores, Rituales eclesíásticos y Cánones.

El primer capítulo: *La Eucaristía, sacramento de fe y de amor*, da razón de la obra: En el año jubilar de la Encarnación de Cristo, hemos de reflexionar sobre la Eucaristía que nos vuelve a hacer presente la Encarnación de Dios. La Eucaristía no sólo da la gracia, sino al autor de la gracia.

Las tres virtudes cardinales: fe, esperanza y caridad, fundamento de todas las demás virtudes cristianas, son facilitadas por la Eucaristía. No se puede seguir a Cristo sin creer en la Eucaristía («Éste es el sacramento de nuestra fe»); la adhesión a la fe se ha de expresar amando a Dios con todo el ser y, por amor a Él sacrificarnos por los otros; además, la Eucaristía es «prenda de la vida futura».

La Eucaristía, que promueve la vida espiritual ayudándonos a reflejar a Cristo en nuestro comportamiento, contribuye a formar la unidad de la Iglesia y es signo de su unidad.

En el segundo capítulo: *Origen de la Eucaristía*, el autor recalca cómo se ha transmitido fielmente un recuerdo que se remonta sin ninguna duda al origen, al hecho. La institución se dio en la celebración de la cena pascual judía. El testimonio más antiguo es el de Pablo que, en un ambiente más griego que semítico, influyó en Lucas. Marcos, al cual sigue Lucas, es algo posterior.

Pablo indica a Jesús mismo como origen de la tradición (1 Cor. 11, 23-26). Es un mandato («haced esto en memoria mía») de reiteración, que concreta ha de hacerse con pan y con vino. Este mandato sustituye el memorial de la pascua judía, transformando la comida pascual de los judíos en comida eucarística a la cual está invitado todo el género humano. Cristo, Dios y hombre, es la Nueva Alianza, por la que los hombres nuevamente podemos ser aceptados por Dios.

Juan no narra la instauración de la Eucaristía, pero presenta dos añadidos esenciales: señala la relación entre la Eucaristía («pan bajado del cielo») y la Encarnación; resalta cómo la Eucaristía es ofrenda (lavatorio de los pies) y acción de gracias (oración consagratória).

En el tercer capítulo: *La Eucaristía. Nombre y naturaleza*, explica cómo a la Eucaristía se le dan diversos nombres que refieren los múltiples aspectos de este sacramento: Fracción del pan, Eucaristía, Cena, Comida del Señor, Sinaxis (Asamblea), Memorial, Santa liturgia, Santos Misterios, Santo Sacramento, Santo Sacrificio, Comunión, Viático, Misa... De todos ellos el autor se detiene especialmente en el de Eucaristía, que significa acción de gracias.

Durante la última cena, Jesús, al modo hebreo, tomando pan, lo bendice. La oración de Jesús ya no es sólo una bendición del pan, sino una acción de gracias (eucaristía). Así Eucaristía significa la transformación acontecida en el pan y el vino, transformación de la que con Cristo damos gracias. La acción de gracias es así una súplica eficaz. La intención de Cristo fue la de desarrollar en la Iglesia un clima de acción de gracias pues, sólo la mirada de acción de gracias hace descubrir la inmensidad del amor divino que vence todas las fuerzas del mal.

En el cuarto capítulo: *Presencia real de Jesucristo se-*



gún sus palabras, el autor destaca que la Eucaristía, a diferencia de los otros sacramentos, no comunica simplemente una gracia particular, sino que hace presente a aquel en quien todas las gracias tienen origen. La Eucaristía es un misterio que supera todas las evidencias sensibles. Es necesario creer lo que no se ve. Sólo nos podemos fundamentar en que ha sido formulado por el mismo Cristo. «Tomad y comed, esto es mi carne». La carne de Cristo es

dada como alimento en virtud del sacrificio ofrecido por el mundo. «Esto es mi carne» expresa la implicación de toda la persona, la persona del Hijo de Dios, que se ofrece como don. En el caso de la consagración del vino, también expresa la realidad de la sangre indicada como contenido del cáliz, signo de la alianza entre Dios y los hombres en el sacrificio de la cruz.

En la Eucaristía está presente la Trinidad: el Hijo está presente porque el Padre lo ha enviado; el Espíritu Santo, «que es quien da la vida», es quien llena la carne de vida divina.

La presencia real del cuerpo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía, afirmada claramente por las palabras de Jesús, según el testimonio de los Evangelios y de San Pablo, en la tradición de la Iglesia ha sido acogida como verdad de fe. Los Padres la han desarrollado y el Concilio de Trento dio una respuesta definitiva enseñando la transubstanciación como verdad de fe. Toda la sustancia del pan y del vino se convierten, se cambian en otra sustancia: el cuerpo y la sangre de Cristo.

En el quinto capítulo: *El sacrificio eucarístico*, el autor, completando lo que dijo de la Eucaristía como acción de gracias, explica que es un sacrificio propiciatorio. Existen semejanzas y diferencias entre el sacrificio de la cruz y el sacrificio eucarístico: en ambos casos se ofrece el mismo Cristo (precio pagado por nuestra salvación); en ambos Él hace la ofrenda y Él es la víctima. La diferencia está en el modo de ofrecerse: en la cruz es una inmolación cruenta (de una vez por todas obtuvo la salvación del mundo), en el altar es un sacrificio ritual e incruento que favorece el crecimiento de la Iglesia.

El sacrificio eucarístico es sacrificio de Cristo, pero ha de ser al mismo tiempo sacrificio de la Iglesia que tienda a acrecentar un espíritu de ofrenda que acepte de buen grado las contrariedades y sepa ver una posibilidad de un amor más profundo.

En el sexto capítulo: *La comida de comunión*, el autor presenta la Eucaristía como un banquete que nos une con Dios y entre nosotros. Eligiendo como signos visibles de la presencia de su cuerpo y de su sangre el pan y el vino, Cristo mostraba su deseo de instaurar una comida que continuase nutriendo siempre su Iglesia. Ya que la comida es un acto de la vida social en el que se expresa la solidaridad y el acercamiento de las personas, la comida sagrada abre acceso a la intimidad divina, instaura una mayor y más profunda comunidad de vida con Dios.

Junto con la invitación a la comida hay una invitación a

la alegría. El amor divino desea alegrar a su pueblo, hacer feliz al hombre.

En el séptimo capítulo: *Culto a la presencia eucarística*, el autor explica que la celebración eucarística, partiendo de la doble orden de reiteración dada por Cristo: «haced esto en conmemoración mía», ha originado un desarrollo litúrgico considerable que se ha ampliado en el transcurso de los siglos.

En los primeros siglos la Eucaristía era adorada públicamente pero sólo durante el tiempo de la Misa y de la comunión (sólo para los enfermos y ausentes se conservaba la Hostia consagrada). Durante la Edad Media, en Occidente, se manifiesta un culto más dirigido a adorar la presencia (la elevación de la Hostia en la consagración (siglo XII), procesiones del Santísimo Sacramento (siglo XIII), uso de la exposición de la Hostia en ostensorio (siglo XIV), práctica de las Cuarenta Horas delante del Santísimo (siglo XV), visitas privadas al Santísimo Sacramento ...)

El culto a la presencia en la celebración eucarística viene de que Jesús afirmó directa e inmediatamente la presencia de su cuerpo y de su sangre en la institución de la Eucaristía. La participación en la celebración eucarística exige una actitud de adoración ante Jesús que se hace presente en la comida de comunión. Jesús no ha predicado expresamente que fuera dado culto a su presencia eucarística fuera de la celebración del sacrificio eucarístico y de la comunión, pero las palabras de la consagración se limitan a afirmar la realidad del cuerpo y sangre, sin indicar un límite de tiempo. El culto a la presencia significa un avance en la forma de conciencia sobre la riqueza del Misterio Eucarístico.

En el octavo capítulo: *La eucaristía en la vida de los cristianos*, el autor busca concreciones prácticas para la vida. La comida eucarística tiene como primer efecto una unión más íntima con Jesús, que afirma «quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él». En la Eucaristía Cristo toma todo el ser nuestro y permite al creyente permanecer en Él como Él permanece en nosotros.

La Eucaristía es el alma de la Iglesia, pero al lado de la Eucaristía la piedad de los fieles pone siempre la imagen de la Virgen. María es vista como asociada a Cristo, su Hijo en la comunidad que celebra la Eucaristía. Este lugar de María está bíblicamente fundado: confiada por Cristo a Juan, es impensable estuviera ausente de las celebraciones comunitarias de los Doce, de las cuales la más importante era la Eucaristía. La Iglesia no celebra nunca la Eucaristía sin invocar la intercesión de la Madre del Señor. Su maternidad espiritual hace que el cuerpo de la Iglesia nazca de ella.

La Eucaristía es el medio ordinario del desarrollo de la vida de los discípulos (la unión íntima con Jesús en la Eucaristía transforma completamente al cristiano.)

La comida eucarística es la fuente de la caridad hacia Dios y hacia los hombres.

La comida Eucarística es la fuente de la alegría. A través del gozo se favorece el auténtico desarrollo de la obra evangelizadora que anuncia la buena nueva en un universo en el cual no faltan pruebas ni sufrimientos de todo género.

La comida Eucarística estimula el crecimiento del Cuerpo Místico de Cristo, Cuerpo que se construye a sí mismo en la caridad («amaos los unos a los otros como yo os he amado»).



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Messori a propósito de las relaciones judeo-cristianas

No hay duda de que las relaciones entre la Iglesia y los judíos es un tema delicado y abonado a suspicacias, disimulos y medias verdades. Pero su importancia, esencial en la historia de la salvación, hace que sea necesaria una especial combinación de prudencia, esperanza y rigor teológico al abordar dicha cuestión. La intervención de Vittorio Messori, recogida en las páginas de la revista de apologética italiana Il Timone, va en esa dirección. Es el propio Messori quien explica su experiencia:

«Considero mi deber ayudar a la memoria del amigo Cammilleri por cuanto el episodio me parece grave: y no para mí, obviamente, sino para esa verdad y justicia que hoy parece a menudo olvidada dentro de la misma Iglesia en el juicio sobre el pasado. La ocasión fue una retransmisión especial de «Porta a porta», el programa de RAI I presentado por Bruno Vespa, al finalizar la peregrinación del Papa en Israel. La noche del día en que Juan Pablo II introdujo su papelito de perdón en el Muro de las Lamentaciones «por el antisemitismo cristiano». No escondí, en el breve tiempo que me fue concedido, mi desconcierto. Sostuve que el cristianismo no conoce, ni puede conocer, ningún «antisemitismo»: éste es algo completamente moderno, poscristiano. Nació con el iluminismo y después con el cientifismo y el positivismo, que elaboraron aquel peligroso y etéreo concepto de «raza» que, para el seguidor del Evangelio, no existe. No por nada el término «antisemitismo» es reciente: fue inventado en la segunda mitad del siglo XIX en

ambientes alemanes y después franceses duramente anticristianos. El cristianismo ha conocido, a lo sumo, un «antijudaísmo», que es algo totalmente teológico, religioso, una polémica sobre la interpretación de las Escrituras que no tiene nada que ver con razas, biología o veleidades pseudocientíficas a la Rosenberg o Goebbels.

En efecto, mientras que para el antisemita el judío continúa siéndolo por siempre y como tal es siempre perseguido o, al menos, aislado, para el cristiano el judío que pide el bautismo se convierte en hermano, y no uno más, sino el predilecto. No es por casualidad que los nazis arrancaban de los monasterios a los judíos y judías que, habiendo abrazado la vida religiosa, habían sido acogidos con los brazos abiertos por sus comunidades.

Como intenté explicar aquella noche, no se trata para nada de una irrelevante cuestión de palabras. Que es algo decisivo lo demuestra, entre otras cosas, el hecho de que la comunidad de la diáspora judía más antigua sea la de Roma: además, es también la única que no ha sido nunca expulsada. En la ciudad de los papas, los judíos tuvieron altos y bajos, conocieron pontífices favorables o recelosos, pero nunca fueron perseguidos, como sucedió antes o después en todas las ciudades de Occidente. Y nunca, a nadie, se le ocurrió exterminarlos (inconcebible para un cristiano).

Tuve frente a mí, aquella noche, judíos y laicos que polemizaron conmigo. Pero el más desdeñoso de todos fue el teólogo a quien dieron la última palabra. Aquel monseñor, docente entre los más renombrados de las Universidades Pontificias, me li-

quidó verdaderamente diciéndome que me dejara «de esas viejas apologéticas». Por lo tanto, aclarar los términos, recordar cómo sucedieron realmente las cosas en el pasado, defender a los hermanos en la fe que nos han precedido de acusaciones injustas si no infamantes; todo esto no es más que vieja, anacrónica, intolerable «apologética» para los teólogos que forman la clase dirigente de la Iglesia.

Se las tendrán que ver: con la historia, la verdadera, antes incluso que con su conciencia. En cuanto a mí, con humildad pero con tenacidad, permaneceré fiel a la «vieja apologética» si ésta es defensa de la justicia y de la verdad.

La postura de los cristianos ante los judíos no puede olvidar el deber de caridad, que empieza por no ocultar la verdad. Con san Esteban, imprecamos al pueblo de Israel y no le ocultamos la verdad: «*Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre habéis resistido al Espíritu Santo. Como vuestros padres, así también vosotros. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros habéis ahora traicionado y asesinado; vosotros, que recibisteis como disposiciones angélicas la Ley y no la guardasteis*» (Act 7, 51-53). Con los hermanos Lémann, judíos de nacimiento, pedimos que la sangre que brota del Corazón de Cristo caiga sobre los judíos como rocío de perdón y de amor. Con san Pablo, judío fariseo, esperamos anhelantes el día en que Israel entre en la plenitud de las naciones, «*y entonces todo Israel será salvo*» (Rom, 11, 26).

Reacciones ante la inmigración islámica

La creciente oleada inmigratoria que recae sobre la estéril Europa es fuente de debates y polémicas crecientes. Los obispos de la Emilia Romagna, el cardenal de Bolonia, Giacomo Biffi y el sociólogo Giovanni Sartori han saltado a la palestra señalando algo evidente: el problema no es tanto la inmigración como el Islam.

Sartori ha señalado en su reciente libro *La sociedad multiétnica* la incompatibilidad entre el ordenamiento en el que se basan los estados occidentales y la cultura islámica teocrática. Si, como afirma, «*la integración se produce entre integrables*», los musulmanes no pertenecen a este último conjunto. Mientras que «*el occidental no ve al islámico como un infiel, para el islámico el occidental sí lo es*». Para Sartori, abanderado del liberalismo, el musulmán, «*contraciudadano, es inaceptable*».

Coincidente en el tiempo y en algunos de sus planteamientos con la publicación del libro de Sartori, en su *Documento sobre el Islam* los obispos de la Emilia Romagna afirman de los musulmanes que llegan a Europa que «*se les puede acusar de tener, hacia el país que los acoge, esa insensibilidad y esa arrogancia que se le ha podido reprochar en el pasado a cierto tipo de colonialismo*». Y más adelante, en un ejercicio ejemplar de realismo, señalan los aspectos que dificultan las relaciones con el Islam:

«su dureza para exigir el sometimiento a sus normas de vida, su esencial intolerancia religiosa que se puede documentar abundantemente en numerosos países,

sus intenciones de conquista, que no se preocupan, por otra parte, de ocultar»

Para acabar preguntando «*¿Cómo se piensa hacer coexistir el derecho de la familia islámica, la concepción de la mujer, la poligamia, la identificación de la religión con la política, cosas a las que los musulmanes no*

pueden renunciar (a no ser allá donde todavía no tienen la fuerza para imponerlas) con los principios y las reglas que inspiran y gobiernan nuestra civilización?».

El cardenal Biffi, a su vez, aporta un análisis riguroso y autorizado en su carta «*El problema de la inmigración*». Como bien señala, «*es inútil alarmarse, pero es peligroso minimizar el problema y dar falsas esperanzas*». Y ésta ha sido la actitud de buen número de cristianos ante la llegada masiva de musulmanes. Biffi reconoce que «*las comunidades cristianas han sido sorprendidas por el fenómeno. Estas comunidades son admirables en muchos casos por su prontitud en socorrer las contrariedades y las penas, pero se muestran hasta ahora desprovistas de una visión realista y global, visión capaz de inspirar proyectos e intenciones operativas que tengan en cuenta todas las implicaciones de todos los aspectos de la cuestión. Las exaltaciones genéricas de solidaridad y de primacía de la caridad evangélica —que en sí y en principio son legítimas e incluso imperativas— se muestran más generosas y bienintencionadas que útiles y rechazan medirse con la complejidad del problema y la dureza de la realidad efectiva*».

El problema es que «*los musulmanes, en su gran mayoría y con algunas excepciones, vienen resueltos a permanecer extranjeros a nuestra "humanidad", decididos a ser sustancialmente diferentes a la espera de hacernos convertirnos sustancialmente como ellos*». Ante el creciente problema al que nos vemos enfrentados, el cardenal Biffi propone, por parte de los cristianos, un cambio de actitud que incluye los siguientes aspectos:

«*La acción evangelizadora es por naturaleza universal y no tolera exclusión deliberada de destinatarios. El Señor no nos ha dicho «Anunciad el Evangelio a todas las criaturas excepto a los musulmanes, a los judíos y al Dalai Lama» (cf. Marcos 16, 15)*

En una perspectiva realista, de-

ben preferirse las poblaciones católicas, o al menos cristianas, para las que la inserción es mucho más fácil (latinoamericanos, filipinos, eritreos, europeos del Este, etc.)... Esta línea de conducta no debería dejarse condicionar ni desanimar por eventuales críticas procedentes de medios eclesiásticos o de organizaciones católicas.

Es necesario exigir una reciprocidad no puramente verbal por parte de los países de origen de los inmigrantes... El Estado debería dar en Italia a los musulmanes solamente aquello que ha sido concedido efectivamente en los países musulmanes.

¿Estamos pues ante una llamada a los cristianos a defender el estado liberal y laicista ante los retos que le plantea la llegada de inmigración musulmana? No parece ser ésta la opinión del cardenal Biffi, que no duda en señalar que «*todo el mundo debería convencerse de cómo la línea de conducta seguida durante los últimos cuarenta años ha sido estúpida: un terrorismo cultural obsesivo y antidemográfico; una ausencia de rectificación legislativa y política que permitiera aportar un remedio a la baja natalidad egoísta e idiota*».

Ninguna esperanza puede depositarse en un liberalismo que lleva en sí las semillas de muerte que aquejan a nuestra civilización. En palabras del cardenal de Bolonia, «*Europa será cristiana o será musulmana. Lo que me parece que no tiene ningún futuro es la "cultura de la nada", de la libertad sin límites ni contenidos, del escepticismo exaltado como conquista intelectual, pero que parece la actitud dominante entre los pueblos europeos, más o menos ricos en medios y pobres en verdad. Esta "cultura de la nada" (sostenida por el hedonismo y por la insaciabilidad libertaria) no será capaz de resistir al asalto ideológico del islam, que es inevitable: sólo el redescubrimiento del «acontecimiento cristiano» como única salvación para el hombre podrá ofrecer una alternativa diferente a este asalto inevitable*».



De otras fuentes

El signo de Gustave Thibon

Traemos hoy a esta sección el recuerdo que Miguel Ayuso dedica en la revista hermana Verbo (núm. 393-394, marzo-abril de 2001) al eminente filósofo francés Gustave Thibon, fallecido el pasado 19 de enero.

No era Gustave Thibon hombre al que cuadraran los estereotipos, personales o culturales. Por lo que no resulta fácil, en su muerte, a los noventa y siete años, en la campiña provenzal de Saint-Marcel-d'Ardèche, trazar su perfil. Dificultad parcialmente allanada en cambio por la continuidad de sus fidelidades, a sí mismo y a una tradición católica raigadamente campesina que no resulta fácil de aquilatar por quienes manejan las catalogaciones, galardones y anatemas de las repúblicas literaria y filosófica hodiernas. Los escollos, pues, no se levantan por versatilidades y adaptaciones, naturales por lo demás en una larga y siempre activa ejecutoria, historia de las variaciones que en el caso que nos ocupa resulta paladinamente innecesaria por ausencia de éstas; viene más bien de la originalidad y autenticidad que se escapan –por más que busquemos asirnos a sus sombras– de los achatamientos presentes. Sus propias memorias, en diálogo con la escritora Danièle Masson, *Au soir de ma vie*, estampadas ciertamente en el atardecer, en 1993, resultan por ello ligeramente insulsas respecto de tantos vigorosos perfiles dispersos aquí y allá entre páginas en buena medida menos aforísticas que deliberadamente fragmentarias, teselas que obligan al lector a encajarlas en un bastidor implícito y omnipresente al tiempo, según un puntillismo cuya palingenesia viene dificultada por la distancia de las pinceladas, aunque posible por el fondo siem-

pre nuevo y siempre distinto, repetición diferente de lo mismo.

Como en la vida verdadera han un punzante deseo de soledad, y en la soledad un clamor urgente de vida, que los buenos y grandes maestros –de atalaya en atalaya– nos ayudan a vislumbrar, solidarios todos entre sí a la hora de fomentar la ineludible comunidad humana y de transformar la estructura de pecado que marca a las sociedades y que, por cierto, no deja de contar con obstinados valedores. Así, yacen con pasión en el Thibon retraído la alegría y las danzas de los niños y el vino de los hombres. Pues la tradición, con su idea de transmitir –pues no en vano viene de *tradere*, entregar– lo útil y meritorio de cada época a la siguiente, con una selección que, a fuer de la del vigor de los hechos, es también la de su enjuiciamiento ético, no sólo no es contraria al progreso sino que es de suyo su presupuesto necesario, al punto de constituir la entraña misma de lo católico, constante encarnación de lo eterno en lo contingente, de lo variable en lo que sucede. Perennidad que se advierte por doquier en las tan aireadas y trascendentales relaciones entre inteligencia y fe, naturaleza y gracia, ser y tiempo, historia y libertad, que el pensamiento moderno, de matriz protestante, se empeña en escindir y que en el orbe católico alcanzan una comprensión más universal, luminosa, inteligente y alegre de los imponderables de la vida.

Gustave Thibon, a quien se llamó «el filósofo campesino», con intención mal que bien devaluadora, y que recibió a lo largo de su vida los grandes premios franceses de literatura y filosofía, pertenecía al gremio de los escritores sin pretensiones y piadosos, serenos y arraigados, auténticos. De la raza del mejor Pascal, libre de jansenismos, y de Péguy, el debelador del mundo moderno, abrió también ricos veneros en la interpretación de Nietzsche. Can-

tó la tierra y la naturaleza, que a veces es madrastra, y el amor humano, en que la carne y el alma se funden. Gabriel Marcel, modelo de existencialistas cristianos, prologó uno de sus primeros libros, los célebres *Diagnósticos* (1940), precioso ensayo de filosofía social, que se vertieron a nuestra lengua con unas líneas medidas de Rafael Gamba, a quien retribuyó prologando años después su impagable *El silencio de Dios*. Fue amigo de la escritora judía Simone Weil –algunos de cuyos textos editó– y de Maurras, al que siempre fue fiel, y del que conservó inmarciblemente admiración por la pasión lógica –pese a ser él un intuitivo–, el cultivo de la lengua y la monarquía tradicional. Hombre sin aristocracias, defendió en cambio con vimos las empresas del ultramontanismo francés en las agrias luchas antimodernistas, con su secuencia antiprogresista. Así, Vichy, la Argelia francesa o monseñor Lefebvre bullen por entre sus vivencias con un sello diferente *per diametrum* del que hoy se exalta en los círculos bienpensantes. Le recuerdo en algunas reuniones militantes, con sus años auestas pero la dignidad enhiesta, siempre interesado y apasionado por nuestra España. Y le veo con su boina y su cigarrillo, tímido e irónico, natural. Y le imagino en su tierra natal y en la que –según creo– ha muerto, cerca de donde se alza la abadía benedictina de Santa María Magdalena, de cuyo abad –como quien esto escribe, que pasa allí la semana santa y otros períodos de feliz recordación– era amigo, y que entre vi- des, almendros y olivos cultiva la liturgia y la disciplina católicas de siempre. Y repaso, de su último libro, *L'illusion féconde*, de 1995, que –a diferencia de buena parte de los anteriores– ya no se tradujo al castellano, el elogio del fracaso, del fracaso aparente e inmediato, cierto, que no es sino una exhortación a la perseverancia. No conocemos sino al envés del tapiz de nuestra vida. El haz sólo lo ve Dios.

CRISTIANDAD

hace
cincuenta años

J. M^a P. S.

El Romano Pontífice es infalible al juzgar sobre las cuestiones de «hecho dogmático»

Uno de los temas recurrentes en nuestra revista es la defensa de la infalibilidad pontificia, tal como quedó definitivamente expuesta en el Concilio Vaticano I con carácter dogmático. Pocos temas habrá de más perenne actualidad que el de la obligada aceptación de lo que la Iglesia católica enseña como siendo divinamente revelado o conexo con la revelación, tanto en materia de fe como de costumbres.

Nuestra revista abordaba hace cincuenta años (núms. 177-178, de 1 y 15 de agosto de 1951) esta cuestión desde una perspectiva poco frecuente, al referirse a que el acto de magisterio supremo ejercido por el Papa no versa sólo sobre el dogma sino también sobre el hecho dogmático, esto es, sobre la obligación de rechazar una doctrina determinada contraria al dogma. Esto equivale a aceptar el juicio singular de la Iglesia acerca de una determinada doctrina que ha hecho aparición en un momento determinado de la historia de la Iglesia y sustentada por determinadas personas. La razón es obvia, pues si al dogma, definido con anatema de lo contrario, no se pudiese añadir su referencia al texto en que tal doctrina se sustenta no se habría ejercido en realidad un oficio pastoral de proteger a la grey del Señor sino que se habría hecho sólo una declaración conceptual que no se sabría a qué cuestión discutida o negada se refiere.

Y esta táctica de no negar el dogma en abstracto

pero decir que nadie se opone a él lo han practicado siempre los herejes de todos los tiempos con más o menos disimulo. CRISTIANDAD se ocupó de este tema a propósito de las condenaciones de la masonería que se hicieron expresamente y de modo muy particular en los pontífices del siglo XIX, cuando la masonería cobró mayor influencia en la sociedad.

La masonería era –y sigue siendo de modo esencial– la proclamación teórica y práctica del naturalismo más absoluto y por ello su ideología es directamente opuesta a la de la religión católica, que viene a proclamar, por encima de cualquier otra cosa, un mensaje sobrenatural de salvación fundado en la vida y enseñanzas de Dios hecho hombre, esto es, Jesucristo, único Salvador individual y colectivo de todos los hombres en todos los tiempos.

El artículo que reproducimos era muy amplio y desarrollaban esta cuestión los redactores Francisco Canals y Tomás Lamarca. Reproducimos aquí la parte elaborada por nuestro querido y recordado Lamarca que hizo una desarrollada explicación de un hecho histórico, la condenación reiterada del jansenismo, que revela la táctica de disimulo desarrollada por sus fautores. Esta enseñanza de la historia –muy bien documentada– podemos hoy reasumirla y aplicarla a otras tantas realidades actuales en que se sigue practicando una táctica semejante.

LA CONDENACIÓN DEL *AUGUSTINUS* DE JANSENIO

LA doctrina acerca de la infalibilidad del Romano Pontífice en el punto concreto de los hechos dogmáticos, esto es, aquellos hechos que no constando expresamente en el depósito revelado, tienen necesaria relación con la conservación, explicación o aplicación de la doctrina revelada, e interesan no solamente a una o varias personas particulares, sino a toda la Iglesia, adquirió relieve especial a raíz del momento en que, promulgada por el Papa Inocencio X la bula «*Cum occasione*», el célebre abate

jansenista Antonio Arnould, con miras a eludir la condena proferida contra la obra *Augustinus* de Jansenio, formuló, en relación con la infalibilidad del Vicario de Cristo, su célebre distinción entre las cuestiones de derecho y de hecho.

«Los dictámenes de la Iglesia –venía a decir en sustancia Arnould– ni son todos de igual valor, ni imponen iguales obligaciones; cuando se trata de la verdad o falsedad de una doctrina, de su origen revelado o de su heterodoxia, la

Iglesia, en virtud de su misión divina, es la llamada a dictaminar, puesto que es una *cuestión* de derecho; pero *si existe duda acerca de la existencia de tal doctrina* en un determinado libro (estaba defendiendo él, contra la condenación del Papa, la célebre obra de Cornelio Jansenio), en tal caso se trata de un hecho humano, que, por ser tal, no cae dentro de la jurisdicción sobrenatural docente que Jesucristo instituyó en su Iglesia.»

Reflexiónese sobre esta doctrina, aunque sólo sea de paso, y se verá cómo, en el supuesto de ser aceptada, significa la práctica anulación del Magisterio de la Iglesia. Pues, ¿qué sería de este Magisterio si solamente pudiese señalar especulativamente las doctrinas reveladas, erróneas o heterodoxas, pero sin poder pronunciarse sobre si se encuentran aquí o allí, en esta obra o en la doctrina profesada por esta o aquella secta?

¿Qué era el jansenismo?

Esto, ni más ni menos —inutilizar en la práctica el infalible Magisterio del Romano Pontífice—, pretendía el Jansenismo. Su táctica no carecía de precedentes, pero su actitud era tanto más peligrosa cuanto que, así como en el chocar con la Iglesia de todas las otras herejías, el colocarse contra ella había equivalido a ponerse fuera de ella, la nueva táctica que los jansenistas inauguraban consistía en procurar combatirla desde dentro mismo de su seno, disimulando, discutiendo la fuerza de toda condenación, pretendiendo aminorar la trascendencia o alcance de toda censura. No deseaban —la cosa era muy clara— considerarse extraños, a la Iglesia católica; querían, sin embargo, eso sí, dar el asalto a la Iglesia desde dentro, anular seis o siete siglos de su historia, reconocer implícitamente que «las fuerzas del infierno habían prevalecido contra ella», resucitar un reformismo, que negaba la continuidad del divino Magisterio encomendado a la Esposa de Cristo.

Una «teología nueva»

En la segunda mitad del siglo XVI el catedrático de la Universidad de Lovaina, Miguel Bayo, había difundido una errónea y peligrosa doctrina sobre la gracia, que él pretendía haber sacado de los escritos de San Agustín. Buscaba destruir con ella el único obstáculo que se oponía, según su modo de ver, a la conversión de los protestantes, obstáculo que se hallaba —decía— en los «elementos extraños» que la escolástica medieval había aportado al dogma. El camino que debía seguirse era, para él, el retorno a las fuentes primitivas, Sagrada Escritura y Padres antiguos.

De ellos, y especialmente de San Agustín, afirmaba haber extraído una Teología nueva, en que, como Lutero, concebía al hombre, en el estado de naturaleza caída, como esclavizado por la concupiscencia. En su tesis, la libertad quedaba casi destruida, la voluntad y las buenas obras per-

dían toda eficacia en orden a la salvación, y la gracia pasaba a ocupar el lugar exclusivo. Este concepto pesimista del hombre después de su caída, le llevaba a afirmar que «todas las obras de los infieles son pecados, que todas las virtudes de los filósofos son vicios».

Explanada esta opinión en varios opúsculos y divulgada desde su cátedra, fue llevada a Roma, donde, en 1567, el Papa San Pío V condenó, sin nombrar a Bayo, 78 de sus proposiciones como «temerarias, sospechosas, erróneas o heréticas». Confirmada esta condenación, dos años después, Bayo se sometió dócilmente, renunciando a ellas.

El error quedaba, sin embargo, sembrado; y la táctica peculiar del refugio —después había de desarrollarla el jansenismo magistralmente, como en lo doctrinal arrancaba de aquel error—, cundió entre sus secuaces: ¿se había condenado, realmente, la doctrina de Bayo? ¿Cuál era —se preguntaban, además— el verdadero texto de la condenación? ¿Detrás de qué palabra se hallaba colocada una coma?

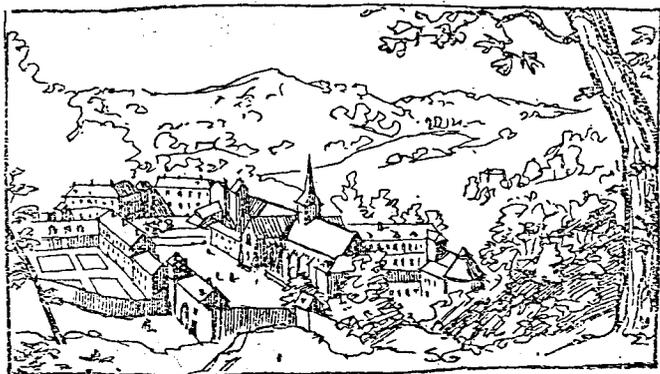


Cornelio Jansenio

La fórmula decía, en efecto: «Estas opiniones, aunque algunas de ellas puedan en algún modo sostenerse, en el sentido en que las proponen sus sostenedores condenamos» («*Quas quidem sententias, quamquam nonnullae aliquo pacto sustineri possent, in sensu ab asertoribus intento damnamus.*»)

Si la coma se trasladaba del lugar donde está colocada al lugar que precede a la palabra «condenamos» (*damnamus*), variaba sustancialmente el sentido de la condenación. ¿En qué lugar la había querido colocar el Papa?

Como ardid, es, si se quiere, ridículo; y, no obstante, tuvo trascendencia, según después veremos. Túvola, sobre todo, en el sentido de aminorar, mediante una maniobra



Port-Royal-des-Champs

diversiva, la eficacia práctica de la condenación entre algunos discípulos de Bayo, ya que no en el maestro.

De uno de éstos, Jacobo Janson, recibió Cornelio Jansenio las doctrinas de Bayo, sobre las que elaboró la suya propia, explanada en su obra *Augustinus, seu doctrina sancti Augustini de humanae naturae sanitate, aegritudine, medicina, adversas Pelagianos et Massilienses*. Había pensado intitularla primero *Baui Apologia*, mas desistió de hacerlo previendo probablemente la polémica que suscitaría, en la cual aspiraba a cubrirse de los ataques nada menos que con la autoridad doctrinal del Obispo de Hipona.

En esta obra, publicada dos años después de morir Jansenio, en 1638, se apoyó el Abate de Saint-Cyran para comenzar su obra de heresiarca.

Jansenio profesaba, dice Goyau, en el *Augustinus*, que desde el pecado los hombres son siervos de una delectación mala; que, para vencerla, es necesaria una delectación más poderosa, la «gracia»; que Dios nos la da sin mérito de nuestra parte, y sin que nuestras oraciones contribuyan siquiera a ello; que esta delectación divina puede perderse sin cesar, y que solamente quienes viven católicamente pueden gozarla. La Iglesia había afirmado siempre que Cristo murió por todos los hombres. Ahora bien, resultaba, pues, de esta nueva teología, que no habría muerto más que por los católicos, y aun sólo por cierto número de ellos. ¡Condenados irremisiblemente los paganos, condenados irremisiblemente los protestantes! Cuando un jesuita, para ayudar a bien morir a un soldado hugonote, le lea el evangelio de San Juan y pida oraciones por él, un jansenista escribirá: «!No faltaba más que esta digna coronación de los excesos que los jesuitas cometen!»

Para Jansenio, como para Bayo, la visión de Dios es el fin *necesario*, debido al hombre en el estado de naturaleza inocente, esto es, antes de su caída (hace caso omiso del orden sobrenatural).

Las consecuencias del pecado de nuestros primeros padres son las siguientes: que la naturaleza humana, desposeída de los elementos esenciales para su integridad, *se halla radicalmente corrompida y depravada*. Dominada por la concupiscencia (que en cada hombre constituye propia-

mente, el pecado original), la voluntad no puede resistir a su acicate y viene a ser puramente pasiva y fatalmente arrastrada al mal. A menos que, ayudada por un movimiento de la gracia, superior a la fuerza de la concupiscencia, no obedeciendo a otro deleite que al celestial, practique la virtud y tienda a Dios. Para Jansenio sólo la gracia suficiente salva, no la puramente eficiente. El hombre es arrastrado, o a Dios por esta gracia, o al demonio por el deleite. Los escogidos están aquí, como en la concepción de Calvino, en una posición triunfante por la pura elección de Dios. Para el mérito basta la libertad de coacción, no la de necesidad.

Falso ascetismo jansenista

EL viajero que recorra los alrededores de Voisins, en el distrito de Rambouillet, descubrirá en el fondo de un profundo valle ocupado hoy por algunas construcciones, la torrecilla que en el grabado adjunto aparece en primer plano, a la derecha. Es lo único que queda, o quedaba al menos en 1924, del monasterio cisterciense de Port-Royal-des-Champs, famoso en la historia del *Grand Siècle* francés, y arrasado por orden de Luis XIV, en 1710. El motivo que indujo al Rey Sol a ordenar la destrucción de aquel cenobio que debía hallar en Saint-Beuve un apologista; que albergó en su cementerio los huesos del ilustre Blas Pascal y de otros célebres descarriados que en vida se habían acogido a su retiro, y que encerró dentro de sus muros una lastimosa obstinación en la herejía, fue el hecho de que Port-Royal se había convertido en símbolo del jansenismo, en el centro difusor y espiritual de una secta con ramificaciones en todos los estamentos de la sociedad.

Un contemporáneo, Mr. de Louail, nos describe con detalle su visita al monasterio, hecha en el, año 1693.

«Se les descubre en su totalidad —dice— al descender a dicho valle. Ocupa poca extensión, posee gran capacidad de alojamiento. El patio es estrecho y oblongo, dispuesto de Occidente a Oriente; la iglesia, los locutorios y las casas de las torneras y hospedadas quedan a uno de los lados del mismo; las cuadras, las tiendas de los diversos trabajadores y las casas de los eclesiásticos y de los huéspedes, al otro. El claustro y las casas de las religiosas se hallan tras la iglesia. El jardín se extiende sobre todo hacia Oriente y está atravesado por un pequeño canal que lo divide en dos porciones. Hay, a la parte del mediodía del edificio, un bosquecillo muy, frondoso que llaman la *Solitude*.

»La iglesia es hermosa, abovedada y con crucero. El coro ocupa más de su mitad. El gran altar es sencillo y bellissimo: el Santísimo Sacramento se halla en él suspendido y dos ángeles arrodillados lo adoran. Sobre él se descubre un gran cuadro de Felipe de Champaña representando la *Cena* de nuestro Señor con dos imágenes del mismo pintor a cada lado de este cuadro, pero tan bien hechas, que se tomarían, en el primer instante, por estatuas de mármol blanco.»

El visitante describe, a continuación, «les Granges» encaramadas en la montaña, a mano izquierda; las antiguas

escuelas de Port-Royal, donde los Le Maistre, Lancelot, De Barcos, Singlin, y el mismo Pascal, pusieron sus conocimientos al servicio de la herejía; y, finalmente, las casas de d'Andilly, y Arnauld, de Pontchâteau, el hotel de Longueville, y el castillo del duque de Luynes, personajes de gran influencia que trocaron París por las austeridades de aquella soledad y constituyen otras tantas muestras de los grandes estragos que hicieron entre la aristocracia francesa las doctrinas de Jansenio.

En aquel hermoso paraje moraba una comunidad de monjas, sujetas a la autoridad e imperio de su abadesa, la famosa madre Angélica Arnauld, carácter dotado de una obstinación irreductible. «*Puras como ángeles*, había de decir de ellas Péréfixe, el que fue obispo de París durante los últimos tiempos del monasterio, *pero orgullosas como demonios*.»

Prosternadas en el umbral de la capilla, refiere un historiador, muy lejos del Santísimo Sacramento para adorarle –afirmaban– con mayor respeto; sin confesar ni comulgar más que muy de tarde en tarde, no se levantaban de allí sino para gemir por la relajación del siglo y para reclamar la disciplina de los primeros tiempos.

Como el mal suele presentarse bajo las apariencias de bien, pues de otra suerte difícilmente engañaría a muchos, la corrupta sociedad en que vivían parecía darles en esto último la razón. Mas la sombría y herética doctrina que profesaban sobre la gracia las movía a retraerse de Dios con indecible temor, impregnadas de un espíritu frío y fanático como el de Calvino, en lugar de acercarse a él con piedad filial.

Allí, estimaba el heresiarca de Saint-Cyran, se reconstituía la Iglesia primitiva con sus salmodias y penitencias, entre la idea fija de la predestinación y una moral inhumana que, a fuerza de austeridad, rechazaba la poesía, rebajaba el matrimonio y coartaba las afecciones más legítimas que Dios ha puesto en el corazón humano.

Pero no es nuestro propósito extendernos en la historia de esta secta ni explicar aquella herejía. Baste con lo dicho para sugerir al lector algún reflejo del ambiente en que cobró fuerza el movimiento jansenista, llegando a penetrar con serpentina astucia en la entraña misma de la sociedad, donde alcanzó tal influjo que, en 1648, a los cinco años solamente de la aparición de la nefasta obra de Antonio Arnauld, intitulada *La Freqüente Communion*, escribía San Vicente de Paúl a uno de sus misioneros: «Muchos curas de París se lamentan de ver cuán considerablemente han disminuido las comuniones respecto de los años pasados. San Sulpicio tiene tres mil menos; el señor Cura de San Nicolás de Chardonnet, habiendo visitado a las familias de su Parroquia después de Pascua, en persona o por delegados, dícenos últimamente que ha encontrado mil quinientos de sus feligreses que no han comulgado, y así otros muchos. No se ve ya a casi nadie acercarse a comulgar en los primeros domingos de mes ni en las festividades; muy pocos o ninguno entre los miembros de las Congregaciones religiosas, salvo entre los jesuitas y aun hasta cierto punto.»

Las condenaciones

JANSENIO había cerrado su *Augustinus* con el encargo de publicarlo sin ninguna modificación. Pero en su epílogo decía: «Cuanto he afirmado sobre estos diversos y difíciles puntos no según mi propio criterio, sino conforme al del Santo Doctor [San Agustín], lo someto al juicio y sentencia de la Sede Apostólica y de la Iglesia Romana, mi Madre, dispuesto siempre a mantener lo que digo si ella juzga que se ha de mantener; a retractarme si ella lo deseara; a condenarlo y anatematizarlo, si ella decretase que debe ser condenado y anatematizado. Porque desde mi más tierna infancia me crié en las doctrinas de la Iglesia; las mamé de los pechos de mi madre, crecí y envejecí adherido a ellas; nunca, a sabiendas, me separé de ellas ni en un ápice, de pensamiento, palabra u obra; y estoy firmemente decidido a guardar esta fe hasta mi último aliento y a comparecer revestido con ella ante el tribunal de Dios.»

Su obra, en la que así protestaba de su fidelidad al magisterio de la Iglesia y del Papa, se publicó en 1640, a los dos años, como hemos ya dicho, de fallecer su autor. Pero sus secuaces no acataron tal disposición.

Un decreto del Santo Oficio del 10 de agosto de 1641 condenó ya el *Augustinus*, y el Papa Urbano VIII renovó en 1642 dicha condenación con la bula «*In eminenti*». El 4 de marzo de 1647, otro decreto de la Inquisición romana volvía a condenarlo. Mas los discípulos de Jansenio discutieron el valor de todas estas condenaciones.

Para ceñirnos a una sola de las que posteriormente pronunciaron los Papas contra la errónea y herética doctrina que allí se enseñaba y los jansenistas seguían, extraemos a continuación algunos fragmentos de la bula «*Vineam Domini*», con que el Papa Clemente XI recoge, confirma y refuerza las condenaciones de sus predecesores inmediatos.

Condenación de Clemente XI

Después que nuestro predecesor de feliz memoria Inocencio X, por constitución ya publicada, condenó con la censura del juicio apostólico las cinco proposiciones famosas extraídas del libro *Augustinus* de Cornelio Jansenio, obispo de Yprés, también Alejandro VII, predecesor nuestro, para arrancar de una vez de las mentes de los cristianos esos errores ya condenados, y apartar por completo las maquinaciones de los perturbadores de la tranquilidad pública, encubiertas con sutil habilidad, confirmó la predicha constitución, insertó todo su tenor, y con la adición de nuevas declaraciones le dio fuerza, habiendo publicado para este fin una constitución del tenor siguiente:

Alejandro, Obispo Siervo de los Siervos de Dios. A todos los fieles, salud y apostólica bendición. Elevados a la Santa Sede de San Pedro y al Gobierno de la Universal Iglesia, sin ningún mérito de nuestra parte, mas por ines-



Clemente XI

crutable disposición de la divina providencia, nada creímos de mayor importancia entre las obligaciones de nuestro oficio que mirar oportunamente por nuestra santa fe e integridad de los sagrados dogmas, con el poder a Nos conferido por Dios. Y aunque aquello que ha sido definido muchas veces en las constituciones apostólicas no necesita en absoluto de una nueva decisión o declaración; sin embargo, como quiera que algunos perturbadores de la tranquilidad pública se atreven a ponerlo en duda, o debilitarlo con engañosas interpretaciones, para que no se extienda más tal enfermedad, hemos creído que no puede diferirse más el remedio de la autoridad apostólica. Puesto que ya emanó de nuestro predecesor de feliz memoria Inocencio Papa X, otra constitución, declaración y definición del tenor siguiente:

Inocencio, Obispo, Siervo de los Siervos de Dios. A todos los fieles, salud y apostólica bendición. Habiéndose originado, con ocasión de la impresión del libro *Augustinus* de Cornelio Jansenio, Obispo de Yprés, una controversia sobre cinco de sus opiniones, muchos obispos de Francia vinieron a Nos para que juzgáramos aquellas proposiciones, y de cada una de ellas diésemos cierta y clara sentencia.

El tenor de las predichas proposiciones es como sigue: **Primera:** Algunos preceptos de Dios son imposibles para los hombres justos y con voluntad, y que lo intentan según las fuerzas que tienen al presente; les

falta también la gracia que los haga posibles. **Segunda:** Nunca se resiste a la gracia interior en estado de naturaleza caída. **Tercera:** Para merecer y desmerecer en el estado de naturaleza caída no se necesita en el hombre la libertad de necesidad, sino que es suficiente la libertad de coacción. **Cuarta:** Los semipelagianos admitían la necesidad de la gracia interior preveniente para todos los actos, incluso para el comienzo de la fe, y en esto eran heréticos, porque querían que la gracia fuese tal, que pudiera la voluntad humana resistirla o someterse. **Quinta:**

Es semipelagiano decir que Cristo murió o derramó su sangre por todos los hombres absolutamente.

Nos, para quien entre los múltiples cuidados que asiduamente agitan nuestra alma, ocupa el primer lugar en nuestro corazón el de que la Iglesia de Dios, encargada a Nos desde lo alto, purgados los errores de las depravadas opiniones, pueda militar con seguridad; y, como nave en tranquilo mar, serenadas las olas de todas las tempestades y tormentas, navegar con seguridad y llegar al deseado puerto de salvación, por la gravedad del asunto, ante algunos Cardenales de la S.R.I. para esto especialmente congregados, y muchos Maestros en Sagrada Teología, hicimos examinar diligentemente una por una las cinco proposiciones a Nos elevadas... implorada solicitamente por Nos la asistencia del Espíritu Santo, finalmente, con el auxilio divino, llegamos a la infrascripta declaración y definición. La primera de las predichas proposiciones: Que algunos preceptos de Dios son imposibles para los hombres justos y de voluntad y que intentan cumplirlos según las fuerzas que tienen al presente, porque les falta también la Gracia por la cual se hagan posibles: la declaramos temeraria, impía, blasfema, condenada con anatema y herética, y como tal la condenamos. — **Segunda:** Que no se resista nunca en estado de naturaleza caída a la gracia interior: la declaramos herética, y como tal la condenamos. — **Tercera:** Que en el estado de naturaleza caída no se requiere en el hombre, para merecer o desmerecer, la libertad de necesidad, sino que es suficiente la libertad de coacción: la declaramos herética, y como tal la condenamos. — **Cuarta:** Los semipelagianos admitían la necesidad de la gracia interior preveniente para todo los actos, incluso para el comienzo de la fe, y en esto eran heréticos porque querían que la Gracia fuese tal, que pudiera la voluntad humana resistirla o someterse: la declaramos falsa y herética, y como tal la condenamos. — **Quinta:** Que es semipelagiano decir que Cristo murió o derramó su sangre por todos los hombres absolutamente: la declaramos falsa, temeraria, escandalosa y entendida en sentido de que Cristo murió sólo por la salvación de los predestinados, impía, blasfema, injuriosa, degradante de la divinidad, y herética, y como tal la condenamos. Así pues, mandamos a todos los fieles de ambos sexos, que no sientan ni enseñen, ni prediquen de otra manera que la que en esta nuestra presente declaración y definición

se contiene, bajo las censuras y penas expresas en el derecho contra los herejes y sus fautores. Mandamos asimismo a todos los Patriarcas, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de lugar, así como a los Inquisidores de la herética pravedad que castiguen y repriman con energía a todos los contradictores y rebeldes por medio de las censuras y las penas predichas y las demás del derecho, y por los remedios oportunos, invocando incluso para ella, si necesario fuera, el auxilio del brazo secular.

Efugios del jansenismo

Tenemos la seguridad de que ninguno de nuestros lectores habrá dejado de reconocer lo taxativo y terminante de esta condenación del Papa Inocencio X. Y, sin embargo, la constitución de Alejandro VII, que estamos reproduciendo, prosigue:

Según hemos sabido, algunos no temen afirmar, con gran escándalo de los fieles, que las predichas cinco proposiciones, o no se encuentran en el predicho libro de Jansenio, o que han sido compuestas con ficción y arbitrariamente, o que no han sido condenadas en el sentido en que fueron dichas por él, por esta causa, Nos, que hemos examinado con atención y suficientemente todo lo que en este asunto se ha llevado a cabo, puesto que, por mandato del mismo predecesor nuestro Inocencio, cuando ejercíamos todavía el oficio de Cardenal constituido in minoribus, asistimos a todas aquellas reuniones en que se discutió la causa con la Autoridad Apostólica, donde se tuvo en verdad una tal diligencia, que mayor no puede desearse; queriendo quitar en el futuro cualquier duda sobre lo ya expuesto, a fin de que todos los fieles se mantengan en la unidad de la misma Fe, cumpliendo las funciones de nuestro pastoral oficio, y después de madura deliberación, con firmamos, aprobamos y renovamos por la serie de éstas (por estas letras) la preinserta Constitución, Declaración y Definición de nuestro predecesor Inocencio, y declaramos que aquellas cinco proposiciones EXTRAÍDAS DEL LIBRO DEL YA CITADO CORNELIO JANSENIO, OBISPO DE YPRES, cuyo título es «Augustinus», y EN EL SENTIDO POR ÉL PROPALADAS, HAN SIDO CONDENADAS, y así lo definimos, y como a tales, marcadas cada una de ellas con la misma nota que en la predicha declaración y definición se atribuye a cada una en particular, de nuevo las condenamos, y condenamos asimismo y prohibimos el mismo libro «Augustinus» del ya muchas veces citado Cornelio Jansenio, así como también todos los demás, tanto manuscritos como impresos, si acaso aconteciese que en el futuro se publicaran, en los cuales se defiende o se estructura, o se defendiere o estructurare la doctrina del dicho Cornelio Jansenio como ha sido condenada más arriba. Mandamos a todos los fieles que no sostengan la predicha doctrina, no la prediquen, ni la enseñen, ni la expongan de palabra o por escrito, ni la

interpreten pública o privadamente, ni la impriman abierta ni ocultamente, bajo las penas y censuras expresas en el Derecho contra los Herejes, en las cuales incurrirán ipso facto, y sin otra declaración.

No basta el silencio respetuoso

EL Papa Clemente XI, para salir al paso de la mala fe y astucia de los jansenistas, que desvirtúan la eficacia de cuantas condenaciones se pronuncian, prosigue:

Además, aquellos hombres inquietos, con escritos y libelos esparcidos por doquier, compuestos con exquisito arte para el engaño, no sin grave desacato a la Sede Apostólica y con gran escándalo de la misma Iglesia, se atrevieron a enseñar que para la obediencia debida a las predichas constituciones apostólicas no se requiere condenar interiormente, como herético, el sentido condenado del libro de Jansenio en las cinco proposiciones, según queda expuesto, sino que es suficiente *mantener acerca de eso un obsequioso silencio, como ellos dicen.*

Aparece claro el absurdo de tal aserción, y cuán perniciosa sea a las almas de los fieles, cuando so capa de esta doctrina no se depone el error, sino que se esconde; la herida se cubre, no se cura; se hace burla de la Iglesia, no se la obedece; abierto finalmente el camino de la desobediencia a los hijos, se favorece el desarrollo de la herejía con el silencio; mientras toda la Iglesia universal se estremece ante la doctrina de Jansenio, condenada por la Sede Apostólica, todavía rechazan renunciar a ella interiormente y reprobar-la de corazón.

Más aún; es manifiesto que han llegado algunos hasta tal grado de impudencia, que, como olvidados de la honestidad natural y de la cristiana sinceridad, no han dudado en afirmar que se pueden lícitamente suscribir las fórmulas prescriptas por nuestro recordado predecesor Alejandro, *no juzgando interiormente que se encuentre en el libro de Jansenio doctrina herética.* Como si fuese permitido a los defensores de este error burlar a la Iglesia con su juramento y engañar la providencia de la Sede Apostólica; los que así obran, aunque hablen con las palabras de aquella misma fórmula lo que la Iglesia habla, sin embargo, no sienten lo que siente la Iglesia, y hacen profesión de acatar las Constituciones Apostólicas, a las cuales contradicen en su alma.

De aquí es que Nos, con el fin de aportar oportuno y eficaz remedio a tan morbosa enfermedad, que como un cáncer serpea y se inclina cada día más a lo peor, excitados no menos por la debida solicitud de las Iglesias a Nos confiadas, que por el celo y las oraciones de muchos Venerables Hermanos nuestros, los Obispos de diversas partes y principalmente del Reino de las Galias, para que no prosigan estos depravados hombres en subvertir impunemente la paz de la Iglesia Católica, y en imponerse a las mentes de los pusilánimes enseñando lo que no deben y para que no quede en el futuro lugar a dudas acerca de la mente y de

la sentencia de la Sede Apostólica a aquellos que sufren el engaño de buena fe, como dicen, y engañados por falsos rumores; implorando primero el divino auxilio con oraciones públicas y privadas nuestras, y discutido el asunto maduramente, con la asistencia de algunos Venerables Hermanos nuestros Cardenales de la S. I. R., y oídas las opiniones de muchos Maestros de Sagrada Teología; por las presentes, y con la autoridad apostólica, confirmamos, aprobamos y renovamos las prescritas Constituciones de nuestros predecesores Inocencio X y Alejandro VII, y todos y cada uno de los extremos en ellas contenidos.

Y además, para cortar en absoluto toda causa de error en el futuro y para que todos los hijos de la Iglesia Católica aprendan a oír a la misma Iglesia no callando sólo (pues los impíos en las tinieblas enmudecen), sino obedeciendo incluso interiormente, lo cual es la verdadera obediencia del hombre ortodoxo; con nuestra Autoridad Apostólica decretamos, declaramos, instituímos y ordenamos *que con aquel obsequioso silencio no se satisface en absoluto la obediencia debida a las preinsertas Constituciones Apostólicas; sino que debe ser condenado y de corazón rechazado como herético, no sólo de palabra, sino de corazón, el sentido del libro de Jansenio condenado en las predichas cinco proposiciones; y que no se puede lícitamente suscribir la supradicha fórmula con otra mente, ánimo o credulidad; de tal manera que quien sintiere, o defendiere, o predicare, o enseñare de palabra o por escrito, o afirmare acerca de todas y cada una de estas cosas en contra o diferentemente de lo dicho, sean sujetos como transgresores de las predichas Constituciones Apostólicas, a todas y a cada una de aquellas censuras.*

La defensa de la integridad de la fe, el cuidado de la santa grey que Jesucristo encomendó a San Pedro para que la apartase de los pastos venenosos y la apacentara con el alimento de la verdad, exigía, pues, como vemos, esta vigilancia y este celo apostólico que los Pontífices muestran en todos los citados actos. Y las promesas hechas al Príncipe de los Apóstoles exigen—todos los teólogos se hallan acordes en ello—que el Papa goce de la prerrogativa de la infalibilidad al juzgar de aquellas cuestiones de hecho relacionadas con el bien de la fe cuya trascendencia para la salvación de las almas sea grave.

No; el jansenismo era, contrariamente a lo que en 1686 había pretendido demostrar Antonio Arnauld en una de sus obras, algo muy distinto de un puro «fantasma»; el jansenismo existía, las cinco proposiciones del *Augustinus* condenadas por los Papas se encontraban en dicha obra, y no bastaba aceptar la condena de la Iglesia con un «silencio obsequioso». El Vicario de Cristo se pronunciaba en estos puntos y su sentencia definitiva encerraba infaliblemente la verdad sobre estos hechos.

Paray-le-Monial

Los errores y tácticas del jansenismo oprimen todavía

el corazón del que hoy los repasa, por el espantoso peligro que supusieron para las almas. No había habido, quizás, en toda la historia anterior de la Iglesia un solo caso en que orgullo, astucia y obstinación se aliaran de un modo más estrecho, peligroso y destructor.

Por ello nos resistimos a cerrar este capítulo sin volver la mirada a un suceso contemporáneo que, en la oscuridad humilde de un alma entregada a la confianza y a la misericordia de Dios, preparaba la verdadera renovación de la piedad de la Iglesia. Nos referimos al hecho de las revelaciones del Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque. Ella, «abismo de indignidad y de ignorancia», recibió de Cristo el encargo de «extender las llamas de su caridad para que el mundo las conociese». Era tímida, casi irresoluta. Tenía sólo veintiséis años y detestaba los papeles de primer plano. Pero unos meses más tarde volvió a oír que Cristo la instaba; quería que su Corazón, «ceñido con una corona de espinas, rodeado de llamas, surmontado con una cruz», fuese honrado y que su imagen fuese expuesta públicamente. Y Margarita María se daba cuenta de que aquél era «el último esfuerzo de su amor en favor del mundo redimido». En 1675, Jesucristo le pidió que el primer viernes de cada mes su Corazón fuese honrado y le ordenó escribir todo cuanto le había dicho.

Durante 1688, María Alacoque se sentía convertir en la confidente de los divinos consejos; oía que la Compañía de Jesús estaba designada por el cielo para colaborar con las monjas de la Visitación en la glorificación del Corazón de Cristo. En 17 de octubre de 1690 murió Santa Margarita María.

Gracias al conjunto de las revelaciones de Paray, la vida oculta de la Iglesia de Francia, entre 1673 y 1689, tuvo para el porvenir religioso más importancia que su vida pública. Galicanismo, jansenismo, quietismo no son hoy sino arcaísmos. En el herbario de las doctrinas erróneas llevan ya su etiqueta. En cambio, la gran corriente de piedad a la que ha dado lugar, en la Iglesia Universal, la devoción al Sagrado Corazón, brotó entonces en un oculto monasterio de Francia, en el alma de una religiosa ignorada de sus mismas compañeras...

Mientras el quietismo se lisonjeaba de ir a Dios sin detener por mucho tiempo los ojos en la humanidad de Cristo, mientras que el jansenismo hacía retroceder a Dios en el horizonte de las almas, Santa Margarita María de Alacoque, en el monasterio de Paray-le-Monial, contemplaba a la humanidad sufriente, sangrante, de Cristo aproximarse a los hombres, y le oía reclamar a él, hombre, para su Corazón de carne, la mirada de sus hermanos los hombres. De esta manera, la historia religiosa del reinado de Luis XIV se desarrolló en dos planos, uno de los cuales, de momento, quedó casi totalmente ignorado del mundo. Es esencial a ciertos grandes hechos religiosos—la misión de una Juana de Arco, el éxtasis de una María de Alacoque—no ser plenamente comprendidos más que a la larga; sólo desde que en mayo de 1920 los juicios de Roma consagraron estos dos grandes hechos, acabándolos de iluminar, «son, también ellos, historia».

CONTRAPORTADA

Dios llora en Armenia, la víctima del primer holocausto del siglo xx

Con motivo de la prevista visita de Juan Pablo II a Armenia entre el 25 y al 27 de septiembre, la Agencia Zenit ha recogido algunos hechos y testimonios sobre el pasado, el presente y el futuro de esta nación.

En la plaza de República de Erevan, una gran cruz se yergue donde antes se situaba la imponente estatua de Lenin. La rodean 1700 candelas que recuerdan el jubileo de Armenia, la primera nación cristiana del mundo, convertida en el año 301. Para esta gente, el «cristianismo no es un hábito sino el color de la piel, nadie nos lo podrá quitar», afirmaba ya un escrito del 451, cuando la Iglesia armenia tuvo que afrontar el bautismo de sangre.

Un país, en la frontera con el Islam, cuyo martirio tuvo su culmen con el exterminio de 1915, llevado a cabo por los turcos. Fue el primer holocausto del siglo xx, un millón y medio de muertos, pero la mayoría de los libros de historia lo ignoran, o le dedican pocas líneas.

Una nación con un gran pasado, Armenia parece no tener futuro. Reducida a un quinto del territorio que poseyó, mira con nostalgia el monte Ararat que se eleva al oeste de Erevan, pero que hoy se encuentra en Turquía. Un pueblo disperso por todo el mundo. Una tierra herida por un terremoto devastador en 1988, y por la guerra por Nagorno-Karabaj a principios de los años noventa. Un país gobernado por un aliado de Vladimir Putin, financiado por Occidente y sometido a embargo por los estados musulmanes limítrofes, Turquía y Azerbaiyán.

Una sociedad devorada por la corrupción y

la mafia. Una economía virtual que enriquece a la mafia y empobrece a todos los demás.

Esta es la Armenia que el 21 de septiembre celebra los diez años de independencia teniendo bien poco que festejar.

Oficialmente Armenia cuenta con tres millones y medio de habitantes pero nadie sabe cuántos son efectivamente. «Los cálculos más prudentes consideran que se han ido 800.000 personas pero probablemente son más de un millón, casi uno de cada tres ciudadanos», explica Lyudmila Harutyunan, profesora de Sociología de la Universidad de Erevan.

En la ciudad predomina la nueva burguesía armenia, una élite que habla sólo ruso y se lucra con todo tipo de comercio. Es el 10% de la población, mientras que el 50% está por debajo del umbral de pobreza y el resto sobrevive con un salario de 30 dólares al mes.

Armenia vive gracias a la ayuda exterior, remesas de los emigrantes y dólares de la diáspora. En el resto del mundo hay unos tres millones de armenios, pero ninguno ha vuelto tras la caída de la Unión Soviética.

«Nos mandan el dinero pero se avergüenzan de nosotros», es la opinión de Samuel Kazarian, famoso escultor.

Hay una historieta que circula por Erevan: los estados ex soviéticos hacen fila ante el Padre Eterno para saber cuándo llegarán a ser un país normal. Entre 50 y 100 años, es la respuesta, según los casos, y todos se ponen a llorar. Al final, toca el turno a los armenios de hacer la pregunta. Dios no responde y se pone a llorar.